

ANA MARÍA SHUA

*La muerte
como efecto secundario*

**EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES**

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito
que previene la ley 11.723.*

© 1997, Editorial Sudamericana

Humberto 1 531, Buenos Aires

ISBN 950-07-1290-3

ÍNDICE

Uno.....	5
Dos.....	8
Tres.....	12
Cuatro.....	15
Cinco.....	18
Seis.....	21
Siete.....	24
Ocho.....	28
Nueve.....	32
Diez.....	35
Once.....	37
Doce.....	40
Trece.....	43
Catorce.....	45
Quince.....	49
Dieciséis.....	53
Diecisiete.....	56
Dieciocho.....	60
Diecinueve.....	63
Veinte.....	66
Veintiuno.....	69
Veintidós.....	72
Veintitrés.....	75
Veinticuatro.....	78
Veinticinco.....	81
Veintiséis.....	84
Veintisiete.....	88
Veintiocho.....	91
Veintinueve.....	94
Treinta.....	96
Contratapa.....	99

REACCIONES ADVERSAS

La rifampicina es bien tolerada a las dosis recomendadas. Las siguientes reacciones adversas pueden presentarse: prurito, eritema, erupción, anorexia, náuseas, vómitos, malestar abdominal, colitis pseudomembranosa, diarrea, hepatitis y trombocitopenia. Esta última puede presentarse con o sin púrpura y está asociada a un tratamiento intermitente, siendo reversible si la droga se suspende inmediatamente.

Se han presentado casos de hemorragia cerebral y muerte cuando la administración de la rifampicina se continuó o se reinició después de la aparición de la púrpura.

Uno

Si se mira durante un tiempo un cuadrado rojo y después se fija la vista sobre un papel en blanco, se ve un cuadrado verde. Así, como un efecto óptico, como una mancha de sol en la retina que baila, brillante y molesta, delante de los ojos, veía yo, constantemente, en colores que cambiaban del negativo al positivo, la foto en colores del tumor que obstruía el intestino de mi padre.

Estaba cansado. Había dormido poco. Nunca fue fácil el sueño para mí, siempre tuve que engañarlo, seducirlo para que se me entregara. Pero en los últimos años, el sueño se convirtió en un lujo inesperado que trato de gozar cuando se presenta, sin pretensiones de horario o de lugar, como a una amante casada.

Me sentía mal. La visita de mi padre, su presencia breve y brutal, me había dejado sin fuerzas.

Si hubieras estado conmigo, te habría mostrado la foto. Hubieras apartado la vista con asco, con reproche: pero no estás y yo necesito compartirla aunque sea con tu recuerdo malhumorado.

Era una foto obscena, de intención claramente pornográfica: ninguna insinuación, ningún intento de expresión artística, la máxima crudeza. Había sido tomada mediante una pequeña cámara al extremo de un tubo largo y flexible, en una rectoscopia. Mostraba una mucosa rosada y húmeda que parecía el interior deforme, impensable, de un sexo de mujer. El tumor era negro, con los bordes deshilachados. No había transición, no había un oscurecimiento progresivo que llevara a ese abrupto cambio de color. Al contrario, un reborde violentamente rojo, como el que podría haber hecho un chico con un marcador para separar claramente la figura del fondo, delineaba sus límites –se hacía necesario recordar que esa enérgica frontera no servía para detener su avance– y era el único elemento en la fotografía que hacía pensar en el dolor.

Prendí el televisor para sumergirme en un mundo brillante que transformara la imagen fija en mi retina en un baile de luces y sombras. Ésa es la teoría: un clavo saca otro clavo, una imagen se borra con otra imagen, una mujer se olvida con otra mujer.

Con el control remoto en la mano, cerré los ojos para elegir al azar y me propuse quedarme allí donde el azar me lo marcara. No quería dejarme llevar por esa impaciencia loca que nos hace cambiar de un canal al otro en busca de algo imposible y maravilloso, algo que no existe, algo tan improbable como la Fuente de la Juventud, o la Ciudad del Oro, en busca del entretenimiento supremo, el Nirvana, la pérdida del yo, búsqueda sin ilusiones que nos hace apagar el aparato convencidos de que no hay nada, absolutamente nada entre los cientos de posibilidades que se nos ofrecen, que merezca el esfuerzo de nuestra atención, de nuestra intención.

Si en lugar de someterme voluntariamente al azar hubiera decidido elegir, me habría quedado mirando las entrevistas de Sandy Bell, ese travestí ingenioso que tomó su nombre de un dibujo animado y que a veces logra interesarme. Pero el azar me destinó el programa semanal del presidente. Fue una distracción y un alivio.

El pobre hombre, su gabinete, la gente de su partido, se esforzaban por atraer la volátil atención de los espectadores y votantes combinando periodismo inteligente con números musicales y habilidades de comediantes. Por supuesto, era sobre todo propaganda política, pero la producción no era mala. Como cierre del ciclo aparecía esa imagen que estamos acostumbrados a ver en tantos comerciales, el presidente en una demostración de equilibrio que al principio parece precario pero se va mostrando firme a medida que logra superar obstáculos y situaciones difíciles.

Aunque a vos y a mí y a muchos otros esas demostraciones casi circenses nos resulten ridículas, la gente común quiere a sus representantes también por eso, por su esfuerzo personal por divertirlos, por hacerles olvidar por un rato la pobreza, la falta de trabajo, la monotonía. Nuestros políticos se hacen

cargo en forma directa, con su cuerpo mismo, de la felicidad del pueblo, y el pueblo responde con votos y con amor. Ya todos sabemos, hasta los marginales y los locos, que no son nuestros gobernantes los que nos gobiernan. El presidente parecía agotado debajo del maquillaje denso, con esa expresión extraña de los nuevos viejos a la que nos hemos habituado después de tantos años de cirugías. Otra vez se insinuaban sus típicas bolsas debajo de los ojos enrojecidos; en la barbilla tenía un grano desagradable que la base y el polvo no habían alcanzado a disimular. Era una pena que entregara su cara a profesionales de segunda línea. Me imaginé trabajando sobre esos rasgos: podría haberlo hecho tanto mejor. El maquillador no había considerado los cambios de iluminación en cada secuencia.

Miraba ese programa absurdo con la vaga esperanza de que lo estuvieras viendo en alguna parte del mundo, por curiosidad o por nostalgia, al mismo tiempo que yo. Ahora que no importa desde hace tanto, puedo decirte hasta qué punto estás siempre en lo que hago o en lo que decido no hacer. Te gustaba mucho mirar televisión y supongo que todavía te gusta, que seguís viajando durante horas por los canales, buscando el Elixir Mágico mientras disfrutas, aunque lo niegues, de la búsqueda. Si yo hiciera lo mismo, si saltara al azar subiendo y bajando la numeración de los canales, podríamos no encontrarnos nunca. En cambio al quedarme así, en un programa cualquiera, tengo la casi certeza de que tus ojos van a pasar tarde o temprano por el mismo lugar en el que están los míos, casi como si estuviéramos juntos, casi como si nuestras miradas se tocaran.

Mi padre me dejó la foto sobre la mesa de metal. ¿Olvidada? En otras épocas hubiera hecho varias copias para repartir entre sus conocidos. Ahora, mostrarse muy enfermo es peligroso. De todos modos ya no tiene muchos conocidos. Cuando se persiste en vivir más allá de ciertas fronteras, no suelen quedar amigos con los que celebrar el triunfo.

Me sorprendió escuchar su voz del otro lado de la puerta. Sale poco. Mi madre no sale nunca, casi no ha dejado su departamento en los últimos años. Deberían estar desde hace tiempo en una Casa, pero una combinación de salud, prudencia y dinero les ha permitido sostener su relativa libertad. Ya se sabe cómo son las cosas: si ves a un anciano que excede la edad de la independencia caminando en un centro de compras –y a pesar de la tintura, de las operaciones, se los adivina en la inclinación del cuerpo, en el movimiento de las rodillas, suelen tener el esqueleto tanto más viejo que la piel– puedes asegurar que se trata de un anciano poderoso o por lo menos muy rico.

En mi desesperación por compartir con vos todo lo que no nos era posible compartir, te hablé muchas veces de mi padre. Vos me oías sin escucharme, sin impaciencia sin embargo, y nunca conseguí adivinar si te aburrías. En cambio yo me precipitaba sobre cada resto, cada vaga palabra tuya que pudiera darme más información sobre tu vida, tus gustos, tu historia. Saber, por ejemplo, que siempre, desde muy joven, habías odiado el color verde, fue un dato abrumador. Cada vez que elegía un regalo para vos nuestro secreto me obligaba a reflexionar sobre tu personalidad: mis regalos clandestinos tenían que hacerse pasar por elecciones tuyas. Era fácil regalarte libros, discos, copias en video de clásicos del cine o de esas películas viejas y malas que por algún motivo recordábamos los dos y que yo sabía cómo conseguir. Pero a veces necesitaba hacerte un regalo que me llevara más cerca de tu cuerpo. Me decidía, entonces, por un echarpe, un cinturón, una camisa de seda de cualquier color, deseando que apreciaras con cuánta intensidad me cuidaba del verde.

Te hablé muchas veces de mi padre, pero las palabras imponen límites. Hay que haber participado –por error o por interés– en los juegos que mi padre propone, y en los que sólo gana él, para entender ciertas estructuras de la realidad que el lenguaje no puede imitar. Te hablé demasiado: era lógico que su poder sobre mí aguzara tu curiosidad. Descansando con tu cabeza sobre mi hombro y una media sonrisa distraída, me escuchabas mucho más y mucho mejor de lo que nunca me atreví a desear.

Le abrí la puerta y entró, siempre tanto más alto que yo aunque ahora le llevo casi una cabeza. Se había hecho traer por un taxista, un muchacho joven y discreto que suele trabajar para él y para otros ancianos con dinero. Con inteligente disimulo, apoyándose torpemente uno en el otro, lo había ayudado a subir los tres escalones de la entrada y abordar el ascensor.

Cuando lo vi caminar moviéndose como un muñeco metálico con las bisagras oxidadas, como el Leñador de Lata del Mago de Oz, pensé en mi propia artrosis –tengo dolores en las manos y en las

rodillas– y me pregunté –pero ya sabía la respuesta – si me iba a animar a pegarme un tiro antes de quedar totalmente impedido. Esas decisiones fundamentales que uno va dejando para mañana hasta que un día él índice anquilosado ya no tiene bastante fuerza para doblarse sobre el gatillo. Siempre quedan los pisos altos, volar es una de mis viejas fantasías.

Se apoyaba en el bastón. Una parte de su cuerpo dominaba a las demás, obligándolo a inclinarse y apretar el bastón con fuerza, con las dos manos, contra el suelo. El dolor no venía de las piernas sino del vientre. Por momentos se doblaba en dos.

–Hijo mío querido –dijo mi padre, y como siempre, mentía–. Sé que tenes problemas de plata.

Eso era verdad.

Pero a esa altura ya me había dado la foto, es decir, ya había establecido con claridad cuál de los dos tenía más problemas que el otro, porque hasta en eso, hasta en el monto de desdicha quiso siempre ganar mi padre, exactamente igual que en todo lo demás. Me sentí desgarrado entre la brutal realidad de su dolor y la forma en que trataba de extorsionarme con él.

El tumor obstruía casi toda la luz del intestino. Hasta ahora había seguido adelante con enemas, pero no podría resistir mucho tiempo más.

Jadeando entre frase y frase, interrumpiéndose para tomar aliento, mi padre siguió hablando, preocupándose por mí.

–Sos mi hijo, soy tu padre, hay que olvidarse de otras historias que pasaron y se fueron. Queda lo único importante –me dijo–. Quiero ayudarte.

Sacó un paquete con diez mil dólares contados y fajados por la máquina del banco, anunció la cantidad y lo puso sobre la mesa.

–Esta plata es para vos. No digo que es un regalo porque tenes orgullo y también para que tu hermana no piense que alguna cosa le estoy quitando.

Yo había estado a punto de rechazarlo, a pesar del sudor con el que su cara se cubría en cada espasmo, pero ahora me detuve.

–No es un regalo –repitió–. Es un préstamo en dólares al veinte por ciento anual, la primera cuota me la cobro por adelantado, por favor, contá todo y dame dos mil ahora.

Estaba tan sorprendido que sólo pude obedecer. Conté dos mil dólares, los separé del fajo de billetes y se los entregué.

–Tenes que pagarme –siguió mi padre– dos mil dólares por año, que me vas a dar cada vez el día de mi cumpleaños. Dentro de diez años me devolvés el capital, o sea los diez mil. Y si me muero antes, hijito querido, queda saldada la deuda.

Como no sabía si darle las gracias o mandarlo a la mierda, tomé el dinero y me lo guardé.

Cuando se fue, descubrí que me sentía más conmovido que enojado. Era un juego más, otra vez se trataba de ganar o perder, mi padre había hecho una apuesta de diez mil dólares contra la muerte. Y esta vez no le habían dado tiempo de cargar los dados.

Conté otra vez el dinero. Eran ocho mil.

Dos

El teléfono me despertó como si gritara. Era mi padre. Era de noche. Llamé a un taxi. Hay varias cuadras peligrosas hasta su casa, pero en un auto blindado me siento seguro, los taxis son pequeñas fortalezas rodantes, una de las pocas instituciones confiables.

Hasta hace unos años todavía se podía caminar por la ciudad. Cuando empezamos a vernos me permitía imaginar que alguna vez caminaríamos juntos por la calle, que alguna vez no te iba a importar que te vieran conmigo. He llegado a alucinar tu mano en alguna caminata solitaria, acariciando tus dedos breves y finos, el óvalo sensible de las uñas. No te gustaban tus manos, te parecían chicas: extendías los dedos para mostrármelos, comparándolos con el largo de la palma, acusándolos de ser demasiado cortos. No te gustaban y para mí eran tan hermosas, tus manos de niña sobre mi pecho, mentirosas, conmovedoras y perfectas: tuyas.

Caminar juntos. Podríamos ahora, si quisieras.

No sólo en los centros de compras o en los barrios cerrados: hay muchos caminódromos en la ciudad, lugares protegidos que fingen ser un barrio cualquiera y en los que por una entrada módica es posible caminar hasta hartarse, recorriendo paisajes infinitos –o limitados– casi reales. Casi. Como cualquiera de esos sustitutos sintéticos que reemplazan a los alimentos naturales. Buenos para quienes no conocieron otra cosa y, para ellos, mejores incluso que la Cosa Misma.

Envejezco.

La voz de mi padre en el teléfono sonaba aterrada. Cómo saber si estaba fingiendo. Cuando lo veo casi siempre me doy cuenta, los años de convivencia me enseñaron a distinguir, pero su voz me confunde, es demasiado parecida a la mía. Mamá estaba allí, como siempre, y también su médico secreto, tan viejo y tan mala persona como él, pero por esa misma razón muy confiable en tanto sus intereses coincidían. Nunca creas en un hombre decente, me enseñaba mi padre: siempre estará dispuesto a traicionarte para quedar bien con su conciencia.

Cuando no manejo yo, el movimiento de los autos me adormece. Aun en ese breve trayecto me quedé dormido. Me despertó una frenada. Estábamos en el estudio de Goransky y ya nos apuntaba, desde una distancia prudente, el personal de seguridad. Atontado por el sueño, le había pedido al taxista que me llevara allí lo más rápido posible. Es la dirección que repito con más frecuencia –aparte de la mía– en cuanto me subo a un taxi, la de mi último lugar de trabajo. Desde afuera no se veían las enredaderas.

No podrías imaginarte en qué consiste mi trabajo con Goransky. Pensarías que me contrató como maquillador para su nuevo proyecto cinematográfico y tendrías razón, pero sólo en parte. Así empezó nuestra relación. Voy a sorprenderte: soy el nuevo –pero no el último– guionista de Goransky.

Al principio la oportunidad me resultaba inverosímil. Cada mañana me miraba en el espejo y pensaba que mi vida había vuelto a empezar: iba a trabajar en un guión de cine. Ese entusiasmo ingenuo, creo, fue lo que me sostuvo después. Vos sabes lo que significa el cine para mí. Cuántas veces nos contábamos argumentos de películas, felices de poder entretenernos con historias distintas de la nuestra, tan limitada, tan pobre.

Qué pretensión la mía. Que te acuerdes de mis palabras, de mis gestos, de mis entusiasmos con la misma fuerza con que yo me acuerdo del tono exacto de tus ojos, como de miel oscura, casi transparentes cuando mirabas al sol, casi negros cuando la media luz y el deseo té agrandaban las pupilas.

Ya lo sé, no es necesario que me interrumpas: estaba a punto de contarte lo que pasó anoche cuando mi padre me llamó por teléfono, aterrado o tal vez fingiéndose aterrado. Pero hay tantas horas de mi

vida de las que nunca pude hablarte, que no me importa ahora ser arbitrario, digresivo, tironear del fino hilo del relato hasta abusar de su resistencia, de la tuya. Durante muchos años viví para contarte lo que vivía y cada acción o pensamiento se iba transformando, en el momento mismo en que sucedía, en las palabras con que te lo iba a describir, como si incluirte así, aunque fuera como oyente, en mi historia, hiciera de todo azar y confusión un orden coherente, le diera un sentido al caos de la realidad. Después, sin vos, durante años me entregué a ese caos, al fango de la historia, permití que se acumulara el material informe que constituye la vida o el recuerdo de la vida y que sólo el relato es capaz de organizar, eligiendo, ordenando, o introduciendo un desorden sabiamente cifrado cuyas claves se entregan al que escucha, al que lee. Ahora sé que querías saber más y enseguida sobre esa llamada urgente de mi padre, pero no voy a contarte nada todavía. Ésta es una digresión anunciada.

¿Por qué Goransky me había elegido como guionista? Al principio no lo entendía. Él es un personaje, aquí se lo reverencia como a un cineasta internacional, aunque nunca haya llegado a filmar más que esa breve y famosa secuencia en la Antártida.

En el país se realizan sólo comerciales publicitarios. Así como en algún momento dejaron de fabricarse paraguas, ya no se hacen películas. Por supuesto seguimos teniendo nuestros directores, nuestros artistas, nuestros proyectos, nuestro talento de siempre, el que no pueda plasmarse en una realización concreta es nada más que circunstancial, como dicen todos los que están relacionados de un modo u otro con el mundo del cine. A los que no están relacionados con el mundo del cine, toda la cuestión les importa un comino.

Goransky podría pagarse sus sueños. Su desafortunada fortuna personal empezó a condensarse un par de generaciones antes que él. Pero aun con toda su pasión por el cine, mi director se sentiría menos que un hombre si usara su propio dinero para producir su propio film. Conseguir inversores dispuestos a apostar por su talento es una cuestión en la que se juega su prestigio personal.

Se comprende que estuviera tan entusiasmado cuando me llamó Goransky: el privilegio de tener trabajo en primer lugar, y en un guión de cine, y con el gran director. Me veía en los hoteles de los festivales internacionales, escondido en un rincón de la sala en Berlín, en Biarritz, escuchando en éxtasis las risas y las ovaciones del público. No importaba que Goransky nunca hubiera conseguido terminar una película: juntos lo íbamos a lograr. No importaba que toda mi experiencia como escritor profesional hubiera sido, alguna vez, la redacción de prospectos medicinales: Goransky se había dado cuenta de mi secreto talento y yo no lo iba a decepcionar.

Cuando me citó, pensé que querría conocerme como maquillador. En ese momento Goransky creía tener un guión casi terminado y estaba conversando con cada uno de los profesionales que planeaba contratar. Después supe que esa etapa definitiva se había repetido varias veces.

Yo necesitaba el trabajo y expuse mis antecedentes sin esperar preguntas. Empecé por esa explicación vendedora que no te voy a repetir –la uso tan seguido–: el juego de la mirada sobre la cara de una persona, la percepción de los elementos estructurales, óseos, y cómo es posible, sin modificarlos, hacerlos participar en un efecto óptico diferente a partir del trabajo sobre la superficie exterior. Hablé de mi experiencia con fotógrafos, con modelos, en varios rodajes de comerciales. Hablé mucho, hablé ingenuamente. No le conté, por ejemplo, hasta mucho tiempo después, lo que en verdad le podría haber interesado: cómo había llegado, pasando por tantos otros, a mi extraño oficio, y cómo, desde que empezaron los malos tiempos, fui aceptando poco a poco cualquier tipo de trabajo: cómo me dedicaba a maquillar a viejos para las fiestas de familia, a maquillar muñecas para niñas ricas y para hombres solitarios, y de vez en cuando, a maquillar cadáveres para las casas mortuorias.

A Goransky mis antecedentes como maquillador le importaban poco. Había leído ese cuento que publiqué hace años en una antología de Eudeba, el primer y último cuento que escribí en mi vida y que sucedía en la base militar de la Antártida. Ese detalle original, el hecho de acontecer entre los hielos del sur, hizo que el cuento se publicara y republicara en muchísimas antologías, incluso en el extranjero. Eran colecciones llamadas, en varios idiomas, *Entre los hielos*, *Los cuentos más australes del mundo*, *Historias de lugares exóticos*, *La Patagonia y más allá*, o tal vez *Cuentos del fin del mundo*. Cada vez

que nos enterábamos de una nueva publicación, mi mujer volvía a insistir en mi vocación y me destruía el buen humor con su pesada, exigente confianza en mi inexistente talento literario.

El hombre, Goransky, estaba fascinado por la Antártida. Alguien le alcanzó mi cuento, lo leyó, me quiso conocer. Y si en un primer momento había pensado en mí como maquillador, algo en mi forma de expresarme lo hizo virar hacia una nueva propuesta: trabajar juntos en otro guión.

—El libro que tengo no me conforma. Quiero que mi próxima película transcurra en la Antártida —me dijo—. Y todas las demás también. Antártida y mucho relato en off: ésas son mis marcas de fábrica, el sello Goransky —definió, como si tuviera ya una vasta filmografía.

Lo curioso es que pudo haber sido un genio del cine, en otro lugar, en otro tiempo. Desde el primer día me enloqueció de entusiasmo su capacidad de creación. Yo disparaba una punta del ovillo, una tontería cualquiera, y él empezaba a tirar convirtiéndola en el eje de un relato cinematográfico. Su cerebro era una loca cantera de imágenes. Un hombre enorme, pesado, con los ojos más vivos que puedas haber imaginado nunca, movedizo, un hipopótamo drogado con anfetaminas, un oso al que un hipnotizador le hubiera hecho creer que era una ardilla. Mientras trabajábamos y yo escribía, Goransky daba vueltas por el estudio, con sus grandes manos rompía escarbadientes, deshacía ganchitos de metal, corría de lugar las sillas y los adornos, subía y bajaba los escalones que llevaban a la terraza.

El estudio era un lugar enorme, defendido como un acorazado, con puertas blindadas y gruesos barrotes protegiendo todas las entradas posibles, especialmente la terraza, además de los guardias de seguridad, contratados para vigilancia de día y de noche. A un costado, como si estuvieran arrumbados descuidadamente, pero en cuidadosa exhibición, estaban todos los premios que había ganado con su famoso corto sobre la Antártida. Tal vez no fuéramos tan distintos.

En la gran sala donde íbamos a trabajar, las enredaderas crecían desaforadamente alrededor de las vigas. Era invierno, las ramas caían peladas y, sin embargo, parecían contener una potencia vital tan agresiva que me sorprendí deseando terminar con el guión antes de la primavera.

Goransky me llevó a conocer los vehículos que tenía en el garaje del subsuelo. Había comprado ya buena parte del equipo necesario para la filmación: unos enormes tractores-trineo, especiales para trasladarse en la nieve, importados de Oslo. Y las sorprendentes casas rodantes laponas, fabricadas en Japón.

Sólo faltaba un buen guión. Y yo era el elegido para escribirlo. En ese momento no pensaba en los que me habían precedido, entre ellos profesionales con más méritos y más experiencia que yo, escritores, guionistas de televisión, publicitarios, periodistas que habían intentado lo mismo que yo iba a intentar ahora. Goransky había aventado todas mis dudas.

—Estoy harto de gente que usa fórmulas del oficio —me dijo—. Creen que están inventando una historia y no hacen más que ensartar lugares comunes como patos al asador.

Un comentario extraño, nadie come por aquí patos asados, pero por eso mismo me pareció una muestra de su capacidad de creación. La comparación me gustó: varios patos, todos iguales, todos muertos y pelados, ensartados en una larga barra de metal que da vueltas sobre el fuego. La viva imagen de un guión para televisión.

—Vos trabajas con espontaneidad, te salís de los carriles, tenes pensamiento lateral, eso estoy buscando.

¿Pero qué será lo que Goransky está buscando? Después de tantos meses de trabajar juntos, ya no estoy seguro. Llegó la primavera y las enredaderas demostraron ser casi tan peligrosas como parecían.

Cuando empezamos los protagonistas eran una pareja de chicos jóvenes, casi adolescentes, que llegaban a la Antártida formando parte de un equipo de investigación. A la semana siguiente se habían convertido en un padre y su hija y poco después en una mujer embarazada. Cada vez que estábamos a punto de completar la construcción —o, mejor dicho, el enunciado— de una historia coherente, Goransky sacaba un ladrillo de abajo y el edificio se caía. Me llamaba a las tres de la mañana.

–Todo lo que tenemos vale, vamos bien –me decía, tratando de seducirme–. Hay que mantener esa historia, pero en vez de una mujer embarazada, el protagonista tendría que ser un perro San Bernardo.

Vos sabes dónde vivo y cómo vivo. Goransky me paga por mes y ese dinero significa para mí la diferencia entre la supervivencia y la vida verdadera. Él es uno de los privilegiados, sólo que en vez de estremecer al mundo con esas fiestas enormes y violentas que entretienen a los muy ricos, invierte en su película o, mejor dicho, en el sueño de su película. Después de un par de meses me di cuenta de que nunca iba a empezar a filmar. Pero ya reservó la película virgen y todos los días baja al subsuelo a poner en marcha sus vehículos, probarlos otra vez, aceitarlos, ensayar sus movimientos.

Ahora nuestra relación es delicadísima, está gastada en varios puntos y cualquier gesto brusco podría romperla. Ya no sueño con festivales internacionales: sueño en forma obsesiva y recurrente con ganarme un mes más de sueldo.

Esos son mis sueños buenos, mis ensoñaciones diurnas. Mis sueños malos no cambiaron desde entonces, desde que los soñaba al lado tuyo: el mar, como siempre. Esa ola inmensa que empieza a formarse en el horizonte y que al principio, a causa de la gran distancia, parece inmóvil: una montaña con la cumbre nevada de espuma. Pero se mueve. Velozmente. Como una ola.

La llamada desesperada de mi padre en mitad de la noche me había conducido, a través de los confusos caminos de mi mente, al estudio de Goransky. La brusca frenada del taxi me salvó de ahogarme una vez más en el maremoto de mis sueños. Quería librarme de los restos del mar para orientarme otra vez en la pesadilla de la realidad, cuando los guardias de seguridad del estudio rodearon el automóvil apuntándonos desde una distancia cautelosa.

Como nunca había estado de noche, no conocía al personal de la guardia nocturna. Por suerte uno de ellos parecía conocerme a mí. Era un hombre moreno, de ojos tristes y cara de identikit: ese tipo de persona a la que uno puede haber visto muchas veces y sin embargo sería incapaz de describir. Mostré mis documentos, exigí que llamaran a Goransky y a pesar de la hora me dejaron hablar con él: estaban entrenados para evitar confusiones. Con un par de órdenes me los sacó de encima.

Seguía haciendo calor. El aire de la calle olía a humedad, a tierra y cemento mojados, a fruta podrida. Una hora después, con la ropa húmeda de sudor a pesar del aire acondicionado del taxi, llegué a la casa de mi padre.

Tres

Nadie puede humillarte como tus padres. Nadie más en el mundo tiene ese gigantesco poder: el mismo que tenemos sobre nuestros hijos. Vos no tenes hijos –no los tenías cuando te fuiste ni me interesa imaginar tu vida más allá de ese momento–, pero tuviste padres: me entendés.

Nadie como tus padres puede exhibir en público tus miedos más secretos cuando sos chico. Nadie como ellos puede recordarte después, en tu vida de adulto, las promesas de tu infancia, los ideales que empuñaste en la adolescencia.

Nadie como tus padres para conocer tus puntos flacos.

Mis puntos flacos son mis piernas. Muy flacos. "Piernas escuálidas", explicaba el pediatra: un rasgo genético que según él era posible modificar a fuerza de bicicleta. "Para que se desarrollen los músculos" insistía. Así, cuando cierro los ojos, aquello que sube primero hasta mí desde lo hondo de mi infancia no es el sabor de una medialuna mojada en café con leche, no es el olor a algas del verano: es el pedaleo. Una sensación de pedaleo que me hormiguea en la planta de los pies y me sube por todo el cuerpo y me hace inclinarme un poco sobre el manubrio de la bici, lo suficiente como para cortar el viento que ya me está revolviendo el pelo, amistoso, sin la pesada superioridad de las manos de los adultos.

No sólo fui chico alguna vez: también tuve pelo, aunque vos nunca lo llegaras a conocer. Con pelo en la cabeza y una bicicleta entre las piernas, fui un centauro con ruedas que hacían mi felicidad y desdicha, porque los músculos de mis piernas se fortalecieron mucho, pero las pantorrillas y los muslos siguieron tan extrañamente flacos como al principio, como siempre, como ahora. Como dejaban entrever, asomando de la ancha botamanga de sus pantalones, los finísimos tobillos del Superhombre de Alfred Jarry. En la adolescencia descubrí y amé el surrealismo por esos tobillos tan parecidos a los míos. Todavía me da vergüenza sacarme los pantalones por primera vez delante de una mujer.

Por supuesto, ésa era una de las formas de humillación preferidas –por simple, por cercana, por fácil de justificar ante los demás– a las que me sometía mi padre.

–¿Qué haces con pantalones largos, hijo? Sácatelos de una vez, estamos en la playa.

O en la pileta, o en el club, o en el río o en cualquier otro lugar donde, hablando con voz suficientemente alta, fuera posible convocar las miradas de la gente que nos rodeaba, de las mujeres sobre todo. Gente adulta que lamentaba, solidaria, los problemas de ese vecino tan simpático, tan buen mozo, con su hijo flaco, tozudo, aburrido, ese chico que no parecía interesarse en otra cosa que en su bicicleta y que se negaba o por lo menos se resistía a realizar una de las acciones más lógicas de la tierra: sacarse los pantalones en la playa. Mostrar las piernas.

Llegué a la casa de mi padre una hora después de su llamada urgente sintiendo que me lo merecía todo, hasta el pasado. Abrió la puerta él mismo. Se sentía mejor. Entré pensando que iba a exigirme que mostrara mis piernas, tan flacas y tristes como siempre. Sin embargo se limitó a mirarme en silencio unos segundos. Después me señaló a mi madre y al médico con un movimiento de los ojos.

–Les presento a mi hijo –dijo, como si los otros no me conocieran.

Y era así, exactamente igual: como si me estuviera diciendo sacate los pantalones infeliz.

Mi hermana Cora no estaba. Víctima y parásito de mi padre, disfrutaba al mismo tiempo de los privilegios de los chicos y los derechos de los adultos: vive en la casa de mis padres pero nunca está con ellos cuando se la necesita. Hablé con el médico secreto. Había llegado al límite de lo que podía hacer sin infraestructura. El tumor tapaba casi toda la luz del recto. Vaya a saber por qué los médicos llaman luz a todo agujero, por oscuro y maloliente que sea. Ahora recomendaba la internación.

La decisión no era fácil. Si se operaba, tenía pocas esperanzas de sobrevivir. Era improbable que un hombre de esa edad lograra resistir una operación tan feroz: había que cortar un trozo de intestino y

hacer un ano contra natura. Un agujero en la panza por donde brotaría la mierda mansamente, empujada por los movimientos peristálticos. Si el trozo que amputaban no era largo, si todo salía mejor de lo esperable, una nueva operación, que ahora se hacía no muy lejos de la primera, volvería a unir los dos extremos de tripa que quedaban sueltos y mi padre recuperaría su esfínter. Pero el postoperatorio sería muy largo, estaría impedido durante mucho tiempo, y una vez en el hospital nadie podría evitar que lo mandaran a una Casa.

En las Casas de Recuperación se vive mucho, pero nadie se recupera lo bastante como para volver a salir.

La otra posibilidad que se le presentaba a mi padre era morir reventado en sus propias heces. Descartada la operación, dejar que la obstrucción avanzara hinchando los intestinos de restos alimenticios mal digeridos, cada vez peor digeridos, mezclados con sus células epiteliales, hasta que la materia acumulada y fermentada llegara al estómago produciendo vómitos fecaloides, hasta que piadosamente reventara, por la presión de los gases, alguna zona más débil en la pared de los intestinos, para entonces tapizados de llagas, y la materia derramada en la cavidad produjera una peritonitis bienhechora, final.

Había que elegir entre la operación –y por lo tanto la Casa–, o reventar, o el suicidio.

El médico secreto fingía confortar a mi madre. No es raro que estos personajes trabajen también para las Casas de Recuperación. Lo que cobran en oro no es solamente la atención médica sino sobre todo el silencio, la gentileza de callarse la denuncia de enfermedad o impedimento.

Mamá tenía la mirada opaca, indiferente. Ella siempre vivió un poco así, como envuelta por una nube que le velaba los sentidos, los sentimientos –sobre todo el placer y la alegría–, pero también los colores y parte de la realidad. Me asombraba, sin embargo, no verla retorcerse las manos con desesperación, no entregarse al dolor, la única sensación que la mantenía lúcida. En ese momento no me di cuenta de lo que estaba pasando. Cora tendría que haberme avisado.

Casas de Recuperación. Un nombre lógico. El vocabulario políticamente correcto se expande por el mundo, desterrando del lenguaje las verdades crueles para reemplazarlas por sinónimos más tolerables para la sensibilidad humanitaria. ¿Por qué decir lo que se puede insinuar? Todavía puedo recordar una época en que se los llamaba asilos, y después geriátricos y residencias de ancianos o simplemente residencias, y claro que no eran exactamente lo mismo que las Casas: no eran obligatorios.

El de las Casas es un mundo dentro del mundo, un sector de la vida que nadie conoce a fondo hasta que no le toca entrar en él, así como nosotros fuimos descubriendo juntos el breve universo de los amores secretos.

Mi padre tenía la cara deformada por un espasmo de dolor. Las contracciones intestinales actuaban sobre el sistema del nervio vago produciéndole, además del dolor, sudoración fría, náuseas y lipotimia. Iba a elegir el suicidio, por supuesto. Lo habíamos conversado muchas veces. Ahora vendría el regateo con el médico secreto, cuánto por una muerte breve y feliz, cuánto por otra un poquito más larga, o menos indolora, y si no le convendría al fin tirarse de la terraza y morirse gratis: para dejarla en mejor situación a tu madre, me diría. No quería oírlo, no estaba dispuesto a soportarlo.

Eran las cuatro de la madrugada, en el aire pesado el sudor ajeno parecía condensarse para colarse en mis pulmones y de tanto en tanto el ruido de algún auto, allá abajo, se recortaba en el silencio. Había sido difícil para mis padres mantenerse independientes y libres en un piso tan alto, con tan frecuentes cortes de luz. Pero los viejos y los gatos no quieren abandonar su territorio.

–No vas a operarte –dije, para empezar una conversación que la piedad postergaba más de lo necesario. Lo dije así, sin signos de interrogación, me parecía tan evidente.

–Estás apurado porque tu padre se muera: mejor sentate que falta mucho –intervino mamá, por primera vez.

La ignoré esta vez como siempre la ignoraba él. Papá no me contestó enseguida. Miró la vitrina llena de los más diversos objetos pequeños que habían acumulado en los viajes, apoyó las dos manos sobre la mesa de madera protegida por un vidrio y por un paño que protegía el vidrio y por un plástico para que

el paño no se ensuciara. Apoyó las dos manos y se paró. Repentinamente liviana, desbalanceada, la silla se fue para atrás. El médico se apuró a levantarla. Hacía años que esas sillas, de respaldo demasiado pesado, habían perdido su estabilidad original. Despacio, sin mirarme, papá se fue a la cocina y volvió con un vaso de leche y un resto frío de guiso de mondongo que había encontrado en la heladera. Se sentó a comer con una cuchara.

–¿Tenés hambre? –pregunté con admiración.

–Comer es bueno. Cené temprano, ya es madrugada. Comer es vida –dijo mi padre–. Mirate un poco vos, tan flaco. No tenes peso para pelearle al mundo.

–Su padre qué maravilla: siempre con esa admirable vitalidad –comentó el médico, como si creyera que todavía era posible en esa casa ganarse un extra, una propina.

–Si aunque sea te hubieses recibido de maestro–dijo mamá de pronto–. Tendrías un oficio. Entonces sí uno podría irse tranquilo de este mundo.

Era una observación muy extraña para hacerle a un hombre que había cruzado la línea de la mitad de la vida, que había sobrevivido la parte más importante de sus años sin necesidad de recibirse de maestro. No supe qué contestarle y seguí hablando con papá.

–¿Te vas a dejar operar? ¿Y después a una Casa?

–Los que tienen deudas –dijo mi padre–, éstos a lo mejor querrán morirse. Para los que somos acreedores, la vida vale la pena. Yo todavía tengo mucho que cobrar.

Cuatro

¿Tengo que seguir fingiendo que te escribo? ¿Tengo que seguir mintiéndome que alguna vez vas a leer esto, como fingía interesarme en otras mujeres, para estar a la altura de lo que vos sentías o decías sentir por tu marido? A veces me hartaba, a veces prefería inventar historias, mentirte a vos antes que seguir engañándome, a veces no tenía ganas de fingir, con esas mujeres, no ya felicidad, sino simple placer o diversión, y entonces me despedía de ellas, de cualquiera, con palabras amables y gestos bruscos sabiendo que no volvería a llamarlas, buscando excusas para no causarles más dolor del necesario. Ahora, por momentos, me harto también de vos, de que estés siempre ahí, testigo desinteresado y forzoso de mi vida. Viéndome aunque no me mires, leyéndome aunque no me leas, convocada por mi escritura, ignorándome con la disimulada indiferencia de los espejos, que nos mienten fascinación mientras nos devuelven nuestra propia mirada.

Aunque Goransky y yo sabemos ya que nuestra sociedad no funciona, que nunca vamos a parir esa historia imposible y deseada, ya que ni siquiera logramos engendrarla, concebirla, sigo encontrándome con él tres veces por semana. Nuestra relación se alimenta de una rutina que no me atrevo a interrumpir: una sola ausencia sería suficiente para provocar el final.

En el calor irracional de este noviembre el aire acondicionado del estudio de Goransky impone justicia: según el almanaque todavía es primavera. ¿Por qué el clima de esta ciudad nos toma siempre de sorpresa? ¿Por qué nos cuesta recordar sus arbitrariedades como si hasta ese momento hubiera sido un modelo de previsible regularidad? El año pasado, para esta época, ¿hizo tanto calor?, nos preguntamos unos a otros, como si nunca hubiéramos estado aquí, como si acabáramos de llegar, persuadidos, además, de que nuestro entorno se tropicaliza injustamente.

Hablo del tiempo porque no quiero hablarte de mi padre.

La operación para extirpar el tumor y buena parte del intestino de mi padre estaba prevista para esa tarde y allí estaba yo, tratando de olvidar mis confusos sentimientos entre las desbocadas enredaderas del estudio de Goransky, soñando a dúo delirantes aventuras en la Antártida que jamás se iban a concretar.

Tenía hambre cuando llegué, estoy tratando de ahorrar incluso en comida, ya que por razones de seguridad no puedo tocar el presupuesto de taxis, pero no me resigno a los sustitutos baratos, a la consistencia del propylen glicol, al aceite de soya hidrogenado que impregna el sabor de los alimentos envasados. Goransky me esperaba con sandwiches de miga: como buen seductor, había aprendido a conocer mis necesidades y mis gustos. Me costó concentrarme, sin embargo. Estaba muy alterado, no sólo por la operación de la tarde sino porque me habían atacado otra vez por el camino.

Fue una emboscada en el semáforo. Ya nadie se detiene de noche en las luces rojas, pero no sabía que estaban atacando también de día. La primera vez que vi a un conductor ignorar deliberadamente los semáforos fue una noche en Porto Alegre. No pensé que nuestra ciudad llegaría tan rápido a esa situación. (No pensamos que nuestra ciudad, tan rica, tan orgullosa, llegaría jamás a esa situación.) El taxista parecía acostumbrado, me dijo que los ataques diurnos son una novedad frecuente. Siguió adelante con firmeza, atropellando a uno de los muchachos.

–No se preocupe –me dijo–. Éstos se gastaron las balas jugando. Cuando tienen municiones no esperan a que uno pare, tiran a las ruedas.

Debía de tener razón porque no hicieron nada, vi por el vidrio de atrás que levantaban al herido y se lo llevaban como podían, entre varios.

Yo no sirvo para esto. Para el trabajo de guionista, quiero decir. No soy un buen arquitecto de la palabra, no sé cómo diseñar una estructura capaz de organizar el relato. Por algo elegí o fui elegido por

este extraño oficio de maquillador, al que quiero mucho aunque tenga que confesarlo, a veces, con algo de pudor: oficio de homosexuales o de mujeres.

Yo soy, me siento, maquillador. Necesito trabajar sobre la carne, sobre la piel. Lo que me pide Goransky es que, usando solamente una costilla, construya un esqueleto: la sinopsis, ese primer resumen de lo que podría llegar a ser la película. Pero en lugar de concentrarme en la estructura, tiendo rápidamente al maquillaje, al estilo, a los adjetivos: como si habiendo encontrado una calavera, me dedicara a pintarle los contornos de las órbitas en lugar de tratar de construir una columna vertebral que la sostenga. Éste es un trabajo para especialistas, y si Goransky trató de convencerme al principio de que mi frescura y espontaneidad eran lo que buscaba, ya se dio cuenta de que estaba equivocado.

No es casual que tampoco trabajando con gente más experimentada haya logrado avanzar en su historia. No se trata de que tengamos dificultades en el diálogo, en la definición de los personajes, en el desarrollo del argumento. El problema es más simple y más grave: todavía no logramos definir cuál va a ser el tema de la película.

Soy mayor que Goransky, pero su poder, su dominio sobre el dinero, hacen que me sienta infantil cuando estoy con él. Tener mucho dinero y estar acostumbrado a manejarlo: éste es un grado de adultez que no todos llegamos a alcanzar. Es una buena persona, sin embargo, y cuando consigo mantener mi mente alejada de su delirio cinematográfico, le tengo aprecio y confío en él. Le hablé de mi padre y por un momento pareció escucharme como un amigo. Pero a continuación se entusiasmó con la idea de filmar una operación en la Antártida, una de esas típicas situaciones de emergencia médica, que suelen levantar el grado de atención del espectador.

Traté de acompañarlo mientras iba enfermando y operando tentativamente, uno a uno, a todos los personajes, los dudosos personajes de la película, y comparaba los efectos que esa operación podía tener en nuestra vaga historia. ¿Dije que me sentía infantil cuando estaba con él? Quizás no es exactamente ésa la sensación. Me siento pequeño bajo su poder, pero no como un hijo bajo al poder de su padre, sino como un juguete en manos de un bebé. Hacia el mediodía estaba harto y quería cobrar. A veces creo que me paga solamente para que lo escuche. Ya que no puede filmar su película, al menos tiene a quién contársela en todas sus infinitas variantes potenciales. Como si alguien te invitara a recorrer el jardín de los senderos que se bifurcan pero sin elegir: siguiendo metódicamente, infinitamente todos.

¿Te interesa? ¿Sigo? Debería bastarme con tu silencio, con que no me interrumpas. Pero nunca es suficiente, cualquiera que haya pasado por esta forma agobiante del amor lo sabe. ¿Me amas?, te preguntaba cuando estábamos juntos. Te reías de mí. Palabras de teleteatro. No se dice me amas, se dice me querés. Pero para mí no era lo mismo. Uno quiere a sus hijos, quiere –a veces– a sus padres, creo que quise incluso a mi esposa, se puede querer a un perro, a un amigo. Yo necesitaba saber –y ninguna respuesta me servía– si me amabas. Así, como en los teleteatros. No tengo ganas ahora de mencionar o describir tu cuerpo, pero eso es lo que quería decir, lo que hubiera deseado preguntarte. Si tu cuerpo sentía, en la separación, ese desconcierto, la misma desazón, el mismo desencuentro que el mío.

Estoy dando vueltas, tomo todas las curvas posibles y no hago más que seguir una espiral plana que siempre me conduce –¿nos conduce?– hasta el único centro posible. Mi padre.

Transformándose de médico secreto en médico oficial sin necesidad de cambiar de disfraz, el doctor había dado la orden de internación. Mi padre estaba en el hospital donde lo iban a operar. Del estudio de Goransky me fui directamente para allí. Si todo salía bien–extraña palabra– unos días después lo sacarían del hospital para llevarlo a la Casa de Recuperación.

Mi padre consideraba que pagar un seguro médico era un gasto absurdo. Prefería usar los restos del sistema estatal que protege a los jubilados. El edificio del hospital estaba en mal estado, había pocas enfermeras pero la atención médica era buena. Margot me estaba esperando en la puerta de entrada.

Tenes nombre de tango, le dije, cuando la conocí. Pero Margot no se llama Margarita, como en el tango, sino Margara, que es peor: la forma neutra de un falso diminutivo, como quien dijera *apelo* en lugar de *apetito*. En otro momento te voy a contar sobre ella: siempre te gustó la módica perversión de escucharme otros encuentros. Margot estaba contenta. Para las mujeres es tan importante que las

dejemos participar físicamente en nuestras penas: como si exponer una debilidad fuera la más convincente prueba de amor. Permitirles que nos acompañen al velorio de un muerto cercano y querido, que nos alienten en la sala de espera de un quirófano, significa mucho más para ustedes que la invitación a una fiesta.

Llegué a tiempo para despedirme de papá, tal vez para siempre, antes de que se lo llevaran a la sala de operaciones. Viejo como está, le sigo envidiando ese cuerpo grande y gordo, con la piel lustrosa, que a los enfermeros les resultaba difícil manejar. Así, sin embargo, desnudo, sin sus anteojos, sin dentadura ni audífono, estaba indefenso. Una mente aislada del mundo, un cuerpo sometido a sensaciones difíciles de identificar. Cuando me acerqué me atrapó con uno de sus brazos y me obligó a bajar la cabeza para acercarla a su boca.

–El abogado tiene los papeles, Eni, pero además está la libretita debajo de la baldosa del baño.

Tenía el aliento sucio y mojado de los viejos y me estaba hablando de dinero. Me enderecé con alivio. Mamá nos miraba con una expresión de desconcierto que no entendí. Entonces llegó mi hermana, corriendo, jadeando, siempre tarde. Me abrazó. Pobre Cora: ella nunca escapó de la jaula. Ni siquiera pudo, como yo, fingir una vida independiente.

Mamá nos miró a los tres: a Margot, a mí, a Cora, que traía viento en el pelo y los rasgos alborotados.

–Ustedes, entre ustedes, ¿qué son? –preguntó.

No entendimos, al principio, lo que quería decir. Como no le contestábamos, insistió.

–Ustedes, entre ustedes, ¿son parientes?

–Mamá –le dije, muy sorprendido, con calma, con angustia–. Ella es Cora, yo soy Ernesto, somos hermanos, ¿te acordás? Somos tus hijos.

–¿Y ella? –señalando a Margot.

–Ella es mi novia.

Mamá nos miró con una gran ternura. Le acarició la mejilla a Cora, que trataba de no llorar. Margot, en cambio, debía estar contenta y disimulaba por obligación. Qué extraordinaria oportunidad, poder participar en esa escena tan íntima.

–*Qué* lindo –dijo mamá–. Qué hijos tan grandes que tengo.–De pronto parecía desconcertada. Pero entonces debo ser muy vieja.

Volvió a mirarme con mucha atención. Como tratando de decidir si todavía era posible retar a un hijo tan grande.

–Hijo, no está bien que tengas novia a esta edad. ¿No deberías tener esposa, hijos? ¿No tendrías que haberme dado nietos?

No era solamente la memoria. Estaba loca. Quién sabe desde cuándo. Pensé en esas miradas oscuras, ojos que llegaban desde el fondo de una niebla. No eran las cataratas, ni la vejez. Mi madre se había vuelto loca en silencio, como casi todo lo que hacía, y yo ni siquiera había sido capaz de darme cuenta.

Cinco

Mi padre huele a mierda. Entre los olores medicinales y antisépticos, jabonosos, de la sala de Terapia Intensiva, es posible percibir un débil rastro que se va acentuando al acercarse a su cama. Sobre el vientre agujereado, una bolsa de plástico recoge sus excrementos semilíquidos, escasos, de bordes desflecados y de color amarillento. Un tajo horrendo, carnicero, le une el vientre con el ano, ahora inútil.

La operación fue un éxito.

El cirujano estaba de buen humor y nos permitió verlo antes de que ingresara a la sala de Terapia Intensiva: papá estaba despierto, curiosamente lúcido.

–Esta vez te creíste que sonaba –me dijo con increíble alegría. Pálido, despeinado, con cara de cadáver y una voz de campanas al viento.– ¡Falta para que te libres del viejito!

La felicidad le había amainado al día siguiente, en la Sala. No hay soledad como la de Terapia Intensiva. Me dejaron pasar con mi madre. Ella se le acercó con una expresión de extraordinaria dulzura.

–Mi frutilla, mi joya, mi diamante –le dijo, esquivando tubos y cables para besarlo en la cara–. Nunca te olvides de que yo te quiero tanto, tanto.

Papá dio vuelta la cara.

–Sácamela de encima.

Casi a la fuerza conseguí apartar de la cama a mi madre, que se echó a llorar.

–¿Dónde está el hombre que yo quiero? En esa cama hay un viejo asqueroso con feo olor. No me van a engañar, yo lo conozco bien a mi marido: es un muchacho buen mozo que hace chistes.

–Mamita –le acaricié el pelo reluciente de tan blanco–. Míralo. Recién le estabas hablando. Es mi padre.

Mamá me miró severamente, como alguien a quien en un momento de grave dolor se le hace una broma estúpida.

–Tu papá. Y qué. Si un viejo asqueroso es tu papá no quiere decir que también sea mi marido.

Otra vez empezaron a desbordar lágrimas de sus ojos velados por las cataratas, formando charquitos en los diques de las arrugas.

–Alguien me robó a mi hombre. Yo lo voy a encontrar. Hoy abrí el ropero y me tranquilicé porque dejó toda la ropa: entonces piensa volver.

Ella tenía razón. ¿Por qué tenía que creer que ese viejo destrozado era su marido? ¿Acaso esa pobre vieja demente era la madre joven y linda de la que yo estaba tan orgulloso en la escuela? Locura es la lógica estúpida de la vigilia que insiste en que la identidad se sostiene a lo largo del tiempo y las desdichas. Como si yo, sin vos, fuera la misma persona.

Cuando llegó el momento de irnos entendí por qué mi hermana se había negado a entrar. Mientras le acariciaba la frente para despedirme, papá empezó a rogar que no me fuera, que lo acompañara, que no lo dejara solo otra vez. Al mismo tiempo, sin que yo me diera cuenta, enganchó uno de sus dedos artrósicos en el ojal de mi saco. Cuando quise enderezarme estaba atrapado. Agradecí la crueldad de la Sala de Terapia que me obligaba a dejarlo. Una enfermera me ayudó a desprenderme.

Mi hermana en cambio nunca pudo desprenderse de ese gancho que la tenía sujeta desde su nacimiento. Cora había venido a llenar el espacio que se ahondaba entre mis padres y su destino fue enredarse con papá en una madeja de amor y odio que terminó por absorber toda su energía vital. Nunca

pudo irse de la casa, nunca pudo inventarse una historia distinta de la que habían planeado para ella, esa vida estéril que al mismo tiempo le reprochaban, refregándole su fracaso.

Papá usó todos sus recursos para ejercer control y poder sobre nosotros: nos atormentaba con la culpa, nos penalizaba con el castigo, usaba el poder de su fuerza física cuando éramos chicos y el de su dinero cuando fuimos grandes. Era capaz de aunar el dominio del torturador y el de la víctima. Nos controlaba usando la mentira, la verdad, la inteligencia y el sabio conocimiento de nuestras debilidades y deseos. También nos quería: apasionadamente. Sólo para él.

Una noche, cuando mi hermana tenía quince años, llegó a casa más tarde de lo acordado. Encontró a papá tirado en el suelo, con los ojos en blanco. Se moría, quejándose con estertores de ahogado. Cora gritó horriblemente. Después supimos que mamá estaba en el dormitorio, encerrada por fuera. Yo me desperté, salté fuera de mi cuarto y traté de ayudar. El corazón de papá parecía latir normalmente. Un poco de taquicardia, quizás. Estaba llamando a una ambulancia cuando su mano cortó la comunicación.

—¿Sufriste? —le dijo a Cora, que lloraba con angustia asmática—. ¿Es triste perder a un padre? ¿Te dolió? Así me dolió a mí cuando vos no venías. ¡Así te creía muerta!

Me pregunto a veces si saberte muerta me dolería todavía más que esto, que tu deliberada ausencia, tu abandono. Creo que sí. Mi capacidad de sentir celos me ha decepcionado, esperaba otra intensidad. Debería hacerme vomitar de dolor saber que otro hombre tuvo tanto más que tu cuerpo —y también tu cuerpo—, pero solamente puedo pensar en los caminos por los que te fuiste de mí. Mientras duró nuestra relación, casi no tuve celos de tu marido. Hablabas mucho de él, hablabas bien, lo querías. Yo también lo quería como a un viejo amigo: sabía, sin conocerlo, que a pesar de todo éramos socios, que nos complementábamos. Sabía que nuestros destinos estaban atados y que si un día decidías separarte, vivir con otro, ese hombre no iba a ser yo. Así como nos necesitabas a los dos, también nos ibas a descartar al mismo tiempo. No pude prever que el tercer hombre iba a ser a tal punto imposible, destructivo, cercano, que no ibas a irte con él sino de él.

Los días de Terapia Intensiva nos dan tiempo para seguir adelante con nuestras propias vidas. Es el único lugar del hospital donde los pacientes cuentan con una atención que hace innecesaria la presencia de los parientes, al menos desde el punto de vista de la estricta necesidad física. Contra lo que podría suponerse, no hace falta mucho personal: una sola enfermera puede controlar simultáneamente varias terminales. Mientras los indicadores de las pantallas sean estables, lo que les suceda a los enfermos no tiene importancia.

En un lugar no demasiado secreto de mi corazón le deseé a papá una muerte muy dulce, y no por eso me sentí culpable.

Cora no quiere internar a nuestra madre en una Casa de Recuperación. En teoría estoy de acuerdo, en la práctica se hace difícil disimular su estado. Ayer mamá tiró por las escaleras una olla de guiso. Cualquier vecino podría denunciarla. La norma legal trajo alivio social al quitarle a la familia la responsabilidad de decidir el destino de los viejos. A los ciudadanos que cumplen con la ley, les incomoda que otros traten de pasarla por alto.

Ahora que mi padre está internado, mamá y Cora podrían comer algo mejor que esos guisos de pobre, pero ya es tarde para ellas y tienen en la casa unas absurdas reservas de porotos, arroz, polenta y otros alimentos baratos y duraderos. Cientos de cajas vacías se acumulan en los muebles de la cocina. Cora me mostró un cajón lleno de trozos de papel —los resúmenes que imprimen los cajeros automáticos— organizados en paquetes sujetos con gomitas. Mi padre se entretenía pidiendo saldos en los cajeros automáticos para usarlos del otro lado como papel borrador.

En la Sala de Terapia el régimen de visitas es muy rígido. Se permiten dos visitas de treinta minutos por día. Cuando el enfermo está despierto, media hora es nada para tanta soledad; pero cuando está consciente, puede ser demasiado para los parientes. Media hora de eternidad en un rincón del infierno. Cora sigue negándose a entrar a la Sala con distintas excusas. En cambio Margot insiste pesadamente en acompañarme. Asistirme en esta situación de desvalimiento le permite toda clase de fantasías de futuro— si la necesito lo suficiente, ni siquiera hace falta que la ame. Una mujer agotadoramente buena, la pobre

Margot. Si su capacidad de venganza se parece a su capacidad de sacrificio, debe ser atroz. Debería cuidarme de su generosidad, pero me resulta demasiado cómoda.

Esta mañana Margot y yo entramos juntos. Papá dormía o estaba inconsciente. No nos daban muchas explicaciones. A su derecha, en otra cama, había un hombre joven con la cara deformada por golpes y heridas. De pronto empezó a respirar pesadamente, con un sonido ronco y fuerte. Como si hubiera brotado del suelo de mosaicos, apareció un hombre con su cámara de video y comenzó a grabarlo. La enfermera dejó la revista de fotos que estaba hojeando y se paró para echarlo sin apuro, casi dándole tiempo a que terminara su tarea.

Aproveché el incidente para salir sin llamar la atención. Margot se quedó un poco más. En esta media y larga hora los parientes de los internados –somos pocos, la mayoría de los enfermos están solos– nos miramos unos a otros controlándonos para asegurarnos de que nadie escape antes de tiempo a su cuota de asco y espanto.

El hombre de la cámara no había ido lejos. Estaba allí, en la sala de espera, listo para responder a alguna señal seguramente convenida con la enfermera. Conversamos sin esperanzas de matar el tiempo distrayéndolo apenas para que pase y se vaya. Se quejaba de su trabajo. Los cámara freelance no tienen sueldo y son miles en la ciudad, una plaga, todos en competencia entre ellos y con los aficionados, tratando de atrapar esas imágenes-verdad que han desplazado casi totalmente a la ficción. En cada Sala de Terapia Intensiva hay alguno, y el arreglo que hacen con las enfermeras no es sólo para que les permitan permanecer al acecho, sino, sobre todo, para que no dejen entrar a otros en su territorio. Éste era un auténtico admirador del viejo Hollywood y consideraba su trabajo como un mal inevitable.

–No entiendo por qué la gente no quiere ver más muertes de película. La muerte de verdad es aburrida, estúpida –protestaba el hombre–. Entran en coma profundo, dejan de respirar, eso es todo. Es muy rara la oportunidad de grabar una agonía.

Margot terminó de cumplir con mi cuota de Sala. La esperé en la puerta del hospital, en el refugio para protegerse de los mendigos. Vino a casa conmigo. Tendrías que verla: sin ser joven, es algo más que linda. Tiene una gracia natural en sus movimientos, un porte que no se pierde con los años. Margot me hace pensar en un venado: una gacela que ha pasado ya la edad de procrear sin perder la humedad conmovedora de sus ojos, la torpeza graciosa de sus patas demasiado largas y sobre todo esa sensación casi física de timidez: como si estuviera dispuesta a escapar –a correr o a refugiarse en sí misma– en cualquier momento. Hice lo que había que hacer prolijamente, desvestiéndola despacio, espectador distante de su placer.

Si hubiera podido comportarme con vos así, con sabiduría, con esa distancia, ¿no te hubiera tenido, como la tengo a Margot, mucho más enamorada de lo que a un hombre le es dado aceptar sin fastidio? ¿Fue solamente mi pasión lo que te hacía diferente? Sin embargo a veces pienso que Margot me odia, que sólo está esperando la oportunidad adecuada para devolverme tanta indiferente gentileza.

–Tu papá se muere. Para mí, esta noche. Está muy viejo, no le va a dar el corazón –me dijo después Margot, creyendo que me daba una buena noticia, mientras jugaba a fumar en uno de esos tubitos de plástico rellenos de no sé qué sustancia capaz de emitir un vapor suave con cada aspiración.

Ella esperaba de mí un suspiro, una señal que expresara pena y alivio al mismo tiempo, pero no pude: de golpe la muerte se me hizo presente en toda su miseria, me sopló eternidad en la oreja. Estaba recostado sobre el almohadón grande, el que más te gustaba. Miré hacia abajo y luché contra la presbicia para enfocar el pelo que me blanquea el pecho, tanto más canoso que el de la cabeza o la barba. Estoy demasiado cerca de la vejez como para pensar en la muerte –en cualquier muerte– sólo con alivio.

Tengo miedo.

Seis

Si no fuera tan dolorosa, si no me lastimara, observar la locura de mi madre me resultaría fascinante. Sobre todo por el contraste con las psicosis de ficción: esos locos sabios, coherentes y creativos que enfrentan a los médicos con una visión del mundo de los hombres más justa o más poética que la mediocre normalidad. Locos que sirven, por lo general, como vehículo para expresar las concepciones filosóficas del autor o del director de la película. Locos felices a quienes la cordura no les traería más que monotonía o desdicha.

Uno se pregunta, cuando mira esas películas, esas obras de teatro que exhiben formas de la demencia tan cuerdas, tan inteligentes, por qué esos locos brillantes, injustamente encerrados, no son capaces de fingir en el momento apropiado el grado de sensatez que les permitiría recuperar la libertad. Nadie que trate con un psicótico real se hace esa pregunta absurda. Se ha roto el soporte de la memoria y todos los archivos están confundidos y mezclados. Nada se encuentra cuando se lo necesita, no hay programas que permitan extraer las respuestas apropiadas en el momento crítico.

Nunca más voy a poder ver o leer algo así sin que la indignación me suba desde las tripas en forma de náusea. En el círculo de la locura toda posibilidad de creación ha sido abolida. El delirio de mi madre es repetitivo, doloroso. Una y otra vez vuelve a recibir la noticia de que papá está gravemente enfermo, de que lo operaron, de que está internado en el hospital, de que no sabemos si va a sobrevivir. "¡Cáncer!", repite, llevándose la mano a la frente y después al pecho. Y se echa a llorar. Diez minutos después vuelve a preguntarnos si papá se comunicó con nosotros, si dejó algún teléfono. Nos lleva aparte, a Cora y a mí, para interrogarnos por separado.

—¿A vos te parece, un hombre de su edad, con una chiquilina? —dice, y me mira a los ojos para comprobar si me parece o no—. Pero qué te pregunto a vos, si sos un hombre, igual que él.

Sigue con Cora.

—Tu papá no volvió en toda la noche y ojalá fuera un accidente pero no es. ¡Ojalá fuera! —y se echa a llorar con el mismo horrible dolor con el que recibe las palabras enfermedad, tumor, operación, hospital.

Si su locura le trajera alguna forma de paz, si fuera para ella más agradable, menos terrible aceptar el abandono voluntario de mi padre que su enfermedad, entonces lo entendería. La demencia como una forma de enmascarar una verdad dolorosa. Ojalá pudiera volverme loco, dicen los que sufren en la cordura, porque no saben de qué hablan. Su locura no le ha dado ningún alivio: mamá está agitada, sufre, respira con dolor, sacando el aire del pecho con un esfuerzo penoso. Abre y cierra los roperos, revisa los cajones, no se resigna a la idea repugnante que quizás temió toda la vida y que ahora, con formas variadas, la locura le instala en la cabeza: la idea de que su marido se hartó de ella para siempre.

El intento que hago de repetir sus palabras las falsea. Para una persona cuerda hay algo imposible de reproducir en el delirio de un loco. La locura se parece a una pesadilla y los sueños no se pueden contar sin transformarlos, sin mentirlos. Hay un saltarse ciertas conexiones lógicas, hay agujeros en el discurso, en el significado pero también en el significant: a veces son simples palabras las que el loco no puede encontrar en su cabeza y cuenta con que su interlocutor disponga de los faltantes necesarios para rellenar esa especie de colador por el que se le escapa el sentido. "Vos me entendés", repite mamá, como una muletilla. "Eso que ya sabes", nos dice. "Lo que te podés imaginar", intentando con desesperación usar la mente de quien la escucha para tender puentes de significado entre riscos que se disgregan, desmoronamientos del lenguaje.

Alguien debe haber hecho una denuncia, porque una asistente social se apareció en el departamento de mamá con dos guardias de una Casa de Recuperación. Cora tuvo una larga charla con ella mientras mamá las miraba con ojos desbocados.

Mi hermana no hizo ningún intento de engañar a la asistente, hubiera sido imposible. El médico secreto le había estado recetando a mamá pastillas para dormir y como efecto secundario la medicación le había provocado alucinaciones. De a ratos miraba a su hija, conversando con la asistente social, que estaba sentada a la mesa tomando un simulacro de té con sabor a avellana mientras los guardias permanecían cerca de la puerta. Otras veces mamá cambiaba de escenario defendiéndose con movimientos bruscos de algo o alguien desagradable, aunque no temible, que se le aproximaba demasiado. Ésos son quizás los peores momentos para los que estamos afuera de su mundo.

Quedarse con un viejo en esas condiciones esta prohibido, severamente penalizado y mal visto por la mayor parte de la sociedad. Pero todo tiene arreglo. La asistente era una de esas personas cuyos principios les impiden aceptar dinero, de modo que se fue de la casa de mis padres llevándose una preciosa porcelana francesa –de chico me intrigaba cómo había logrado el artista imitar la filigrana de los encajes, probablemente el único adorno que tenía algún valor real.

No era una solución sino solamente un respiro. Vendrían otras denuncias, otros asistentes. Los guardias se habían quedado afuera esta vez, pero se decía que eran insobornables: les pagaba la Casa y no el Estado. Hablé con Cora. ¿Por qué estábamos tan empeñados en evitar que nuestros padres fueran a una Casa de Recuperación? Para mamá, nada podía ser peor que ese mundo interno en el que se sumergía cada vez a más profundidad. Nuestro padre no iba a sobrevivir, le dije a Cora, no podía salir vivo de la Sala de Terapia Intensiva: su viejo corazón estaba demasiado gastado. Usé los argumentos de Margot para convencerla pero no fue fácil. ¿Quién es tan ingenuo como para suponer que todo esclavo quiere librarse de su amo?

Seguíamos discutiendo en el taxi que nos llevaba al hospital por el camino más seguro. Al llegar nos enteramos de que papá había salido de Terapia y lo habían trasladado a una habitación. Estaba mejor Recuperándose.

Duro el viejo, pensé, con una alegría desbordada injusta. ¡Yo sabía que no iban a poder tan fácil con el muy hijo de puta! La miré a Cora, que sonreía tan estúpidamente como yo. No sólo estaba contento sino que sentía unas tremendas ganas de llamarla a Margot y demostrarle hasta qué punto estaba equivocada su bienintencionada predicción. Viste, idiota, que yo tenía razón, viste que no era tan fácil librarse del problema.

Ahora empieza la etapa más complicada. En la habitación de papá hay otros dos enfermos que dependen del exterior para subsistir. El hospital no provee comida. Fuera de las salas de Terapia cada enfermera debe atender a decenas de enfermos. Sólo los indigentes van a los hospitales, que están demostrando ser un pésimo negocio privado. Los concesionarios tienen que restringir los servicios –el personal, la comida, la ropa de cama, la medicación– para que rinda la inversión en aparataje. En medio de pasillos descascarados y ruinosos, baños inundados y acumulaciones de basura, los hermosos aparatos de vidrio y acero brillan como esculturas listos para ser admirados por los humildes pacientes. Nadie –y en particular ningún pobre, ninguna persona de educación elemental y escasos recursos– aceptaría ingresar a un hospital que no contara con una adecuada cantidad y calidad de aparataje, máquinas de nombres imponentes, con pantallas y cristales y rayos de colores y tubos cromados y minúsculas cámaras de televisión.

Mi padre no estaba en su nueva habitación.

Como el buen y el mal ladrón, a los dos lados de su cama, usada pero vacía, había un enfermo recalcitrante y otro arrepentido. A la izquierda, completamente entregado, un viejo dormía con la boca abierta la dentadura postiza colgando y un hilo de saliva espumosa que bajaba por la comisura. A la derecha protestaba y se defendía un hombre joven a quien su hermano o su amigo le estaba haciendo tragar un caldo ligero. El paciente rechazaba el alimento y el muchacho que lo atendía se comía una cucharada tras otra para tratar de tentarlo o para darle el ejemplo, como suelen hacer las madres cuando los chicos no quieren comer: mira qué rico, mira cómo me lo como yo. De hecho, se estaba terminando la comida con aparatosos ademanes de placer.

–¿Usted es el hijo? Se lo llevaron por un rato –me dijo el muchacho–. Está en Intravé. –¿Intravé?

–In-tra-vid-e-osco-pia –pronunció con dificultad, con la boca llena de sopa.

Corrimos a la Sala de Intravideoscopia. Habían metido a papá adentro de un aparato nuevo y lustroso. Frente a la pantalla que exhibía el funcionamiento de sus órganos, un médico disertaba para nadie en particular, como si hablara para sí mismo. En realidad se estaba haciendo escuchar por otros pacientes, algunos acompañados por sus familiares, que esperaban su turno en camillas o en sillas de ruedas.

Escuché un rato. Había muchas palabras que no entendía y no todas pertenecían a la jerga médica.

Pronto mis pensamientos me llevaron lejos de las palabras del médico y sin embargo seguía mirando fijamente la pantalla. Entonces, sin quererlo, precisamente por ese efecto de atención flotante me di cuenta de que la imagen confusa y brillante que palpitaba rítmicamente en la pantalla era una grabación que se estaba repitiendo una y otra vez y que seguramente volvía a empezar cada vez que se prendía el aparato. Ésa es sin duda la función de la intravideoscopia: persuadir a los pacientes de la alta calidad tecnológica de los servicios que presta la miserable institución. Aun entre los indigentes, los médicos secretos y los curanderos son una feroz competencia para los hospitales, que deben cumplir con cierta cuota de internados para obtener el subsidio estatal.

Ahora quiero contarte lo que sentí cuando me di cuenta de que mi padre iba a sobrevivir, de que iba a ser operado nuevamente y trasladado a una Casa. No es agradable, pero voy a escribirlo de todos modos. Quiero que sepas de mí tanto como yo mismo sé: entregarme en la escritura con la misma ilusión de absoluto que lograbas al darme tu cuerpo, y que se rompía, después, tan rápidamente: porque nunca supe en realidad por dónde andabas, adonde te escapabas en el momento mismo en que se apagaba tu último gemido, en que terminaba tu último estremecimiento. Te ibas, entonces, sin dejar de estar al lado mío, tu mano de niña sobre mi pecho, y eso era quizás lo que más me fascinaba: que tantas veces estuve en vos y nunca te pude entera.

Quiero contarte incluso lo peor, lo más desagradable que veo en mí, sin ocultarte siquiera la generosidad que tiene esa mirada fingidamente cruel con la que trato de engañarte, de engañarme, haciéndonos creer que me observo sin concesiones. Quiero hablarte del placer morboso que se mezcla con la alegría infantil de que mi padre siga vivo. La idea de que ahora va a sufrir, la idea de que, enteramente maniatado, incapacitado para defenderse, esta vez las va a pagar por todas.

Mi torturador atado al potro.

Siete

Cuando escuché los golpes y las detonaciones hice lo que hacemos todos: me aseguré de que los mecanismos de seguridad de mi departamento estuvieran funcionando. Puse música a todo volumen para no escuchar los gritos, me encerré en el baño y abrí la ducha. Sentado en el inodoro, miserable, analicé las probabilidades matemáticas de que esos locos –los ladrones profesionales no hacen ruido– bajaran a mi departamento.

Me hubiera gustado ducharme para sacarme el olor a miedo pero desnudo me sentiría todavía más indefenso. Quería y no quería saber lo que estaba pasando en el departamento de abajo, temblaba de terror y de sucia curiosidad al mismo tiempo. Una pequeña parte de mí se alegraba de que el ataque me estuviera dando la razón: por pura mezquindad del consorcio no tenemos guardia las veinticuatro horas, como otros edificios de la zona. El personal de seguridad son los mismos ladrones, aducen los vecinos que se oponen al gasto. ¿Y no es acaso una garantía que lo sean? Ladrones, es decir, gente de familia, personas cuyos fines en la vida no son tan diferentes de los nuestros: han optado por otros medios, eso es todo. Hay un cierto respeto, hoy, en la sociedad, por un ladrón profesional, todos preferimos ser asaltados por alguien que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo.

Antes se explicaba el vandalismo como una rabia juvenil. Un rato más tarde vi el cadáver de uno de los asaltantes. Era un anciano de barba crecida con una pierna de palo. Ya no se trata de pandillas de muchachitos drogados, hay incluso familias enteras de locos, hombres y mujeres, gente de distintas edades; a veces las bandas llevan chicos.

El departamento donde se estaba produciendo el ataque era el de los vecinos de abajo, esos dos hombres que vivían juntos desde hace años. Romaris era el apellido que aparecía en el registro de expensas y eso era lo más concreto que sabía de ellos. Llegaste a conocerlos: nos encontrábamos en el ascensor, los saludábamos apenas y sin embargo eran importantes, eran parte de nuestros pocos conocidos comunes, existían en el mínimo sector de intersección de tu historia y la mía. Jugábamos a inventarles vidas, parentescos, aventuras cada día diferentes, y todas parecían encajar con sus hábitos poco regulares. Eran dos hermanos, una pareja de amantes, dos viejos amigos, un tío con su sobrino, eran socios, empresarios textiles, hojalateros, anticuarios, equilibristas, profesores.

Cuando volvió el silencio no tuve que cerrar la ducha para darme cuenta. Era tan potente que se escuchaba por debajo del sonido de mis parlantes a todo volumen. Abrí la puerta con infinita cautela. Los demás vecinos se asomaban de a poco, como tortuga espiando desde sus caparazones.

Calculamos que la policía llegaría en la próxima media hora. Hacen lo que pueden. Como en un incendio o en un terremoto, nadie se atrevía a usar el ascensor. Con otras personas, bajé despacio por las escaleras. El cadáver del viejo, muy sucio, estaba tirado boca abajo en el pasillo. ¿Escapado de alguna Casa? Alguien lo dio vuelta con el pie. Tenía un tiro en la frente, un orificio muy pequeño, oscuro, por el que casi no salía sangre pero que dejaba asomar una sustancia espesa, de color amarronado.

La puerta del departamento estaba abierta y mostraba su interior revuelto, destrozado, obscenamente expuesto. Los vidrios rotos se mezclaban con restos de vajilla y trozos de objetos irreconocibles, zapatos, peines, el contenido del tacho de basura, libros deshojados y una asombrosa cantidad de estampillas que alguien había dejado caer como una piadosa nevada sobre el naufragio.

Los dos estaban ahí: los vecinos de abajo, nuestros amigos imaginarios. El hombre grande con la cara poceada por el acné, estaba muerto. No es que quiera ahorrarte la descripción del cadáver, no lo estoy haciendo por vos: trato de olvidarme de lo que sentí en el estómago en el momento de verlo.

El otro, el más joven, miraba el cadáver deforme, mutilado, desde la profundidad de un estupor tan grande que no parecía estar en este mundo. Tenía en la mano el arma que había usado contra los

atacantes. La sostenía de un modo curioso, como si fuera peligrosa en sí misma y no por lo que era capaz de disparar como se sostiene una sartén con aceite hirviendo.

Cada uno de nosotros es el centro de su propio universo: un segundo antes de entregarme a la compasión sentí como un golpe en el pecho, que había muerto uno de mis pocos testigos. Los vecinos de abajo, aquellos que escucharon nuestros nombres, aquellos que escucharon tus gritos de perra y que sonreían imperceptiblemente –o así me hubiera gustado imaginarlo– cuando los encontrábamos en las escaleras.

Quería irme. Por suerte el mundo está colmado de seres tan solidarios que serían capaces de luchar entre sí por obtener el privilegio de ayudar al prójimo. De hecho un par de vecinas ya se estaban disputando la oportunidad de calmar los sollozos del hombre, que había dejado caer el arma y se ahogaba en un llanto seco, intolerable.

Subí a casa con una vaga sensación de náuseas y una buena excusa para no ir ese día al hospital, donde mi padre se recupera con una rapidez obscena para un hombre de su edad. Muy pronto lo van a operar otra vez, para unir los restos de sus tripas y librarlo del ano contra natura.

Hacía tiempo que pensaba comprarme un arma y supe que había llegado el momento. Cuando se tiene un arma hay que estar dispuesto a usarla, hay que estar dispuesto a matar, repiten las buenas conciencias y las conciencias prudentes. El estado en que estaba el cadáver de mi vecino –la muerte, en ese caso, era sólo un detalle– me persuadió de que también yo voy a ser capaz de usar un revólver. En el peor de los casos, contra mí mismo.

Te sorprendería todo lo que sé sobre armas. Tuve que aprender mucho para la película de Goransky, que ya pasó por todos los géneros, desde la comedia sentimental hasta el policial duro. Me sentía seguro cuando empujé la reja de acero y entré a la armería. Había escrito esta escena muchas veces.

–Una Sigma –pedí sin sonreír.

Es un lindo animal, la Sigma: una pistola corta y sensata de Smith y Wesson. Algo más de setecientos gramos, bajo retroceso, capaz de adaptarse incluso a una mano tan novata como la mía.

–¿Calibre?

–Nueve milímetros, parabellum –dije, con un dominio de la jerga que disimulaba mi falta de experiencia.

Mientras el armero me daba explicaciones técnicas sobre las ventajas de la Sigma, su mínima reelevación después de cada tiro para que el tirador no pierda el blanco, yo miraba, distraído, hacia la calle. Un hombre y una mujer mal vestidos se acercaron a la reja que protegía el cristal blindado de la puerta. El hombre se aferró a uno de los barrotes y sin llegar a gritar, con la boca abierta en una mueca silenciosa, salió despedido y quedó tendido en mitad de la calle. La mujer escapó corriendo. Desde adentro del local, protegidos por una perfecta aislación acústica, contemplamos la extraña escena muda. Alcancé a ver una cámara de video asomada a un balcón.

–Es raro –comentó el armero–. A veces salen despedidos y a veces se quedan pegados. Con un voltaje tan alto nunca se sabe.

El hombre notó mi expresión y se apuró a darme explicaciones.

–No se preocupe: cuando viene un cliente lo desconecto. Nunca tuve problemas.

Me llevé la pistola sin atender al resto de sus comentarios, aunque acepté probarla y disparé unas cuantas veces en el pequeño polígono de la armería. Había leído tantos elogios acerca de su liviandad que el peso me tomó de sorpresa. Setecientos gramos en un artefacto pequeño y compacto es poco si uno ha tenido otras experiencias, si uno recuerda otras sensaciones con las que comparar. Para mi mano virgen de armas, el juguete pesaba bastante.

En casa la dejé en un estante para tenerla a mano. No quiero llevarla encima. Cuando matan en la calle, la víctima no alcanza a defenderse aunque lleve un arma amartillada lista para disparar. Los ataques callejeros se basan en el efecto sorpresa: se trata siempre de una acción veloz, inesperada, para la que no hay defensa. De ahí que sea tan importante la prevención, no circular a pie, usar los taxis

blindados. O tener tu blindado propio, pero eso no es para todos, sólo gente como Goransky se lo puede permitir. Cada empresa se ocupa de llevar y traer a sus empleados. El escaso transporte público es sólo para los que no tienen nada que perder.

Esa noche vino Margot. Hablamos del ataque. Mi relato no la impresionó. Tenía un par de aventuras similares para retrucarme. Como dos enfermos que compiten comparando sus llagas, intercambiamos historias de asaltos y violencia.

Pero cuando se cortó la luz, Margot estaba preparando la cena y habiéndome de su hijita. Su plan de seducción incluye una propuesta de familia reforzada por la deslumbrante calidad de su cocina. Yo mismo no sé por qué el plan no produce el efecto esperado. Algo falla siempre, su estilo abrumador debe tener la culpa. De golpe, con el apagón, quedamos extrañamente iluminados por la llama azul del gas en la cocina.

Golpearon a la puerta. No me asusté, los locos no se anuncian, los ladrones profesionales no matan. Sólo para practicar, para ganar en eficiencia y velocidad, y quizás para impresionar a Margot, saqué el arma antes de abrir la puerta. Era mi vecino, el sobreviviente, el mismo al que había visto esa mañana empuñando torpemente un revólver que acababa de usar con impecable precisión.

El hombre se tambaleaba en el marco de la puerta y me miraba con ojos desenfocados. Hablaba con dificultad, como si tuviera que expulsar la voz ronca con gran esfuerzo a través de un laberinto de tubos. Sin embargo, su discurso era coherente, tranquilo, como si el horror lo hubiera afectado sólo físicamente. Se presentó: era el señor Alberto Romaris, el nombre que figuraba en la planilla de expensas.

Nos contó que había llegado a su departamento cuando los locos estaban desde hacía rato y ya casi no les quedaba qué destruir. No tenían armas de fuego y escaparon apenas empezó a disparar. Pero era tarde para salvar a su socio. Compartían un negocio de filatelia, postales y boletos en una galería céntrica. El portero del edificio le había hablado de mi oficio y quería contratarme para trabajar sobre el cadáver, que iba a necesitar algo más que maquillaje si pretendía exponerlo en un velorio.

Me dio el nombre de la empresa de pompas fúnebres donde me esperaba el muerto. Por suerte era gente con la que ya había trabajado. Hay quien se molesta de que los deudos contraten a un freelance cuando ellos tienen su propio personal que se encarga con eficiencia y mucha práctica del maquillaje y el resto de los arreglos.

Volví a recordar el aspecto del cadáver: había sentido miedo y asco cuando era solamente un vecino asesinado por los vándalos. Ahora, convertido en una imagen fotográfica en el archivo de mi memoria, me pareció casi atractivo: un interesante desafío profesional.

Romaris parecía mareado, descompuesto. Margot le ofreció compartir nuestra cena en penumbras pero no quiso. Usaba el mismo traje azul con que lo había visto esa mañana, todavía con el arma en la mano, pero ahora estaba manchado y arrugado. Me ofreció una cifra demasiado alta. Pensé que después de una noche de buen sueño se iba a arrepentir. Preferí dejar el trato para el día siguiente y quise acompañarlo hasta la puerta de su departamento, que había hecho blindar y colocar otra vez en sus goznes enseguida después del ataque.

–Ernesto lo acompaña, vaya tranquilo que se lo presto. Usted se siente mal. Tiene que dormir –le dijo Margot, con esa afectuosa solicitud que usamos para sacarnos de encima el dolor ajeno.

De golpe el hombre se dio vuelta y se aferró a mi hombro.

–Usaba ortodoncia –me dijo–. Le molestaba mucho para comer y a la noche le dolía, pero yo lo obligaba a usar el aparato. Quería que tuviera los dientes parejos.

A continuación vomitó sobre mi camisa.

Eran una pareja, después de todo, en eso no te habías equivocado. No tendría que haberlo dejado dormir en casa, pero el pobre hombre tenía miedo y yo también. Sobre todo me dio pena y prometió lavarme la camisa. Le pedí a Margot que se fuera, quería encerrarme en mi pieza y dormir.

Saqué el colchón de las visitas y lo instalé a Romaris, Alberto, en el living, con una lámpara a pilas. Le dejé el televisor, por si volvía la electricidad pero no el sueño. Pensé en usar el chip de censura para el Canal de los Suicidas pero no lo hice, un hombre adulto tiene derecho a mirar cómo se suicida el prójimo y hasta a imitarlo si se le da la gana.

Yo nunca pensé en matarme. En cambio, en momentos en que el dolor era tan fuerte que nada me importaba mucho, hice algo con lo que había fantaseado desde chico. Una madrugada bajé los seis pisos desde mi departamento descolgándome con cuidado, atado a una soga, de un balcón al otro. Al día siguiente tenía inflamadas y doloridas las articulaciones de los brazos, las palmas desolladas y un derrame cerca de la axila derecha, por un desgarró muscular que en el momento, en la pasión del riesgo y el vértigo, casi no me había dolido.

Así festejé tu partida. En la confusión de mi pena se abrió paso una sensación de halago; la elección, la decisión imposible era entre ese otro hombre y yo. Tu marido ya no existía, no contaba. Siempre consideré ese descenso salvaje –sentía el viento pero no el miedo– como un acto de vida, un relámpago en la niebla que me aturdió.

Ocho

Cuando volvió la luz de la mañana mi vecino seguía vivo para celebrarlo. Tomamos juntos un desayuno liviano, le prometí que ese mismo día iría a la empresa de pompas fúnebres a examinar el cadáver de su amigo y lo mandé a su casa pero no se fue.

Me rogó que lo dejara quedarse una noche más. Tenía miedo de dormir solo. Como un recuerdo ácido, mal digerido, volvió a mi mente la imagen de su departamento y de su amigo, rotos, destripados, expuestos. La cara todavía joven de Romaris, con los ojos enrojecidos y una cierta falta de control nervioso sobre la boca, tenía tal expresión de pánico que me conmovió. Me imaginé las bromas tontas que me harían algunos de mis amigos, los de Zum Zeppelin, por ejemplo, si conocieran a mi provisorio inquilino. Como no suelo permitirme la compasión –vicio de ricos– me justifiqué a mí mismo diciéndome que el señor Romaris era un cliente: no son tantos, los tengo que cuidar.

El hombre temblaba como afiebrado. Le alcancé el termómetro; tenía la temperatura muy baja. El día anterior había seguido adelante anestesiado por el golpe brutal de los acontecimientos: su compañero había muerto asesinado, él mismo había matado a un hombre. Todavía estaba en estado de shock y el leve temblor con el que se había despertado parecía aumentar a cada momento, pasaba de las manos a las muñecas y los antebrazos, llegaba con la máxima intensidad, como una ola que rompe, hasta sus hombros, que se sacudían sin control. Lo obligué a tomar un relajante muscular y lo dejé acostado en mi propia cama.

Mi trabajo no es de los que se hacen sólo por dinero. Por pura satisfacción personal pero también porque empezaba a sentir pena y afecto por Romaris, quería obtener algo más que un aspecto decente para el cadáver de su amigo. Me hubiera gustado darle al pobre hombre la sorpresa de ver a su muerto querido por última vez con una dentadura blanca y pareja. Estaba pensando en posibles soluciones para el problema de la mandíbula destrozada cuando llamó Goransky. Este hombre vive inmerso en su propio mundo de ficción, entre las imágenes de sus sueños. Sus llamadas, cuando no me irritan, me hacen bien: tienen la virtud de alejarme de toda realidad indeseable, como si estuviera recibiendo una comunicación telefónica desde el futuro, desde algún paraíso perdido o incluso desde un infierno poco temible, de utilería, cuyas llamas se pueden manipular a voluntad.

Goransky planeaba una gran fiesta para promocionar su gran película. Me habló de los dos Polos, del continente Antártico y del Ártico, de cómo reproducir la aurora boreal en un galpón cualquiera, me habló de las grandes ballenas, del krill y los esquimales y de los periodistas y los distribuidores y los dueños de salas y los políticos. Como de costumbre, estaba en estado de pasión, enamorado de su propia idea: una gran fiesta era precisamente lo que necesitaba antes de empezar a filmar. Empezamos a hablar de su disfraz y pasamos enseguida al tema de la caracterización. Quería obtener ciertos efectos especiales y no sólo me entregaría su propia cara sino la de otros invitados muy selectos, muy ricos, muy importantes: acumulaba adjetivos tratando de seducirme.

Podría haber sido una buena noticia si a esta altura no conociera tan bien a mi director. Goransky no es una persona capaz de mirarte a los ojos y decirte sin vueltas que tu trabajo como guionista se terminó, que se disipó la magia. No puede hacerlo porque no es capaz de enfrentarse al espejo, mirarse a los ojos y decirse a sí mismo que su trabajo como director se terminó, que nunca va a filmar esa película en la Antártida por más guionistas que contrate, por más tractores-trineos para desplazar las cámaras en la nieve que esté dispuesto a comprar. Entendí que me lo estaba diciendo de otro modo, no fue una sorpresa, lo esperaba. En todo caso aprecié la delicadeza de su despedida al proponerme un trabajo que incluía buenos contactos, en lugar de desaparecer sin comentarios.

Antes de pasar por la empresa de pompas fúnebres para enfrentarme con mi nuevo problema, estuve un rato con papá en el hospital.

Se está recuperando, te decía, de manera casi desagradable para una persona de su edad. Lo encontré semisentado. Tenía a un costado la bandeja con los restos del almuerzo que le había traído Cora. Mientras estuve allí se dedicó a mirar con tanto fervor la comida de su compañero de cuarto que el muchacho terminó por compartir el postre con él. Mamá se aferraba a la mano de Cora como si fuera una nena y miraba a mi padre con una sorpresa que parecía siempre nueva.

Cuando escuchó el relato del ataque al departamento de abajo, mi padre hizo una sobria comparación entre mi reacción y lo que él hubiera hecho en mi lugar, sin mencionar en ningún momento la palabra cobarde. Ahora se imponía intercalar la anécdota del látigo de alambre, y en efecto no se hizo esperar.

Cuando era muy joven papá vivió durante un tiempo en el campo. Un hombre mayor y más fuerte que él lo había ofendido y él se vengó cruzándole la cara de un golpe que lo dejó marcado para siempre, con un látigo que tenía en la punta un alambre en forma de gancho. De chico esa historia me impresionaba muchísimo, hasta que empecé a notar groseras variantes en el relato. El hombre a veces era un maestro rural y otras veces un comisario o un militar. Los sucesos se referían a la infancia de mi padre o bien a su adolescencia. La ofensa podía consistir en un insulto verbal en público, en un trato injusto, en una orden humillante. Si en el relato todavía era un chico, al llegar el momento de la venganza mi padre estaba al acecho sobre la rama baja de un árbol y el hombre pasaba a caballo. Si sucedía, en cambio, cuando mi padre ya afeitaba barba, enfrentaba a su rival a pie, de noche, en un cruce de caminos. Otras veces el ofensor estaba en la plaza del pueblo, sentado en un banco con su novia. O bien acostado con ella a la orilla del río. Lo único que nunca variaba era el látigo con la punta de alambre y el golpe limpio, perfecto, que le cruzaba la cara al villano, dejándole una cicatriz para toda la vida, como en *Miguel Strogoff*.

A pesar de su aparente bienestar, de su renovado apetito y de su histórica rememoración de coraje, cuando vino el kinesiólogo y quiso ayudarlo a bajar de la cama, papá dio un grito de dolor. Tenía la frente empapada de sudor frío.

—Está fingiendo —dijo Cora—. Yo lo conozco bien, doctor. No se levanta porque no quiere.

No se levanta porque quiere que lo levante yo, le oí decir sin palabras, porque quiere que le ofrezca mi cuerpo para apoyar el suyo, porque quiere que cargue con él una vez más, como siempre, pero esta vez no va a contar conmigo, esta vez que se las arregle solo, decía Cora, sin decir nada, y solamente yo podía escucharla.

—Hágame caso, doctor, incorpórelo, él puede. El kinesiólogo tenía dudas pero Cora hablaba con tanta seguridad que por fin se decidió y, organizando una suerte de sostén con las almohadas, lo sentó sobre la horrible herida, mientras explicaba la importancia de ejercitar los músculos que sostienen la columna vertebral. Papá, sin el audífono, no podía escucharlo y se limitaba a gritar y a resistirse, si no con todas sus fuerzas, porque ya no le quedaban muchas, con todo su peso.

Cora ayudó al kinesiólogo y entre los dos lograron enderezarlo sobre la cama con las piernas colgando. Papá dio un suspiro horrible, una mezcla de estertor y quejido, y cayó desmayado. Tal vez.

—Se hace el desmayado —explicó Cora—. Yo lo vi muchas veces. Siempre hace lo mismo cuando algo no le gusta.

Hasta un desconocido podía notar un soplo de odio en la forma en que las palabras se le escapaban de la boca, como si quisiera y no quisiera pronunciarlas.

—Los viejos tienen mañas —dijo el kinesiólogo. Él mismo ya no era tan joven y dudaba, dudaba. ¿Quién puede jurar que conoce la forma y el tamaño del dolor ajeno?

La única que no tenía dudas era mamá.

—Para mí, ese hombre está muy mal —dijo preocupada—. Lo dejan morir acá solo. ¿No tendría alguien que llamar a la familia?

Después de esa escena, la morgue de la empresa de pompas fúnebres me pareció un ejemplo de armonía.

Nunca te gustó que te hablara de mi trabajo con los cadáveres. Las fiestas, en cambio, te divertían. Las viejas exigiendo al máximo de su piel estirada, esa sensación que tengo por momentos de estar aplicando *fond de teint* sobre un parche de tambor. Las jóvenes remodelando rasgos de todos modos hermosos, calculando las posibles variantes de la luz artificial o natural, el trabajo sutil de pintar las caras de los hombres, tan desesperados por disimular el maquillaje como por disimular las arrugas. Pero los cadáveres no te gustaban, y cuando sentía que mi conversación te molestaba cambiaba de rumbo. Sólo quería darte placer, ya que era lo único que me permitías darte. Ahora, en cambio, no te voy a dejar elegir. Sin límites externos, mi relato elige sus propios laberintos.

El encargado de la casa mortuoria era un viejo conocido. Me ayudó a sacar de la heladera el cadáver azulado de mi vecino, con su etiqueta colgando del dedo gordo. Qué distinto es un cadáver de la persona que vivió en ese cuerpo, apenas si mantiene un vago parecido consigo mismo cuando estaba vivo, un lejano aire de familia.

Por esa enorme diferencia entre los vivos y los muertos que todos quisiéramos acortar, el maquillaje de cadáveres es una práctica antigua como el hombre. Lo primero, lo más elemental, debe haber sido la intención de darle al cadáver cierta apariencia de vida. Mejorar ese color amarillento o azulado, que se destaca todavía más cuando la persona ha estado expuesta al sol y los parches de piel bronceada, amarronados y sin brillo contrastan con las zonas cerúleas debajo de la nariz, en las líneas de expresión o las ojeras.

Entre los que pueden permitírselas, las fiestas cambiaron muchas costumbres. Los velorios de los muy ricos son una forma de fiesta y se volvió moda contratar a artesanos como yo –algunos me llaman artista, pero no lo soy–, capaces de lograr algo mejor que un efecto de muñeco de cera. Ya no es sólo la apariencia de vida lo que buscan los deudos sino, en muchos casos, obtener para el muerto, aunque sea por unas breves horas, esa cara que hubiera deseado tener en vida y que las cirugías nunca terminan de lograr porque trabajan sobre tejido vivo, un material capaz de tomar sus propias decisiones.

Es difícil extender el maquillaje sobre la piel de los cadáveres. Sin el sostén de la expresión, la piel flácida flamea sobre los músculos rígidos. Se tiene la sensación de estar pintando sobre una tela liviana que cubre sin tensión una superficie de madera. En este caso, además, tenía que luchar con heridas y deformaciones. Por el momento, solucioné los problemas más evidentes: compuse los huesos de la cara, cerré las heridas cortantes con pegamento.

Una vez reducidas las deformaciones más evidentes lo mejor es trabajar con una foto o un video, combinando técnicas de maquillaje con otras que son casi de cirugía estética y que sólo me permito con los cadáveres. En los vivos, a veces, reemplazo el hilo y aguja con pegamentos fuertes que por unas horas sostienen la piel floja en su lugar y me permiten achinar los ojos o marcar los pómulos si se me da la gana.

La foto o el video tengo que conseguirlos enseguida, en cuanto pasan unos días a los parientes les cuesta enfrentar las caras que usaba el muerto para seducir a la cámara. Si se busca una cara ideal, la que el muerto hubiera deseado tener, la máscara que hubiera elegido para presentarse ante el mundo, lo mejor es una foto: la gente que nos conoce bien sabe también cuál era nuestra cara preferida. En cambio, si se busca naturalidad, la mirada de los otros, recuperar a la persona no como hubiera querido verse sino como la veían los demás, prefiero trabajar con un video, unos pocos minutos de la persona en movimiento, tan distinta, por lo general, de la que aparece congelada en la foto. Miro las imágenes una y otra vez hasta que yo mismo termino por conocer profundamente al que fue y, sin necesidad de tenerlo delante, puedo trabajar con el cadáver hasta reconstruir algo parecido a los rasgos vivos.

En este caso, no tardé mucho en preparar el material, reconstruyendo la estructura de la cara original como un pintor que prepara su lienzo antes de aplicar el óleo. La dentadura iba a ser lo más difícil. Guardé el cuerpo otra vez en la heladera y me despedí del encargado, que ya conocía mi método de trabajo.

Volví a casa tratando de imaginar cómo sería mi vida de ahora en adelante: me cuesta suponer un mundo en el que mi padre dependa de mí.

A medida que el ascensor se acercaba al sexto piso, se oía cada vez más fuerte la música de ópera. Brotaba de mi departamento invadiendo el pasillo con una energía incómoda, como el olor violento y asocial de un guiso de repollos. Pensé en el Canal de los Suicidas, en particular en ese programa con premios en que los suicidas o, mejor dicho, sus deudos, compiten con videos caseros de muertes espectaculares: los momentos más esplendorosos suelen acompañarse con música de ópera. O quizás una entrevista del famoso travestí Sandy Bell, capaz de combinar hábilmente el concepto clásico de la cultura con los juegos populares más groseros.

Pero en casa el televisor estaba apagado. La música provenía del equipo de sonido y estaba destinada a acompañar la excelente performance de Margot y mi vecino de abajo, el señor Alberto Romaris, en el suelo, desnudos, intensos.

Me alegré por el pobre hombre, el extremo dolor nos lleva a descubrir en nosotros mismos posibilidades inesperadas, quién sabe si no sería su primera vez con una mujer. Parecía haberse recuperado mucho desde esa mañana. No me escucharon abrir la puerta, pero Romaris me vio y soltó a Margot de golpe, en un acceso de pánico.

Margot me sonrió: ella tenía la llave de mi departamento. Debió haberse encontrado con Romaris al entrar y algo le dio la idea de lucirse en un acto de seducción supremo: era evidente que había organizado el espectáculo sólo para mí.

De todos modos me pareció prudente bajar el volumen.

Nueve

Cuando una mujer percibe un descenso inexplicable en la temperatura de su relación con un hombre, acude a los celos. Esto sucede fatalmente y a veces funciona. Sin embargo, ya no estoy tan seguro de que Margot haya organizado esa escena en mi honor: aun para un hombre enamorado, la situación hubiera resultado más ridícula que dolorosa. Hasta una mujer tan poco capaz de matices como Margot hubiera preferido hacerme saber de su relación con otro hombre por medios más sutiles.

¿Dije que nunca había sentido celos de tu marido? Te mentí, por supuesto. A medias. Es cierto que durante largas épocas me las arreglaba para olvidarlo: siempre fui bueno en el arte de ocultar a mi propia conciencia las zonas de la realidad que no me interesa recorrer. Pero cuando por alguna razón su existencia se me hacía intolerablemente real, sentía celos en todos los sentidos posibles. Por ejemplo, en la época en que trabajabas muchas horas por día en una empresa, cumpliendo horario, recuerdo cómo insistías en que nos viéramos los viernes y lo feliz que estabas ese día. "Festejemos juntos" me decías, riéndote. "¡Empieza la libertad!" insistías, hablando del fin de semana. Yo no compartía tu alegría: aducía que mi trabajo me gustaba, que no tenía que cumplir horarios, que los sábados y domingos no eran para mí tan distintos del resto de la semana.

Lo cierto es que me lastimaba esa felicidad con la que entrabas en nuestros únicos días prohibidos: en tantos años de encuentros secretos, nunca estuvimos juntos un fin de semana. Dos días en los que quedabas aislada de mí, encerrada en tu mundo, con tus amigos, con tu casa, con tu marido, con tu vida verdadera de la que yo no tenía nada más que la minúscula visión del ojo de la cerradura. ¿Qué hacías exactamente el sábado, adonde estabas los domingos? Podías contármelo los lunes, si me decidía a preguntártelo, pero muy rara vez podías anticipármelo los viernes: eran días que me resultaba imposible controlar o descifrar en mi imaginación porque pertenecían al mundo sin rutinas del eterno noviazgo adolescente en el que vive una pareja sin hijos. Yo pasaba casi todo el fin de semana con mis chicos, como muchos padres separados: primero niños y después adolescentes, pero siempre obligándome a un cierto grado de planificación, a una rutina querida pero que te hubiera resultado muy fácil controlar.

Nunca quisiste darme el teléfono de tu casa. Para qué, decías: yo te llamo. O me llamas a mi trabajo. Y es cierto que llamabas puntualmente, nunca me hacías esperar, a veces me parecía adivinarte por el sonido del teléfono, los dos sabíamos cuándo estaba llamando el otro, tu voz aparecía ni más ni menos que en el momento mismo en que la deseaba, la imaginaba, la necesitaba, y esa concordancia perfecta de siempre y sobre todo de los lunes me hacía olvidar tu odiosa alegría de los viernes.

Los celos. Alguna vez pensé que podría sacarles provecho. En mi fantasía, imaginarte gozando con otro hombre, con un hombre sin cara, me resultaba, cuando estaba solo, increíblemente excitante. Quise convertirlo en un juego más, otro de tantos, preguntarte y jugar al goce y sufrimiento y a esa forma del deseo mezclado con violencia que sólo engendran los celos. Pero al sacarlo de la fantasía, el hombre sin cara que era parte de tu realidad me volvía loco, me enfurecía, el mal humor terminaba por matar el deseo. ¿Por qué me contestabas esas preguntas que nunca tendría que haberte hecho? ¿Acaso yo quería de verdad saber cuándo te habías acostado por última vez con tu marido? ¿Acaso a mí me interesaba enterarme de los juegos en los que se habían encontrado? ¿Sólo porque te lo preguntaba pensabas que yo tenía ganas de conocer su estilo, su forma de aproximación, sus gestos más personales y privados? ¿Me castigabas contestándome? ¿Te enfurecían mis preguntas y decidías las respuestas con la única intención de torturarme? ¿O te gustaba entrar en el movimiento perverso que yo te proponía, ese ajedrez para idiotas del que me arrepentía inmediatamente después de haberlo empezado y que ya no era capaz de detener? Porque yo no quería enterarme de que habías estado con tu marido esa misma mañana, la noche anterior, quince días o apenas un rato antes de venir a verme, no me interesaba saber si había sido sobre la mesa, contra la pared, en la ducha o en la cama, odiaba que sobre la superficie lisa del hombre

sin cara imprimieran tus palabras cualquier conjunto de rasgos que no fuesen los míos. Y vos te complacías en el relato como si lo más atractivo, o peor todavía, lo único atractivo de nuestra relación fuera precisamente el compartirte entre los dos, el dejar a un hombre para encontrarte con otro, el mezclar nuestros olores, nuestro sudor, nuestra saliva, y entonces en vez de hacer brotar en mí, tu relato, esa locura de deseo violento que había imaginado convocar, me enfurruñaba, me aturdía, me enojaba de la peor manera posible, entraba en una suerte de ensimismamiento helado, de indiferencia que sólo me servía para enmascarar el dolor. ¿Te divertía mi pena? Me consolabas casi maternalmente, apoyando mi cabeza entre tus tetas demasiado firmes, esos pechos que nunca sirvieron para alimentar más que a tus amores y deseos, que nunca tuvieron que balancearse cargados de leche rompiendo con su peso las cadenas celulares que los mantenían erguidos.

Tus preguntas eran tan diferentes de las mías. Tenías auténtica curiosidad por saber de mis otras historias y me interrogabas con frecuencia, casi en cada encuentro, como si tuvieras que asegurarte de que tu peso sobre mi vida no la asfixiaba por completo, como si quisieras desligarte de la responsabilidad de haberme enamorado. Hacía poco que me había separado cuando nos conocimos, y aunque yo declamaba la pasión de la libertad debía haber en el fondo de mis palabras una nostalgia tanguera, una necesidad de mujer más allá del sexo y el deseo que vos no podías ni querías satisfacer. El hecho de que yo fingiera una independencia retozona, de que jugara a tratarte como a uno más de mis amores, equilibraba lo desperejo de nuestras vidas, nos hacía bien a los dos.

No fue fácil. Algunas de las historias que te contaba eran ciertas, otras no. Las más ridículas, absurdas o extrañas eran por cierto las que en realidad habían sucedido. En cambio, a la hora de inventar, no me atrevía a crear más que mujeres convencionales, aventuras promedio, con un cuidado por la verosimilitud del que una oyente atenta hubiera debido sospechar. Vos siempre sospechabas –o fingías sospechar– al revés, de las historias verdaderas, y me dabas la oportunidad de abundar en detalles que te convencían y te divertían. Yo no quería hacerte sufrir o quizás quería pero no sabía cómo, todo te resultaba más gracioso, más entretenido de lo que yo me había propuesto, estabas demasiado segura de mí.

Nunca terminaste de creer lo de mi cantante de ópera, por ejemplo, y era verdad. Me fui a trabajar a la mañana mientras ella todavía dormía, pero antes de salir, todavía atontado por el sueño, con esa manía de ex marido bien entrenado, recogí toda la ropa que andaba tirada por ahí, la metí en una bolsa y la llevé conmigo al lavadero. Ella se quedó en mi cama, dormida y desnuda. Desnuda, despierta y furiosa la encontré esa noche, cuando volví a casa muy tarde: me había llevado toda su ropa y cuando quiso ponerse cualquiera de mis prendas para poder salir, se encontró con esa costumbre mía –tantas veces me la reprochaste– de ponerle llave a los placards. Su papel en la ópera era secundario pero muy importante para ella, en esa función la reemplazó una suplente y nunca me lo perdonó. Volvimos a vernos un par de veces pero seguía odiándome.

Cuando inventaba, en cambio, me atenía a oficios clásicos, convencionales, no era capaz de crear personajes más audaces que secretarías, dentistas, abogadas o cajeras de supermercado. Goransky me echó en cara más de una vez mi falta de vuelo para despegarme de situaciones trilladas, como si yo hubiera tratado de engañarlo haciéndole creer que era un brillante e imaginativo tejedor de tramas.

Sobre todo fracasaba siempre en el intento de provocarte ese desasosiego frío que yo obtenía de tus confesiones –¿cómo saber, pensándolo bien, pensándolo ahora, si no eran tan inventadas como las mías?– relatándote los detalles escabrosos, las circunstancias minuciosas de lo que me pasaba o les pasaba a esas supuestas mujeres en la cama. Te hablaba de sus olores, del color o el rizado de sus vellones, los describía ralos o tupidos, comparaba los sonidos que mi supuesto virtuosismo extraía de ellas, las palabras inconexas que aullaban o musitaban en la recta final y no conseguía más que acentuar tu interés, avivar tus preguntas, me pedías que repitiera en tu cuerpo aquello que había hecho o fantaseado en otros, te comportabas exactamente como había planeado comportarme yo en relación con tus respuestas y así volvías a enojarme; apenas podía dominar mi irritación cuando en lugar de pena o deseos de posesión exclusiva no manifestabas más que una especie de repugnante alegría sensual.

No creas que siempre te mentía. Era cierto que tenía otras mujeres, que me gustaban, que gozaba con ellas. Y todas eran para vos. ¿Era ése en realidad el efecto que te producía? ¿O era ése el que habías decidido mostrarme? Mentirse con la mente y con el cuerpo, ¿no es parte del amor? Era cierto, digo, que tenía otras mujeres incluso mientras estabas conmigo: me obligabas a tenerlas. Es cierto que también ahora tengo otras mujeres, pero, ¿cómo probártelo? ¿Cómo probarte, por ejemplo, la existencia de Margot? ¿Cómo probármela a mí mismo?

Dije que no estaba seguro de que Margot hubiera montado esa escena para mí. Ahora sí lo estoy, ahora pienso que esa exhibición de su cuerpo excesivamente maduro, desnudo y triste en los brazos de otro, de un hombre cuya masculinidad difícilmente pudiera hacerme sentir en competencia, fue diseñada a propósito –o sin propósito– para mí.

Margot no es sutil pero tampoco es tonta, tiene que haber percibido mi falta de pasión, lo correcto de mi comportamiento, ese afán por cumplir prolijamente con todos los rituales. Quizás su actuación con Romaris no fue más que un intento de probarme su existencia, cuya realidad en mi conciencia sentía amenazada.

Creo que fracasó. Margot no existe.

Diez

Un día, hace tiempo (vos ya te habías ido pero mis hijos todavía vivían aquí), fui a visitar a mi padre y me lo encontré en la cama, incorporado contra un almohadón, chupando un cubito de hielo. Se había hecho sacar todos los dientes. Me sonrió con las encías lastimadas y con orgullo.

–¿Vos te crees que me dolió? Puedo aguantar eso y otras cosas peores: verte así –me miró con desprecio, resumiendo en un gesto esa mezcla de pena y triunfo que le provocaban mi fracaso, la ropa raída, las piernas flacas, el escaso ancho de mis hombros.

Ya no tenía sus dientes ni había forma de hacerlos volver, de manera que no valía la pena enojarse con él. Mamá andaba un poco ausente en esos días y se limitaba a traerle más hielo. Pero yo estaba furioso con Cora.

–¡No te importa nada! ¿Por qué lo dejaste?

–¿Te crees que me preguntó?

En el sistema de salud para jubilados los dentistas cobraban por capitación, es decir, por cada viejo que se anotaba en su registro, necesitara o no atención odontológica. De ese modo, lo que menos le convenía al profesional era arreglar los dientes de sus pacientes: con cada trabajo perdía tiempo y dinero en materiales. El dentista de mi padre lo había convencido de que podía ahorrarse penas y dolores sacándose todos los dientes de una vez y reemplazándolos por una dentadura postiza.

–No vas a conseguir en el mundo una dentadura tan barata –me dijo papá muy contento.

–No vas a dejar que se ponga esa basura –le dije a Cora.

–¿Por qué yo? ¿Acaso soy más hija que vos? Todas las dentaduras postizas traen problemas. Si me meto, la culpa va a ser mía. Si lo dejo, no lo vamos a escuchar quejarse más.

Tenía razón. Cuando se le curó la boca, su dentista le puso a papá una dentadura blanca, enorme, perfecta, que le daba un aspecto un poco ridículo. Sobre todo, lo hacía extrañamente parecido a todos los viejos que andaban por ahí con la misma dentadura, como repentinos hermanos de sangre.

Una sola vez lo escuché hablar mal de sus dientes nuevos. Estábamos en un asado y uno de mis hijos le preguntó cómo era comer carne con dentadura postiza.

–Imagínate que entras en una habitación llena de mujeres –dijo papá–. Todas hermosas, todas de dieciocho años, todas con las tetas al aire. Pero no te puedes sacar los guantes.

Por eso lo odiaba, por eso lo amaba. Aunque en ciertas circunstancias pusiera el dinero por encima de todo, mi padre también era capaz de beberse la vida a grandes tragos, gozando con el egoísmo absoluto de un bebé. Se lanzaba de cabeza al río de la vida mientras yo me quedaba en la orilla dudando y haciendo cálculos. Diciéndome a mí mismo que me preocupaba por los demás, intentando solazarme con mi conciencia ética, cuando quizás sólo tenía miedo.

Tengo presente, ahora, la imagen de la dentadura de mi padre, mientras busco en casas de ortodoncia una prótesis apropiada para la boca de mi cliente muerto, el compañero de Romaris. Quiero algo mejor, más natural que esos dientes de artefacto, demasiado perfectos.

La puesta en escena de Margot no ha modificado mi interés profesional en este trabajo, ni siquiera mi simpatía por Alberto Romaris, que me tiene un poco de miedo y se ruboriza cuando me ve.

En su momento intentó explicarme lo que había pasado con lágrimas en los ojos, no sé si de pena, de vergüenza o de miedo. Cuando se aseguró de que no habría reacción violenta de mi parte, quiso más: que nadie lo supiera. No porque sus amistades vieran con malos ojos su relación con una mujer; al contrario, esa demostración de nuevas e inesperadas posibilidades eróticas lo dotaría probablemente de

prestigio. Sino por una suerte de supersticiosa creencia (pero nunca me lo diría, se lo diría) de que el rumor pudiera llegar a oídos del cadáver. Como si su amigo, su amor, su compañero pudiera enterarse de algún modo, antes de ser enterrado, de que Romaris estaba siendo tan velozmente infiel a su memoria.

Estuve en varias casas de ortodoncia. No era la primera vez que buscaba una dentadura para un cadáver. En este caso, los golpes que había recibido el muerto le habían hecho saltar la mayoría de los dientes. Usé una pinza para extraer los restos de muelas rotas que le quedaban y con una pasta de plástico blando, de un azul intenso y una consistencia parecida a la de un chicle masticado saqué un molde de las encías retraídas. Un vaciado en yeso me permitió obtener una buena reproducción. No hacía falta mandar a hacer los dientes a medida, los cadáveres no necesitan que la dentadura les quede cómoda. Conseguí una prótesis completa bastante adecuada y con paciencia artesanal, trabajando con fotos, me dediqué a reproducir las leves imperfecciones que la hicieran aproximarse a lo que podría haber sido la auténtica dentadura del hombre si no hubiese estado torcida y arruinada. Una levísima mancha de nicotina aquí, una tonalidad de marfil viejo, apenas más oscuros los colmillos, algo desparejos los incisivos. Convertí la retracción de los labios en una suave sonrisa que dejara ver los dientes sin exhibirlos.

Disfruté cruelmente, con orgullo profesional, la emoción de Romaris cuando vio el cadáver, listo para ser exhibido en el velorio. Su reacción no fue original. Cuando los deudos ven por primera vez mi obra terminada, se entregan al impulso más natural: una caricia, un beso, o simplemente poner su mano sobre la mano del cadáver. Romaris le tocó la frente y, como todos, se retiró espantado: no hay forma de maquillar la textura de la piel, la temperatura, la consistencia de un hombre muerto. Por primera vez pudo relajarse lo suficiente como para llorar de verdad, con lágrimas, en vez de emitir esos sollozos secos como tos de perro en los que se ahogaba cuando estuvo en casa. Se sorprendió mucho. Me dijo sobre mi trabajo todo lo que yo esperaba y cuando se sintió mejor tomó varias fotos.

Ir al hospital se ha convertido en parte de mi rutina de todos los días. Ayer tuve una larga charla con uno de los médicos. Papá acaba de sufrir otra intervención en la que volvieron a unir las partes de su intestino que habían quedado sueltas: podrá volver a controlar su esfínter. El médico me explicó que antes pasaban muchos meses entre una operación y la otra. Las nuevas técnicas, menos cruentas, permiten acortar el lapso. En unos días lo mandan a una Casa de Recuperación. Allí tendrá que pasar varias semanas en el sector de Terapia Intermedia antes de sumarse a la actividad regular de los demás viejos.

El doctor, un hombre joven, había sido seducido por el encanto social de mi padre y por la forma inesperada en que se estaba curando de sus heridas. Parecía dolido de que una persona tan vital tuviera que ingresar a una Casa. Pero, aunque la convalecencia sea rápida, papá no podrá manejarse en forma independiente por un buen tiempo. No hay otra solución. Ahora Cora aceptó internar también a mamá.

—Lo importante es que estén juntos —me dijo, tratando de hacerse ilusiones que no tenía. Con una alegría rencorosa, como la de esos que deciden enterrar en la misma tumba a una pareja de padres a los que siempre les costó compartir la frazada.

Conseguimos del médico una recomendación para las autoridades de la Casa que nos permitiría, en los primeros días, hacer visitas más frecuentes que las que habitualmente se autorizan. El médico escribía la nota auténticamente emocionado de comprobar cómo, a pesar de las costumbres tan duras de nuestra sociedad, a pesar, incluso, de las normas legales, el amor familiar se había desarrollado entre nosotros hasta ese punto. Noté que tenía los ojos húmedos, pensando quizás en su propio padre o en sus propios hijos. Entonces me di cuenta de que papá había sido más sabio que ninguno. Supe que esa dependencia con la que nos tenía encadenados, en la que se mezclaban intensamente el odio, el dinero, el miedo y el amor, era mucho más efectiva que el simple cariño filial: de hecho nos estábamos desprendiendo con más facilidad de mi madre, a la que, sin embargo, queríamos con un afecto tanto menos contaminado, menos confuso.

¿Queríamos? Habíamos querido. La locura se parece a la muerte.

Once

Cuando yo era joven muchos geriátricos de lujo exigían a la familia el título de propiedad de un inmueble –por lo general la vivienda de los viejos– para asegurarse el pago de la internación. Así, desde el punto de vista comercial, al geriátrico le convenía que el internado muriera cuanto antes. Para evitar esa distorsión peligrosa, se estableció que las Casas dispongan de la vivienda de los internados –las donaciones o ventas a los herederos están prohibidas– sólo mientras están vivos. Ese dinero se complementa con el subsidio estatal, que aumenta a medida que se prolonga la internación, es decir, la vida del anciano. Aunque las Casas también son obligatorias para los indigentes, en la práctica están destinadas a la clase media: hoy no cualquiera llega a viejo. No sólo las familias: la mayor parte de los ancianos están conformes con el sistema. Confían en el buen ambiente y en la enorme preocupación por su salud que encontrarán en las Casas. Supongo que no te estoy contando ninguna novedad: los países más ricos fueron los primeros en adoptar el sistema, que se extiende por los enclaves desarrollados de este mundo desparejo. Mis padres están internados en una de las mejores zonas de la ciudad, destinada a convertirse pronto en barrio cerrado, en una Casa que exhibe bienestar desde el jardín que embellece su frente. La fachada es de mármol y una escalinata inútil lleva hasta el enorme portal, flanqueado por columnas corintias. A los costados, dos rampas llevan a las pequeñas puertas laterales por las que realmente se entra.

El interior es modesto pero cuidado. No hay derroches ni falta lo necesario. La sala de Terapia Intermedia, donde está mi padre, no huele a medicamentos sino a perfume: un mal llamado desodorante, intenso y floral, flota en el aire de la nave: te traería recuerdos de los hoteles donde nos encontramos alguna vez. No escribo "nave" porque esté pensando en una iglesia, sino porque todo ese sector está diseñado y equipado como el interior de un yate. Las ventanitas chicas y redondas, con forma de ojo de buey, no permitirían el paso de un cuerpo. Eso evita la necesidad de instalar rejas. Las puertas son pequeñas y pesadas, con grandes cerraduras.

Aquí no se ve ninguno de los horrores que difundían en fotos y videos, oponiéndose a la ley, los detractores de las Casas. No hay olor a orina ni suciedad, no se ven esos montones de basura corrompida que obstruían los pasillos del hospital. Las paredes están agradablemente empapeladas con motivos de pájaros, acuarelas de tonos suaves, y tienen adosadas barandillas como barras de un estudio de ballet, para que los ancianos puedan tomarse de ellas y desplazarse con más facilidad. Ese detalle acentúa el efecto de nave grande y sólida, diseñada para atravesar tormentas. Un efecto extraño para alguien que ha creído entrar en un templo griego.

A mamá le permiten deambular libremente, como a otros locos inofensivos. Es posible que con el tiempo llegue a diferenciar a los parkinsonianos de los Alzheimer: por el momento todos me parecen igualmente aterradores. Ni siquiera es necesario verles los ojos: a los enfermos mentales se los reconoce desde lejos, por la postura del cuerpo.

Mamá sonríe con un gesto de felicidad que me compromete. Pero enseguida mira a su alrededor más furiosa que asustada.

–Se creen que mi casa es un hotel –me dice en secreto–. ¡Pero en un hotel se paga! Toda esta gente está aquí sin darme nada, ni un centavo. Comen y duermen completamente gratis.

Entramos a la habitación donde está mi padre, separado de los demás porque sigue necesitando cuidados médicos. Las heridas de la segunda operación se cierran lentamente. Lo veo desmejorado, con un color feo en la piel, triste. Por primera vez tiene miedo en los ojos. Aunque su voz fuerte y dura como siempre lo quiera desmentir.

–Recién viniste y ya te querés escapar. Tenes preparada una buena excusa para irte rápido. Decímela ahora así no perdemos tiempo.

–No tengo apuro, me quedo –miento yo.

¿Por qué tiene que saberlo todo? Sobre todo, ¿por qué tiene que decirlo?

–Acércate, te quiero hablar.

–Pónete el audífono, no se puede hablar si no escuchas.

El audífono está sobre la mesa de luz, no quiero acercarme para gritarle en la oreja, no quiero respirar su olor a enfermedad, muerte, vejez, desinfectante y sangre seca.

–No creas que estoy tan sordo, dijiste pónete el audífono no se puede hablar si no escuchas.

–Papá, estás más sordo que una tapia, no quiero gritar.

–Dijiste papá estás más sordo que una tapia no quiero gritar. Te escucho perfectamente.

–Me remurcia el talido de las lacianas.

–Dijiste si no te pones el audífono me voy. Está bien, alcánzamelos.

En cierto modo, eso es exactamente lo que yo dije. Lo ayudo a ponerse el maldito audífono, que le molesta. Yo mismo estoy empezando a quedarme sordo con pocas ilusiones: los audífonos se acoplan, zumban, son incómodos.

–Eh, hijito, tengo mucho miedo, dame la mano, me duele.

–¿Te duele la herida?

–No sé. Me duele. La columna, los huesos. Me duele todo. Acércate, quiero decirte algo importante. En el oído. Pero teneme fuerte la mano, eso alivia.

Mamá mira la escena con expresión de curiosidad. Obligarlo a usar el audífono no me sirvió de nada. Otra vez me está haciendo agacharme para acercarme a su boca. Mientras papá me habla al oído, mamá se acerca, le toma la otra mano y tironea para sacarle la alianza. Papá me dice que tiene un plan para salir de la Casa, que va a ser fácil, que Cora ya está al tanto. Me indica disimuladamente cuál es la enfermera a la que tengo que darle el dinero: una mujer joven, morocha, con un lunar peludo que le afea la cara. En cuanto me sienta un poco mejor, dice papá, en cuanto pueda caminar, nos vamos a escapar los dos, y no se refiere a mi madre sino a mí, como dando por sentado que también yo estoy encerrado con él.

Mamá ha logrado quitarle la alianza y me la entrega.

–Lee vos, que tenes buena vista.

Yo no tengo buena vista pero no necesito ponerme los anteojos para saber lo que dice desde siempre en el anillo.

–Es la alianza de papá –le digo–. Aquí dice los nombres de los dos y la fecha en que se casaron.

–Leíste mal: dice la fecha de compromiso. Pero no creas que estoy triste porque se fue, estoy contenta. Yo misma lo eché esta mañana, me cansé de aguantar, le dije que no vuelva nunca más.

Mamá me mira con su mejor sonrisa, por primera vez en mucho tiempo tiene una expresión de alegría. Debe ser la medicación.

Mi padre no está dispuesto a compartir el control de sus bienes mientras esté vivo. No pudo evitar que la Casa le incaute la vivienda, pero se cuida mucho de que sus hijos pongan las manos en el resto de la herencia. Hace bien, supongo. Por eso confía con tanta seguridad en nuestra ayuda para salir de aquí. Como suele suceder, la mayor parte de su dinero –esa fortuna que Cora y yo imaginamos, cuyo monto real desconocemos– está oculta a la voracidad del Estado: plata negra. Sólo su certificado de defunción en manos de cierto abogado nos abrirá las llaves del supuesto tesoro.

Un extraño grito de alegría interrumpe la escena familiar. Es una mujer baja, muy gorda de la cintura para abajo, sin el uniforme de las enfermeras, con la ropa ajustada. Usa una sonrisa que lleva puesta exactamente igual que los anteojos. Tiene la boca grande y los dientes achatados, todos de la misma

altura, como si le hubieran limado los colmillos para evitar una forma benigna del prognatismo. Dentadura de rumiante, sonrisa de vaca, ojos inteligentes.

–¡Qué divina!– vuelve a decir la mujer en tono más bajo–. ¡Es la abuelita de los cuentos! ¿Cómo está mi linda, mi preciosa, mi abuelita de los cuentos?

Y pasa una mano pesada por el pelo blanco de mamá. En efecto, no lo había notado antes, pero han peinado a mamá con un rodete alto que la hace parecer la abuela de Caperucita. La mujer es la gerenta de la Casa.

–¿Y cómo está hoy mi quejoso preferido? –le dice a papá.

–Quiero café –dice papá.

La mujer me mira, sin abandonar la sonrisa ni por un momento.

–¿No le dieron café de malta?

–¡Quiero café! –insiste él.

–El café le hace mal a la gente mayor.

–En el hospital el médico me dejaba comer lo que se me daba la gana, lo que me traían mis hijos. Café, azúcar, carne, sal, comida de verdad.

–Aquí lo vamos a cuidar mucho mejor que en el hospital, mi amor. A ellos no les importaba nada de usted, a nosotros sí. Aquí no le vamos a dar nada que le haga mal.

El estado de mi padre me preocupa. En los pocos días que lleva en la Casa, parece haberse agravado. Salgo de la habitación con la gerenta. Quisiera hablar con alguno de los médicos. La mujer percibe que mi angustia es auténtica y se saca la sonrisa como si se sacara los anteojos.

–No se preocupe, querido, quédese tranquilo –me asegura–. Aquí no vamos a dejar que su papá se muera.

Y se pone otra vez la sonrisa con montura de plástico imitación carey.

Doce

Tengo que vivir como si todo esto no estuviera sucediendo. Mientras papá no esté en condiciones de caminar, no tiene sentido sacarlo de la Casa. Estoy tratando de olvidarme de que existe, aunque sea por un rato.

Eso es lo que hice inútilmente toda mi vida, me dirás, tratar de olvidar la existencia de mi padre como olvidamos los humanos la existencia de la muerte, para poder seguir adelante como si fuéramos eternos. No te burles de mí. Me basta con la sonrisa burlona, despectiva, de mi padre, sobreimpresa en tu recuerdo.

Olvidando, o tratando de olvidar, entonces, dediqué los últimos días a cuestiones de trabajo. Me comuniqué con algunos de los nuevos clientes recomendados por Goransky, que necesitaban ayuda para lucirse en la Fiesta del Polo, de la que se empieza a hablar ya en ciertos círculos. Por razones profesionales pero también personales, asistí al velorio del compañero de Romaris. Quería proteger a mi efímera obra durante su exhibición.

Romaris era por el momento la nueva víctima de la pesada bondad de mi amiga Margot. Por favor, que nadie lo sepa, me había pedido él, cuando se aseguró de que no estaba celoso ni le guardaba rencor, refiriéndose a su inesperada relación con Margot.

No se lo cuentes a nadie, dice la gente, involucrando en ese Nadie a los conocidos comunes. Pero yo no había conocido de este hombre más que su cara verdosa a la luz fluorescente del ascensor. ¿Acaso teníamos algún Nadie común a quien yo pudiera contárselo? No se lo cuentes a nadie, me había pedido Romaris, y sin embargo allí estaba, el día del velorio, jadeando de auténtico dolor y al mismo tiempo luciendo jactanciosamente a Margot ante el asombro y la admiración de sus amigos.

El velorio fue digno y modesto, en nada semejante a una fiesta. Alguna vez trabajé como maquillador para una fiesta gay y tenía la fantasía de que esto se le iba a parecer. Los heterosexuales nos asomamos con una curiosidad maligna, voyerista, a ese mundo del que conocemos poco, del que tenemos, sobre todo, una idea teórica y, en el mejor de los casos, bien intencionada. Esa enorme y para muchos temible sociedad secreta, cuyos miembros no necesitan llevar distintivo ni identificación porque se reconocen mirándose a los ojos.

Mi fantasía era absurda. Un velorio es un espectáculo de entrada libre que incluye a los vecinos, el portero, los primos lejanos. Todo se realizó en un clima de extrema discreción.

La ex esposa del difunto y sus hijos estaban en buenas relaciones con Romaris. Al llegar lo abrazaron con afecto. Sus padres, ya casi en ese límite peligroso de edad en el que no conviene mostrarse más de lo imprescindible, habían venido sin embargo a acompañarlo.

El gasto más importante era el ataúd de sándalo y caoba, con manijas bañadas en oro, y la comida, de una calidad exquisita. El local era uno de esos salones intermedios que se alquilan tanto para velorios como para fiestas. Estaba decorado con flores naturales.

Había mucha gente que se iba agrupando en círculos: los parientes, los amigos, las relaciones de trabajo. Ciertas caras me resultaban vagamente familiares. Por habérmelos cruzado en la entrada o en el ascensor, conocía de vista a algunos amigos de la pareja. Saludé también a varios vecinos del edificio. Para mi sorpresa, cerca de media noche llegó Sandy Bell, el famoso travestí de la tele, a quien nunca nadie había visto en ropas de varón. Usaba un vestido negro, tranquilo y elegante. Gracias a los tratamientos con hormonas y los agregados quirúrgicos, sólo la altura y la forma de los huesos hacían pensar en un hombre. Aunque ni siquiera en el teatro Sandy Bell se había exhibido desnudo –jugaba a mostrar y ocultar su cuerpo con un anticuado pudor femenino–, no se olvidaba de aclarar en todos los reportajes que la cirugía le había agregado ciertos dones artificiales sin quitarle ninguno de los que

poseía por naturaleza. Sandy Bell era una persona inteligente y su programa de juegos y entrevistas me gustaba. Me sorprendió encontrarla –¿encontrarlo?– en persona. No me lo imaginaba formando parte del círculo de amigos de nuestros ceremoniosos vecinos de abajo, siempre con sus trajes de funcionarios.

Aquella noche, en casa, después de bajar el volumen de la música, me había retirado discretamente para permitir que Romaris y Margot tuvieran tiempo de tranquilizarse, vestirse y retirarse sin escándalo. Desde entonces había conversado muchas veces con Alberto, pero en cambio no había vuelto a ver a Margot ni había hablado con ella. Sabía que nos íbamos a encontrar en la ceremonia, Margot no se perdería un velorio por nada del mundo.

En ese momento se me acercó con la enorme dignidad que confiere el luto, incluso cuando sólo se trata de compartir el luto ajeno. Vestida en delicados tonos de gris, procuraba, muy correctamente, llamar la atención lo menos posible. No se acercaba a Romaris a menos que él la llamara. Lo cierto es que él la llamaba con alguna frecuencia.

–¿Cómo están tus padres? –me preguntó.

Para obtener una mirada de preocupación compasiva sólo tuvo que reacomodar la postura de un par de rasgos en su compuesta expresión de acompañante de hombre en pena.

–Cosas mías –le contesté, con enorme fastidio.

–Ya sé que son cosas tuyas: por eso me interesan.

Vos que me conoces tan bien (¿o tan mal como yo te conozco a vos?) Siempre tuve la sensación de ser transparente a tus ojos tan brillantes para atravesarme, tan opacos para dejarme entrar, vos que me conoces, digo, ¿te parece que su truco pudo haber dado resultado, después de todo? Si no era una vaga comezón de celos, si no era aunque sea una piedrecita incómoda en algún punto sensible de mi amor propio, ¿de dónde me venían esas repentinas ganas de violencia, ese intenso deseo de darle un bofetón por estúpida, por infeliz, por estar sobreactuando el ridículo papel de la mujer del viudo de otro hombre?

Romaris sufría un nuevo acceso de dolor cada vez que entraba un grupo de personas, como si cada cara, cada mirada, le trajera otra época, otro ángulo del hombre con el que había convivido. Cuidando su discreto protagonismo, Margot echaba ojeadas a la entrada mientras hablaba conmigo.

Me fui de allí con una sensación de confusión. ¿Quién era yo, qué quería, qué sentía? ¿Qué derribó tu ausencia, qué dejó en pie entre mis posibilidades de sensación o sentimiento? Qué tentación la de entregarme al tango, decidir de una vez para siempre que la vida es una herida absurda.

Tenía unas desesperadas ganas de caminar por la ciudad, por la verdadera ciudad, no por un centro de compras, no por un seguro y previsible caminódromo. Pasé por casa a buscar mi pistola. No me importaba mucho si me serviría para defenderme o no: en ese momento la deseaba de una manera rara.

En el cielo nocturno, que la contaminación pintaba de un vago tono rojizo, había estrellas. Líquidas luces de cuarzo titilando en la gigantesca pantalla del universo. Fui eligiendo las calles más seguras, yendo siempre hacia el centro. De día, en la zona bancaria, se puede caminar entre la multitud sin graves problemas; los punquistas, arrebataadores y ladrones profesionales se cuidan de no hacer daño. De noche, en la zona que rodea a la Casa de Gobierno hay mucha vigilancia y pocos delitos.

Opté por una de las posibilidades más seguras de caminar al aire libre: unirme a la Marcha de las Madres. Vos y yo y tantos otros queríamos y admirábamos a las Madres de Plaza de Mayo. Te provocaría horror ver lo que este mundo ha hecho de su orgullosa resistencia.

Sus marchas de los jueves, en Plaza de Mayo, se convirtieron en un símbolo internacional de lucha por la justicia y por la libertad. Tuvieron tanto éxito que se convirtieron en una especie de punto de peregrinación para esa fauna generosa, culposa, colmada de buenas intenciones que suelen producir los países ricos. Con el tiempo llegaron a ser una atracción turística más, como Bariloche, o las Cataratas del Iguazú. Las agencias de turismo se encargaron de reemplazar con extras a las Madres que iban muriendo de enfermedad o vejez. Las marchas se volvieron cotidianas, permanentes, se incluyeron en

los tours diurnos y en los de Buenos Aires at night, para que pudieran aprovecharlas incluso los turistas que pasaban poco tiempo en la ciudad.

La Plaza de Mayo está siempre flanqueada por ómnibus de compañías de turismo. Me sumé a una columna de neocelandeses que habían traído ilusionados sus pañuelos blancos para participar en el desfile. Los destellos de los flashes nocturnos perforaban la iluminación difusa, lechosa de la Plaza.

Respiré profundamente. Era tan agradable caminar al aire libre. En mi bolsillo, mi mano empuñaba el arma con una naturalidad inesperada. De pronto estaba aprendiendo a comprender un fenómeno que siempre había sido un misterio para mí: el de los locos asesinos que entran de golpe a un restorán o una escuela con una ametralladora en la mano, el de los que se sitúan en una terraza cómoda para matar a desconocidos con sus armas de mira telescópica. De pronto sentí la pistola como la continuación más lógica posible de mi propio brazo y supe que si disparaba contra la columna de turistas sentiría la descarga precisamente así: como una descarga natural, con un alivio sólo comparable al que produce orinar largamente, con fuerza, después de haber retenido durante mucho tiempo el líquido en la vejiga hinchada.

Trece

Un director de cine no tiene necesidad de decirlo todo, de expresar en palabras lo que exhibe la imagen: pero yo sí tenía necesidad de cobrar mis últimos honorarios como guionista. Cuando Goransky me habló de la fiesta y del maquillaje, percibí en su tono una melodía culposa que me aseguraba como mínimo un mes más de pago. Tenía razón.

Fui a cobrar de mañana, en el horario de nuestros felices encuentros de otros tiempos, con la esperanza de que le hubiera dejado el dinero a su secretaria. No tenía ganas de verlo. Saludé a los guardias y entré a la sala de trabajo sin golpear, esperando encontrarla vacía. Las enredaderas, tan crecidas ya, extendían sus tallos gordos y peludos como tentáculos, cubiertos de flores carnosas, cuyos pétalos hinchados llenaban el aire de un olor dulzón, tropical.

Yo sabía que Goransky ya estaba trabajando con otro escritor. No deseaba el encuentro pero lo consideraba posible, y a pesar de todo me tomó de sorpresa. Mi reemplazante, la nueva guionista de Goransky, era una muchacha muy joven, muy fea, asombrosamente flaca, con el pelo teñido de varios colores y una mirada de admiración extática que me puso los nervios al rojo vivo. Tomaba notas en su pantalla portátil escribiendo al tacto para no apartar los ojos de Goransky que, como de costumbre, caminaba velozmente por toda la habitación, subiendo y bajando desniveles y escalones, acompañando su discurso con ademanes efectistas de sus brazos enormes y peludos.

Ayer apenas o casi ayer, Goransky y yo habíamos estado juntos en la Antártida, poniéndonos tres pares de medias de lana y una funda aislante antes de embutirnos las botas forradas en piel. Habíamos luchado por avanzar contra el viento y la nevisca mientras se nos congelaba el aliento en las fosas nasales, habíamos sentido esa mezcla de placer y claustrofobia que producía el calor en la sala común de la Estación, aislada en el desierto de hielo. Ahora Goransky estaba otra vez allí: con otra.

Todo lo que Margot había intentado provocar en mí, ese sentimiento desbordado, angustioso, que yo mismo pensé que te habías llevado para siempre, que ya no era capaz de sentir, apareció de golpe. Goransky estaba en la cumbre de su inspiración, hablaba con una claridad, con una convicción y, sobre todo, con una espontaneidad indignante. Yo había escuchado esas mismas seductoras palabras, más o menos en ese mismo tono, en uno de nuestros primeros encuentros.

La chica era tan nueva en el oficio como lo había sido yo: la expresión de su fea carita agradecía a los dioses la oportunidad de trabajar con un genio, o por lo menos con un brillante talento de la cinematografía. Podía leer en sus ojos conmovidos la certeza de que el trabajo iba a ser tan rápido, tan fácil, apenas dar forma, apenas organizar las ideas que brotaban como agua del manantial de la ingeniosa mente de Goransky. Todavía no sabía que ese manantial se iba a convertir en un arroyo y después en un río torrencioso, desmadrado, que terminaría por barrer en su crecida las mismas ideas que estaba generando y también las ideas de ella y, sobre todo, cualquier posibilidad de organizarlas, fijarlas, convertirlas en una historia verosímil.

Pero no eran los futuros, previsibles problemas de la nueva guionista de Goransky los que me preocupaban. Ni el dinero. La estúpida realidad es que estaba loco de celos porque me había reemplazado, porque había pensado —aunque yo supiera que eso no era cierto ni posible— que otra persona iba a hacer mi trabajo mejor que yo, porque Goransky estaba decidido a intentarlo con esa chica despeinada, bizca, demasiado joven para entender lo que se esperaba de ella. En un rinconcito de mi cabeza que trataba de esconder a mí mismo, se alzaba la amenaza horrible de que Goransky y La Otra fueran capaces de inventar esa maldita historia, de escribir ese maldito guión, y hasta de filmarlo.

Goransky se detuvo en cuanto me vio, avergonzado. Él también sentía que me estaba engañando.

—Qué haces, Ernesto. Transpiraste —comentó. Yo tenía la ropa empapada de sudor—. ¿Siempre hace tanto calor para esta época?

—No sé, no me acuerdo. Debe ser el agujero de ozono —le dije.

Nos presentó. La chica no me miraba. ¿Sabría ya que estaba actuando una escena que pronto tendría que repetir haciendo mi papel? Goransky tenía preparado el sobre con mis honorarios, me lo entregó y me acompañó hasta la salida. No hablamos del guión. Lo que hizo fue describirme en breves trazos la desorbitada fiesta con la que pensaba atraer el interés de los medios en su película y, como consecuencia, el de los potenciales inversores. Yo sabía que debía reservar la compasión para mí mismo y sin embargo me dio lástima ese hombre grande y rico parecido a un chico que desea desesperadamente un juguete que sus padres no aprueban y no considera justo comprarlo con sus propios ahorros.

Pronto empezaría la filmación, me decía Goransky. Ahora estaba seguro de que el guión no iba a tardar en estar terminado y quería tener a los periodistas interesados desde el primer día de rodaje, siguiéndolo paso a paso hasta el estreno. Nada mejor que inaugurar el proyecto con una fiesta gigante. Hablamos de su propia caracterización y de su mujer, que deseaba parecerse a una joven esquimal. También me aseguró que ya estaba contratado como jefe de maquillaje para la película. En cuanto empezara el rodaje, deliraba Goransky, tendría a mi cargo un equipo de cinco maquilladores-peinadores, expertos en efectos especiales.

En ese momento tuve conciencia de que podría haber pasado entre vos y yo algo peor que ese simple dejar de amarme, algo peor que enamorarte de otro. Goransky me degradaba de guionista a jefe de maquillaje: como si después de haber sido tu amante, hubieras decidido contratarme como mucamo de mesa. Muy cerca tuyo dos veces por día, alcanzándote las fuentes por la izquierda.

Pero otra vez estaba cayendo en la trampa de la ilusión: antes por pasión, ahora por despecho. Tuve que recordarme que la película no existía, no existiría nunca, era solamente un sueño, y en cambio la fiesta era real, estaba ahí, en un futuro cercano, tenía fecha, ya habían empezado la organización y la inversión. Goransky estaba en tratativas con varias empresas de ferrocarriles para alquilar la estación Retiro. Como aquellas fiestas de la corte de Versalles, en que los nobles se disfrazaban de pastores o arlequines, las fiestas de los ricos tienen tema. Alguna vez fue la invitación a que todos se vistieran de un color determinado; otra vez, la propuesta de parecerse a los artistas clásicos de Hollywood. En esta fiesta el tema era el Frío, y el disfraz quedaba librado a la fantasía de los invitados. Para permitir cierta variedad en los disfraces, el continente Ártico y el Antártico, tanto más árido, iban a mezclarse con mucho menos rigor que en la película severamente sureña que planteaba Goransky. Habría Focas, Morsas, Ballenas, Caribús, Petreles, Huskies, Renos, atrevidas jóvenes Pingüinas y recatados Osos de cierta edad. Los originales de siempre se vestirían de Iglú, de Trineo, de Témpano y hasta de Tormenta de Nieve. Los estudiosos se darían el lujo de adoptar las arbitrarias y feroces formas de los Tornraks, los espíritus mágicos. Y los más clásicos se limitarían a parecer Exploradores o Esquimales, con estilizados disfraces preparados para soportar el calor pero también el aire acondicionado.

Sin quererlo, empecé a pensar en mi trabajo. Iba a tener que estudiar ciertos efectos, el brillo de la grasa con que se untaban los esquimales por ejemplo, y averiguar si se pintaban la cara para las ceremonias guerreras o religiosas. El desafío era interesante: la sobriedad del tema imponía pocas variantes. Diferenciar los disfraces dependería de la habilidad de los profesionales. Nos veríamos obligados a trabajar con pocos colores y tonos suaves, los auténticos colores del Frío, buscando las diferencias a través de tonos, matices y sutilezas: negro, blanco, amarillento, todos los grises, todos los castaños, el rojo reservado para la sangre.

Catorce

La fiesta de Goransky promete ser una fuente de trabajo importante. Es una lástima que Cora no quiera ayudarme. Sería bueno para ella ganar algo de dinero.

Ojalá la hubieras conocido, no tendría que explicarte tantas cosas. Cora vivía sostenida por una suerte de rabia interna que la mantenía erguida, alerta, fuerte, siempre lista para una respuesta desagradable, en constante pie de guerra contra mi padre. Sus movimientos eran violentos, espasmódicos, como los de un muñeco que se rebela contra los hilos que el titiritero usa para manejarlo, obedeciendo al movimiento contra su voluntad, dando constantes tirones para romperlos. Ahora que ya no está el titiritero, Cora ha caído a un costado del escenario, incapaz de moverse por sí misma.

Tuvimos que vaciar el departamento de mis padres. Había que dejarlo listo para los nuevos ocupantes. A medida que avanza el proceso burocrático que desencadenó la internación, la posible evasión de mi padre se va revelando cada vez más como una fantasía absurda. ¿Adonde iría? La Casa de Recuperación, a través de su agencia, ya está ofreciendo el departamento en alquiler.

Ahora entiendo mejor otros casos que conocí, viejos a los que sus hijos internaban con la promesa de un rápido reencuentro que no se producía nunca. Tal vez me apresuré a juzgarlos. Pero además, las Casas son lugares cómodos, agradables. No todos los viejos ansían la libertad. A partir de cierta edad, de cierto grado de impedimento físico, la verdadera cárcel es el cuerpo y todo otro encierro no es más que una consecuencia menor.

También yo escuché alguna vez esos rumores acerca de la comunidad de Viejos Cimarrones, gente que con o sin ayuda de sus familiares se propuso y logró escapar de Casas, viejos de los que no se tienen más noticias, ni siquiera la noticia de su muerte. Nadie parece saber exactamente dónde o cómo sobreviven, pero a quién le interesa averiguarlo. Los parientes no quieren problemas y prefieren hacerse los tontos, decir que no saben nada, insinuar que los viejos han muerto internados, culpar vagamente al gobierno o a las Casas por esa confusa situación.

Cora está viviendo con una amiga. Estuve a punto de proponerle que se venga a casa, pero tuve miedo. La gente que sólo sabe obedecer aprende rápidamente a dar órdenes. Durante toda su vida Cora estuvo sometida a una disciplina arbitraria pero rígida y tiene una manera y sólo una de hacer cada cosa.

Todas las noches, al acostarse, deja sus zapatos enfilados al lado de la cama para no tener que escapar descalza si hay un incendio. Se despierta a las siete de la mañana y toma siete mates para mover el intestino. Después del almuerzo come media manzana. Esta costumbre inocente me resulta irritante por lo inamovible. Cora no acepta ninguna otra fruta. Y come siempre la mitad, no importa qué tamaño tenga la manzana. Ahora que está sola se aferra a sus hábitos desesperadamente: es lo único que le queda, el motor de su vida. Está curiosamente indefensa ante la realidad. Una mujer de mediana edad, en esa etapa del camino en la que el atractivo físico está dejando de acompañarla, y que nunca dispuso de su propio dinero, ni siquiera en la época en que trabajaba con más regularidad.

En uno de sus espasmódicos movimientos por librarse de sus ataduras, Cora estudió agronomía. Soñaba con vivir en el campo: pero el campo de sus sueños se parecía curiosamente a una cancha de golf. Cora cruzaba la calle cuando veía un perro grande, les tenía miedo a las arañas, el polen le provocaba descargas nasales. En la época en que el Estado todavía intentaba colaborar con los agricultores, Cora trabajó en las oficinas centrales del Instituto de Agronomía. Cuando el Instituto cerró, ya no pudo conseguir otro empleo.

Papá la ubicó durante un tiempo en la empresa de uno de sus clientes, un arquitecto que se dedicaba a parquizar mansiones. Pero ella sentía que su sueldo era falso, un humillante regalo. Cuando mi padre le encargaba una tarea a Cora, simple o compleja, nunca se trataba de un trabajo verdadero, de algo

realmente necesario: siempre era una forma de ponerla a prueba, un examen en el que estaba aplazada antes de empezar.

Vaciar ese departamento fue una tarea penosa, por momentos nauseabunda. En esa locura lenta que nadie había notado hasta el completo delirio, mi madre había acumulado toda clase de objetos. Mezcladas con las fotos de familia –esas caras demasiado jóvenes que no pudimos evitar ver mientras las juntábamos en una caja–, había rebanadas de pan grisáceo, con verdes flores de moho y el musgo algodonoso de los hongos. Papá guardaba en su mesita de luz una cantidad indefinida de bolsitas de plástico usadas, dobladas en muchísimos pliegues y atadas con piolín de pizzería. En el placard del comedor diario, atacada por la humedad, una pila de revistas viejas exhalaba olor a papel mojado y abandono. En el armario del baño había medias sucias, broches de ropa, ruleros con pelos, peines con los dientes rotos, horquillas oxidadas, muchos pequeños restos de jabón, una cantidad que nos pareció infinita de remedios vencidos. Y debajo de una baldosa suelta, la famosa libretita con las anotaciones de papá. En una primera ojeada descuidada los números y las letras nos resultaron incomprensibles. Se la di a Cora. Cuando fuera necesario nos sentaríamos con paciencia a descifrarla.

Mis padres habían viajado mucho, con placer, y en las vitrinas se acumulaban pequeños objetos graciosos, recuerdos de los países o ciudades donde habían sido felices por un instante. Con la mirada infantil que los hijos nunca perdemos del todo cuando se trata de nuestros padres, Cora y yo suponíamos que esos adornos intocables –mamá era la única autorizada a limpiarlos con un trapo mojado en alcohol de quemar– de porcelana, de cristal, de marfil, de jade vetado, de ébano y madera perfumada eran valiosas curiosidades. Pero con sus dueños lejos, la casa entera no hacía más que mostrarnos sus penas y dolores, el inodoro desconectado en el baño principal, la canilla de la cocina atada con un trapo, la tapa del horno sostenida por alambres, la pintura sucia, gastada, de las paredes que por primera vez mirábamos con ojos ajenos.

Revisamos los adornos uno por uno, para decidir cuáles valía la pena llevarnos y cuáles íbamos a dejar. El oso de cristal estaba opacado por dentro, el payaso tenía un brazo roto, a la pastora y su perro se les había salido la pintura, la serie de platitos pintados no era de porcelana sino de loza barata, todo lo que no era de plástico estaba cachado, rajado, agrietado o descolorido por el sol. Comprendí con desconsuelo que allí no había nada, absolutamente nada que deseara tener conmigo, excepto quizás esa mujer desnuda, acostada, cuyos pechos desmesurados eran un salero y un pimentero, y que me parecía el símbolo más conmovedor del mal gusto de mi padre y de su vitalidad entusiasta. Pero me hubiera sentido avergonzado de llevármela delante de Cora.

–¿Cómo llegaron a esto? –le pregunté con horror, mientras sacábamos del placard de mamá una extraña colección de carozos de damasco y semillas de sandía y varios restos de aparatos rotos más o menos irreconocibles: un viejo teléfono destripado, los restos de una calculadora de oficina, grande y antigua, algo indefinible con cables y engranajes.

–Qué sé yo, vivís en un lugar y no lo ves, te olvidas, te vas acostumbrando de a poco. Y vos que venías de afuera, ¿por qué nunca te diste cuenta?

No le contesté. Seguí buscando. Mientras intentaba crear una ilusión de orden en el caos en el que estábamos inmersos, mientras apilaba a un costado los cuarenta y dos pulóveres gruesos y finos, de distintos colores, pero todos con los codos gastados, carcomidos por la polilla, mientras intentaba separar los documentos de relativa importancia de los papeles de todo tipo que llenaban los cajones, yo buscaba, buscaba frenéticamente y sin saberlo. Nos habíamos propuesto clasificar los objetos: poníamos en el suelo los que eran solamente basura, sobre la mesa los que se podían vender, cambiar o regalar, en la cama matrimonial los que queríamos llevar con nosotros. El tapado de astrakán de mamá, con su cuellito de visón, el viejo sobretodo de pelo de camello de mi padre estaban extendidos sobre la cama, junto con dos docenas de cubiertos robados de los aviones de distintas líneas aéreas. En el suelo, en un desorden sobrecogedor, se amontonaban un palo de amasar rajado, varios coladores de metal, de distintos tamaños, oxidados y desfondados en diverso grado, retazos de tela tan vieja que se deshacían al tocarlos, ropa definitivamente destruida. Cora y yo no lográbamos ponernos de acuerdo y constantemente subíamos y bajábamos prendas o pilas de diarios de la mesa grande. Y yo buscaba.

Mucho después, a solas, me di cuenta. Buscaba algo más, un secreto, la prueba o el indicio de otra cosa, una historia desconocida que me hiciera comprender mejor, que diera un sentido nuevo a la vida de mi padre, como si su imagen pública, la cara y la figura con la que se mostraba ante nosotros, no fuera suficiente. Yo necesitaba saber más sobre él, sobre sus deseos, sus pensamientos, sus fantasmas, algo más que esa máscara con la que se vestía para el mundo. Buscaba entre los restos, entre las huellas de su vida, la prueba de que también él era humano, inconsecuente, débil, la prueba de que había tenido, alguna vez, un momento de locura o de pasión, algo que me mostrara más que el constante cálculo, la fría evaluación del valor económico, el costo de fabricación, el valor de compra y de reventa de todas las cosas de este mundo. Te buscaba. Otra vez, como siempre, buscaba algo o a alguien que hubiera sido en la vida de mi padre algo parecido a lo que vos fuiste en la mía: un absurdo, una incongruencia, una grieta. No encontré nada. Lo siento.

–Papá me habló del plan para escapar, se supone que vos estás de acuerdo –le dije a Cora.

–¿Por qué nunca entendés? Siempre estás afuera –dijo Cora.

De pronto se había enfurecido, tenía las mejillas coloradas. Alguno de los objetos que encontrábamos, que descubría con mirada nueva en la casa donde ella misma había estado viviendo tantos años, o quizás no un objeto en particular sino su mera acumulación había provocado en ella una descarga de adrenalina y pasión.

–Total, yo te hago los deberes. Yo voy, yo estoy, yo aguanto. Ahora papá se hace el moribundo, me quiere volver loca a mí también.

–¿Querés un café con leche? Te lo hago batido. Con mucha espumita –le contesté.

Así era siempre, desde que éramos chicos, un café con leche era lo único que Cora aceptaba de mí y tenía el extraño poder de tranquilizarla, volverla a mi favor, transformar en un discurso coherente sus palabras de odio, siempre confusas porque respondían a un horror interior incommunicable.

Encontré café, azúcar y un tarro de leche en polvo. Cora se fue a lavar la cara y las manos. El polvo mugriento que se desprendía de todas las cosas nos hacía picar la nariz y se adhería a las yemas de los dedos incrustándose en las huellas digitales. Tomamos café con leche en la cocina. –Ahora se hace el que le duele –insistió Cora–. No aguanta que mamá se le acerque, pero las enfermeras la peinan, le ponen colorete y se la mandan igual, les da ternura pensar en dos viejitos unidos tantos años. Tenes que ver cómo la putea. Se hace todo el tiempo el que le duele pero a mí no me engaña más.

Cuando éramos adolescentes, papá solía robarle a Cora la billetera de la cartera para demostrarle que era una descuidada. Ella salía de casa con las monedas para el colectivo en la mano, sin fijarse si tenía la billetera o no, y de golpe, cuando quería volver, se encontraba en la calle, lejos, sin un centavo, sin documentos. Y sabía que había sido él: nadie más era capaz de robarle la billetera con tanta maña.

–¿Qué le duele? –pregunté–. ¿Es la herida? –Qué sé yo si es la herida. La cintura, los huesos. No encuentra posición. –¿Le dan calmantes?

–Algo le darán, ¿no? Yo no creo que necesite calmantes. Lo que quiere es tenerme ahí, nada más, de noche y de día. Por suerte no dejan quedarse. –¿Pero estuviste yendo mucho? –No dejan, pero soborné a los guardias de la entrada y me arreglé con las enfermeras. Estuve yendo de noche y de día: no se lo puede dejar solo. Pero a mí no me engaña, no le duele, es mentira. Mira si no voy a reconocerle los quejidos, justo yo.

En la época en que Cora trabajaba y se fue a vivir sola, papá la llamaba por teléfono todos los días a las seis y media de la mañana para que no se quedara dormida. Cierta vez, cuando Cora atendió el teléfono, del otro lado se escucharon unos gemidos horribles, entre llanto y grito, los espasmos de un bebé bajo tortura, la voz estrangulada de alguien que ha sido gravemente herido y trata de comunicar, con desesperación, un mensaje urgente que no está en condiciones de articular. La primera vez el despertar fue tan espantoso que Cora, aterrada, después de tratar de obtener una respuesta más clara, terminó uniendo su propio grito de horror a los que venían del otro lado de la línea. Al rato llamaba papá riéndose: ésa era su idea de una broma. Después de la primera vez, Cora no se asustó más. Dejaba el teléfono descolgado. Pero sabía que en cuanto colgara –no siempre, no a horas fijas, no todos los días,

pero en cualquier momento, a cualquier hora del día o de la noche— estaría expuesta a las bromas de papá, que incluían, además de los gritos siempre distintos, jadeos y amenazas en voz susurrante y distorsionada. Era para recordarle los peligros de vivir sola, decía papá: para que estuviera siempre alerta, para que no le abriera la puerta a cualquiera así nomás.

—¿Pero cómo sabes que finge? —le pregunté. Yo lo había visto a papá bastante mal la última vez que estuve con él. Ese color de la piel, ese sudor frío no eran fáciles de fingir.

—¡A papá no le duele nada porque no le puede doler! ¿No te das cuenta de que no siente nada? —Entonces, está en condiciones de irse. —¿Estás loco? ¡Está grave! ¿Qué vamos a hacer con él? ¿Dónde lo vamos a esconder? Habría que montarle un hospital con tres turnos de enfermeras, gente fuerte que lo pueda mover, sigue siendo grande y pesado.

—¿Hablaste o no hablaste con la enfermera? —Hablé con la gerenta de la Casa, es una persona muy inteligente, perceptiva. Ella tuvo a su propia madre internada, nos entiende. Y dice lo mismo que yo, que no le duele, enseguida se dio cuenta de cómo es papá.

Recordé los anteojos de carey y esa sonrisa de rumiante, las muelas chatas, la intolerable alegría.

—¿Entonces no le dan calmantes?

—Pero sí, algo le dan igual, aunque todos sepan que está fingiendo. No se les puede dar cualquier cosa a los viejitos. La gerenta me estuvo explicando el problema de los efectos secundarios.

Quince

Me gustaba discutir con vos. Me gustaba tu apasionamiento inútil y a veces lo provocaba. Así era nuestro contrato: la pasión era tuya, los desbordes emocionales; a mí me correspondía cierta frialdad sonriente, una calma en la esgrima intelectual que me permitía observar tus flancos descubiertos, y podría haberme conducido a la estocada definitiva si no fuera porque de pronto, por una hábil torsión del discurso, tu entusiasmo hacía volar las palabras espadas por el aire y ya no era esgrima, sino una lucha cuerpo a cuerpo en la que siempre me ganabas.

Hablabas, por ejemplo, de los derechos de la mujer, de su gozosa asunción del poder, y yo te recordaba, a propósito, para provocarte, los efectos dolorosos que esa nueva situación está produciendo en la sociedad. Te hacía notar –mi razonamiento no tenía intersticios– que las mujeres se ocuparon a lo largo de los siglos de los chicos, los viejos y los enfermos, que ahora son entregados a las instituciones: guarderías, Casas, hospitales. Y como estas instituciones emplean personal femenino –mano de obra mal paga–, las mujeres siguen ocupándose de los chicos, los viejos y los enfermos, pero en lugar de los débiles propios, a los que están ligadas por un vínculo de amor, tienen que atender, como si los amaran, pero sólo por dinero, a personas desconocidas, a débiles ajenos.

Te enfurecías cuando no conseguías destruir mis argumentos. Despeinada, enojada y desnuda, cómo te amaba: yo era el que había decidido el color de tus mejillas, me pertenecías un poco más. Me divertía provocarte.

Hoy no puedo evitar el recuerdo de esa discusión. Vengo de la Casa, escribo para olvidarme de lo que vi, para no olvidármelo nunca.

El domingo, día oficial de visita, después de pasar por la habitación de mi padre, mamá, Cora y yo tomamos el té en el comedor de la Casa. Había otras visitas, no muchas, sobre todo para los internados recientes. Tendrías que haber visto qué bonito, qué alegre es ese lugar. Un hábil arquitecto había elegido muebles de madera clara, láminas de materiales sintéticos en tonos marfil, sillas torneadas imitación Thonet con apoyabrazos para que a los viejos les resultara más fácil ponerse de pie. En las paredes hay cuadros grandes, reproducciones de obras maestras tan conocidas, tan infinitamente reproducidas, que han perdido su potencia revulsiva original y ya no son arte sino apenas una tenue, refinada decoración. Las mucamas, disfrazadas de campesinas holandesas, con zuecos y cofias –no todas las Casas deben ser así: sospecho una fantasía de nuestra gerenta, tiene cara de amar los tulipanes, flores previsibles y proliferas–, servían té, café, tostadas, galletas y mermelada a los viejitos y a sus visitas. Era un salón grande, lleno de gente, y lo primero que se escuchaba era el silencio.

Los viejos no hablaban. Algunos eran mucho más jóvenes que papá, pero todos coincidían en la mirada perdida y atormentada. Los más vitales estaban concentrados en consumir lo que les habían servido. Los pocos visitantes del mundo exterior no parecían capaces de encontrar temas de conversación con los internados, aunque algunos hablaban entre ellos en voz muy baja. Cuando había dos viejos en la misma mesa, ni siquiera se miraban. Esa idea sobre la camaradería que sería posible establecer entre los internados, esas amistades o rencores que se ven en las películas quedaban relegados a su esencia: una idea cinematográfica. Sordos, aislados, y en la mayoría de los casos con serios problemas mentales, los viejos no parecían tener ningún interés en comunicarse entre sí.

Mamá estaba sentada entre Cora y yo. El café era de malta, el té tenía gusto a pis, no logré identificar de qué estaban hechos el pan y las galletas pero era evidente que, tal como había amenazado la gerenta, allí no había nada que pudiera hacer mal. Se trataba de alimentarse correctamente: fibra y subsistencia. Fuera de los dormitorios, el comedor era el único lugar donde los internados se encontraban con sus parientes; habían traído también a varios viejos conectados a sus sondas nasogástricas. Sentados en

sillas de ruedas, no hubieran podido hablar aunque quisieran, pero tampoco sus ojos vacíos expresaban intención de comunicarse.

–Yo pensé que los viejitos se entretenían más entre ellos –le comentó Cora a la mucama que nos traía el té–. Que jugaban a las cartas, por ejemplo.

–¿No son divinos? –preguntó retóricamente la mucama, echando una mirada en derredor–. A veces los hacemos jugar a las cartas, cuando tenemos tiempo. Hay que ponerles las cartas en la mano, y ayudarlos a tirarlas sobre la mesa. Da trabajo.

Veníamos de ver a mi padre y yo me sentía agradecido a la vida por haber salido de esa habitación y miserable por estar afuera. Me mantenía sentado precariamente en el borde de la silla y no lograba decidir si lo que iba a hacer a continuación era escaparme de allí mientras pudiera, o volver corriendo para estar al lado de papá.

Mamá estaba muy tranquila. Había entrado en una indiferencia torpe que parecía provocada por la medicación. Un moretón violeta, hinchado, le deformaba la nariz. Según las enfermeras, se había caído tratando de subirse a una silla para alcanzar algo de un estante muy alto, algo que sólo ella podía ver: tanteaba en el aire buscando el sombrero de papá, con la idea de que nadie podía irse muy lejos sin sombrero. La historia era verosímil y sin embargo yo sospechaba. ¿Cómo saber que no le habían pegado? Su exagerada quietud me hacía pensar que le habían dado sedantes para controlarla mejor. Había perdido, por el momento, los síntomas floridos de su locura. No nos hablaba de mensajes secretos, no parecía tener alucinaciones, incluso nos había reconocido con una especie de resignación aburrida. Sus respuestas eran coherentes pero desprovistas de toda emoción. Las manos torpes tenían dificultades para sostener la taza por el asa y elegía el pan porque apenas podía levantar las galletitas chicas; además de su viejo problema de artrosis parecía haber perdido la motricidad fina. Tenía costras blancas de saliva seca depositada en la comisura de los labios. Hablaba con voz pastosa, como si le costara organizar los movimientos de la lengua.

Cora la miraba contenta, con una sonrisa de buen humor.

–¿Viste qué bien está hoy mamá? –A mí me da miedo.

–Te da miedo porque sos egoísta: ¿no ves que no sufre?

–Te traje caramelos –le dije a mamá, casi al oído. Cora se enojó.

–¡Ya sabes que están prohibidos! El azúcar le hace mal.

Traté de pasarle a mamá, disimuladamente, un paquetito de caramelos rellenos por debajo de la mesa. Pero ella no parecía interesada, no hizo ningún gesto para tomarlos ni para rechazarlos. Daba la sensación de que nuestra visita la molestaba o la aburría.

De pronto sucedió algo horrible. A instancias de Cora, que le insistía en la importancia de alimentarse bien, mamá tomó un gran trago de pseudo-café con leche. Pero, como si hubiera olvidado de golpe la secuencia de movimientos necesaria para tragar, se quedó con el líquido en la boca, haciendo un buche, como un niño pequeño que se niega a comer.

–Traga, mamita–dijo Cora.

–Escupí, escupí acá –le dije yo, acercándole una taza vacía.

–Es mejor que trague –insistió Cora.

–Da lo mismo, la cosa es que lo saque de la boca.

Escupí, mamá.

–A ver, mamita, ¡para dentro! –dijo Cora.

–No tenes que tomártelo si no te gusta –dije yo.

Pero mamá parecía congelada en un instante eterno, con los carrillos hinchados y la boca llena de líquido: algunas gotas se le escapaban entre los labios fuertemente cerrados y le corrían por la barbilla. Nos miraba con ojos desesperados, pero su angustia no parecía tener ninguna relación con lo que le

estaba pasando. No podía escupir ni podía tragar y daba la sensación de que iba a quedarse siempre así, durante horas y horas, en un buche eterno y torturante.

Pedimos ayuda. En mi fantasía, lo que haría la enfermera sería aplicarle un golpe violento, con los puños cerrados, contra los carrillos hinchados. Eso era lo que temía, quizás porque yo mismo sentía la tentación de golpearla así, como quien hace explotar una bolsita de papel que acaba de inflar soplando. Pero la enfermera no hizo más que acariciarle tiernamente el pelo y le trajo una especie de delantal protector, de plástico, tomado con velero en el cuello, como los que usan en las peluquerías para proteger la ropa.

–Hasta dos horas se quedan a veces así –nos dijo–. Hay que tener mucha paciencia. Al final se les cae todo de la boca. Abrirles las mandíbulas es imposible: hay que ver la fuerza que tienen todavía.

En nuestra desesperación por no volver a quedarnos solos con esa especie de muñeca arrugada, como un trapo mal planchado, de color amarillento y ojos desesperados, que había sido nuestra madre, le hacíamos preguntas a la enfermera para retenerla junto a nosotros un rato más: dos minutos, cinco minutos, un cuarto de hora más.

Podrá parecerle monstruoso pero tolerar esa angustia me parecía un precio razonable –hacía negocios con el destino– con tal de no volver a la habitación donde mi padre jadeaba de dolor.

Por primera vez papá me había visto entrar sin reproches, sin comentarios duros, sin fingir indiferencia ni alegría.

–Hijo –pronunció con dificultad, las palabras formando parte de un gran suspiro–. No me dejes.

Tenía una palidez grisácea en la que se destacaban las ojeras como manchas oscuras. Temblaba. Se quejaba en forma constante, casi involuntaria, como si el aire que salía de sus pulmones hiciera vibrar sus cuerdas vocales más allá de su deseo. Tuve miedo. –¿Qué te duele, papá?

–Todo. Los huesos. Una inyección. Por favor, que me den una inyección. Por favor.

No hacía bromas ácidas, no se quejaba de la comida o del trato de las enfermeras. Estaba ahí tirado en mitad del dolor, hundiéndose en un pantano que se negaba a asfixiarlo del todo.

–Pedile a la enfermera. Dale plata. Que me den una inyección –rogó.

Miré a Cora, que movía la cabeza incrédula.

–Se cree que con su plata puede todo. Si no le hace falta no se la van a dar. Aquí son estrictos.

–¡Pero no ves que está reventando de dolor!

–Se hace.

Papá parecía agotado y se durmió por un momento. La respiración se le hizo lenta y larga y aun en sueños seguía quejándose, sin pausa, sin recreo, sin perder el ritmo.

–Estás loca, Cora, no ves que dormido también se queja.

–Dormido también se hace. Bueno, es una forma de decir. Es mecánico, ¿no te das cuenta por el ritmo? No es el dolor, es un efecto mecánico de la respiración, algo que tiene en la tráquea.

Papá abrió los ojos aterrados y empezó a jadear, como si estuviera en una crisis de dolor agudo. Cuando mi mujer iba a tener a nuestro primer hijo, asistió a un curso donde le enseñaban a jadear. Después del parto, se reía: como si jadear fuera voluntario, me decía. Como si cuando el dolor viene y te atrapa y te clava las uñas pudieras hacer otra cosa que jadear.

Pero el jadeo de mi padre pasó rápidamente y el cuerpo abandonado sobre la cama volvió a emitir esos lamentos largos, huecos, dolorosos.

Llamé a una enfermera y le pedí un calmante. Trajo una pastilla y un vaso de agua. Le hizo levantar la cabeza para ayudarlo a tragar. Mi padre seguía suplicando por una inyección con una angustia que escapaba a todo razonamiento.

–Voy a buscar a un médico –le dije a Cora. –Hace lo que se te dé la gana –me contestó Cora–. Cómo se ve que no venís todos los días.

Cuando entró el médico mi padre dejó por un momento de ser un pedazo de carne sufriente y su cara tomó una expresión humana.

–Déme algo, doctor. Soy un hombre viejo, no quiero sufrir. Usted es un hombre mayor también, sálveme. Sáqueme del dolor. Déme una inyección.

El médico parecía muy solvente, compenetrado con su papel, un actor que había representado la misma obra durante muchos años recibiendo siempre el aplauso de los públicos más variados.

–Señor Kollody –le dijo, mirando el apellido en la planilla–, le hemos dado un calmante fuerte. Por boca tarda algo más, pero resulta igualmente efectivo.

No supe si mi padre no lo había oído, o no quería escucharlo.

–Usted puede hacer que me den una inyección.

–Por Dios –le dije al médico en voz baja–. ¡Consígale una inyección de cualquier cosa, una inyección de agua, de suero, de lo que sea!

–No te metas –dijo Cora–. El doctor sabe lo que hace. ¡Confía una vez en alguien!

–Lo que tomó lo va a ayudar, señor Kollody –le dijo el médico a mi padre–. Usted tiene que creerme, eso es lo importante.

–Yo le creo, doctor. Póngame una mano sobre la frente. Así. Quédese un momento conmigo. Si usted está aquí, me siento mejor, lo necesito.

Papá desplegaba su seducción inútilmente. El médico parecía más apurado que conmovido. En cuanto consiguió desprenderse de mi padre, se despidió y se fue.

–Sáquenme, por favor, por lo que más quieran, sáquenme, todavía me puedo salvar si me sacan de aquí –dijo papá, antes de volver a sumergirse en el dolor.

–Después hablamos –dijo Cora–. Ahora vamos a tomar el té con mamá. Todavía no conoces el comedor, vas a ver qué lindo.

Dieciséis

Los maquilladores, como los cirujanos plásticos, como los fotógrafos, operamos sobre la zona más delicada de los seres humanos, trabajamos sobre la carne viva de la vanidad. Cuando por primera vez fingí ser maquillador para ayudar a un amigo –un fotógrafo que quería impresionar a sus clientes desplegando su inexistente equipo de colaboradores– no suponía que éste sería, alguna vez, mi principal medio de vida. Sobre todo, no podía imaginar que iba a convertirse en una vocación.

Me gusta entregarle a la gente la felicidad de verse por un rato más parecida a sus sueños. La expresión de alegría de mis clientes al mirarse al espejo es parte de mi placer, me siento como un autor que se complace en la risa o el llanto de los espectadores. También, a veces, sucede lo contrario: la decepción o el horror. Cualquiera de mis colegas podría hablarte de la furia –el dolor– de hombres y mujeres a los que el espejo no les devuelve la imagen que pretendían lograr. La decepción es más frecuente en los hombres, aunque lo demuestren menos, porque las mujeres conocen mejor las posibilidades y los imposibles del maquillaje, mientras que los hombres imaginan que un buen trabajo sobre las canas, una sabia acción en contra de las arrugas, a ellos, que nunca se habían tocado la cara, les devolverán la figura y la virilidad impaciente de los veinte años. Algunos, los que no son capaces de sostener el misterio de la mirada, se ven de golpe absurdos, como viejos mamarrachos, se enfurecen o se entristecen, siempre te odian.

Por eso, cuando trabajo para clientes nuevos, y en particular para una fiesta, exijo ensayos previos, quiero conocer a la persona cuya cara voy a someter a mi imaginación, a mis manos, debo tener una larga charla, entender sus deseos, que generalmente no consisten sólo en una caracterización. Hay que ensayar, ponerse de acuerdo, asegurarse de que no habrá sorpresas de último momento, cuando media hora antes de la fiesta el hombre o la mujer descubran que no toleran esa cara asombrada y furiosa en el espejo, o que, simplemente, se imaginaban otra cosa.

La mujer de Goransky, por ejemplo, no sólo quiere ser una muchacha esquimal, sino que pretende ser una esquimal de ojos violetas parecida a cierta actriz famosa. Estuve trabajando con ella, con su cara, con su personalidad, estudiándola un poco para saber hasta qué punto sería capaz de engañarse a sí misma, hasta qué punto podría ayudarme a hacerle creer que había comenzado a parecerse a esa mujer considerada alguna vez la más hermosa del mundo, pero que –por suerte para mí– no murió en la cumbre de su belleza sino que siguió su camino hacia abajo, hacia el deterioro, engordando y envejeciendo sin sabiduría, de modo que toda una serie de imágenes se superpuso a la imagen perfecta con la que mi clienta soñaba, haciéndola menos precisa, más imperfecta.

Y mientras intentaba transformar a esa mujer mayor, que ni siquiera en su adolescencia debió haber sido hermosa, en una joven esquimal de ojos violetas, veía, todo el tiempo, reflejada en el espejo, la cara de mi padre.

Muy pocos entre mis colegas, sólo los más jóvenes y audaces, eligen trabajar sin espejo, ocultar las fases lentas y desagradables de la transformación, apostar al efecto final, a la feliz sorpresa del cliente mirándose como si se viera por primera vez. La experiencia enseña a evitar ese riesgo, es preferible que la persona se vea deliberadamente afeada, con el pelo cubierto por una toalla, deformada por la falta de sombras, de juegos y matices, que instala una capa de base demasiado gruesa. Es preferible que pueda controlar en el espejo la progresiva reaparición de la vida, una vida artificial, recreada en ese rostro que empezamos por convertir deliberadamente en la máscara lisa, inexpresiva, de una estatua.

Lo primero que hice en el caso de Soledad Goransky fue, como siempre, cubrir las líneas de las cicatrices que deja el lifting en los bordes de la cara, sobre todo arriba de la frente, casi en la línea de inserción del pelo. Son líneas muy finas, blancas y brillantes. Lo más práctico es cubrirlas con lápiz

delineador de color algo más oscuro que la piel. Aunque parezca ilógico, es más fácil hacer desaparecer debajo de la base de maquillaje una línea oscura que una clara. El peinado hacia adelante, el flequillo sabiamente desparejo, terminan de encubrir ese secreto obvio que no se complace en ser exhibido.

Los clientes esperan que un maquillador sea mujer o sea gay. No es un prejuicio: es una opinión formada en base a experiencias. La mayor parte de mis colegas lo son. Pintar y pintarse la cara es una tarea que durante siglos se consideró tan femenina como para que muchas feministas renunciaran a hacerlo. Los clientes –hombres y mujeres– se sienten incómodos cuando descubren o sospechan que mis inclinaciones son diferentes de las del promedio de la gente de mi oficio. Soledad Goransky lo notó enseguida. La sentí inquieta bajo mis manos, que trabajaban en su cara cubriéndola con sucesivas capas de maquillaje: la crema humectante, el lápiz para tapar las cicatrices, el trabajo de los colores de fondo, más oscuro allá y más claro aquí para modificar el óvalo de la cara, acentuar los pómulos, disimular la doble barbilla, afinar la nariz, la base espesa para cubrir su piel tensa pero cuarteada por los liftings, el polvo invisible que atenúa ciertos brillos, la invención de otros brillos deliberados, el rubor en polvo avivando toda la cara.

No quería mencionar delante de ella el guión del que había sido excluido, todavía me dolía el golpe. Preferí preguntarle sobre la fiesta.

Me describió la compleja negociación que les permitiría alquilar por varios días, para convertirla en el salón de fiestas, una de las principales estaciones de trenes de la ciudad. Aunque la casa de Goransky sea lo bastante imponente como para seducir a inversores y entretener a productores de televisión, en este momento la moda es alquilar un lugar habitualmente destinado a otros fines –una fábrica, un depósito, una casa tomada, un sanatorio, un banco– y convertirlo en pocos días en un suntuoso Palacio de Fiestas, antes de devolverlo a sus dueños y a su actividad habitual. Es una moda absurda y desmesuradamente cara. Cuando se alquila el local de una empresa de servicios hay que incluir compensaciones a los usuarios, cuando se usa una casa tomada cuesta mucho desalojar aun provisoriamente a los habitantes, que temen perder su techo para siempre. Ese costo disparatado, aparentemente insensato, es coherente con el significado esencial de las fiestas: una gigantesca demostración de poder.

Pero mientras conversaba sobre otros temas, mientras percibía con un costado de mi mente los pasos obligados de mi trabajo, que la experiencia me permitía manejar en forma mecánica, yo seguía viendo la imagen de mi padre atado a su dolor. El centro de mi mente revisaba alternativas fluctuando entre los puntos más extremos. Desde sacar a papá de la Casa de cualquier modo, hacerme cargo de él, luchar por salvarlo, hasta olvidarme de todo el asunto y optar por lo que hace la mayoría: no volver a verlo – durante días, durante años– hasta que me llamasen para informarme de su muerte. Al fin no pude evitar llevar la conversación hacia el núcleo de mi obsesión.

–¿Está en un hospital o en una Casa? –Soledad era una mujer alta y fuerte, una buena persona, había algo confiable en ella que me permitía hablar sin censura.

–Una Casa. Una buena, parece –le dije, aliviado de poder hablar del tema con alguien más que con Cora.

–Todas son buenas. Si está en una Casa no se preocupe, no corre peligro.

–¿Lo sabe por experiencia?

–En cierto modo. Tenemos inversiones en Casas, rinden bien. Los hospitales son peligrosos porque necesitan rotación rápida. Pero si lo aceptaron en una Casa, es que va a durar: ellos saben, están muy bien administradas.

Durante todo el día seguí visitando clientes, tratando de aturdirme con el trabajo. Afuera la temperatura era elevadísima. La bocanada de aire caliente que me recibía cuando pasaba de un recinto con aire acondicionado a otro me erizaba el vello de los brazos. Intenté maquillar a un hombre muy gordo en un lugar donde el aire acondicionado no funcionaba y tuve que desistir, la humedad constante de la piel me impedía aplicar los colores. Había organizado una cita después de otra y me obligué a escuchar las voces, a prestar atención a las palabras de los otros. Durante todo el día estuve oyendo, al

mismo tiempo, los quejidos de mi padre. No podía escapar, estaba tan atrapado como él. Me obligué a no volver a la Casa. Sabía que Cora estaba allí, al lado de la cama, insultándolo y tratando de hacerle tomar un caldo de pollo.

A la noche quise escribirte pero estaba demasiado sobrio como para concentrarme en la pantalla. Sorprendido por mi propio impulso, bajé a tocarle el timbre a mi vecino Romaris, deseando que estuviera solo –no me hubiera importado encontrarme con alguno de sus amigos, pero, por Dios, no quería ver a Margot–, y terminamos emborrachándonos juntos. También me ofreció fumo, pero tuve miedo de que la marihuana me incentivara la desdicha.

El calor ocupaba todo el espacio disponible y los dos respirábamos con esfuerzo. Al principio no pudimos evitar la referencia forzosa a la falsa primavera de la ciudad, y pronto empezamos a comparar nuestros recuerdos tratando de decidir si era verdad que la temperatura aumentaba tan rápidamente en esta parte del universo. Aunque es más joven que yo, pronto nos encontramos compartiendo fragmentos de memoria sin ninguna excusa. Le mostré fotos de mis hijos, le hablé de los mensajes electrónicos que me escriben desde distintas partes del mundo, las charlas frecuentes y triviales hasta el punto de hacerme desear, absurdamente, aquellas antiquísimas, olvidadas comunicaciones telefónicas de larga distancia de mi infancia, espaciadas, caras, difíciles, en que las voces confusas adquirían una importancia magnificada por el precio del minuto.

Me devolvió la confianza hablándome de los hijos de su pareja con un cariño enorme, se imaginaba que así debía querer uno a sus propios hijos. Estaba equivocado pero para qué decírselo. Aunque no le pregunté nada, me contó que no había vuelto a ver a Margot después del velorio. Se habían despedido con afecto, en buenos términos, pero con la clara noción de que ninguno de los dos deseaba repetir un encuentro.

Muchas veces nos preguntamos cómo vivirían mis vecinos de abajo, esos dos señores de distintas edades, tan parecidos en su manera de vestir, trajes siempre grises, camisas con gemelos, zapatos charolados, el mismo paso rápido y cortés. En el departamento de Alberto Romaris no encontré mucho que objetar: una imitación del clásico sillón de la Bauhaus, una mesa liviana, sostenida frágilmente por un pie central, como una copa y sin embargo sólida, buenas sillas que consideraban la existencia del culo y su relación con la espalda, además de cierto efecto visual.

Mientras hablábamos y bebíamos me pregunté por qué me sentía cómodo con ese hombre tan distinto de mí, cómo era posible que una persona de mi edad descubriera un estilo de amistad que transitaba caminos distintos. Tengo conciencia de estar explorando ciertos límites y te aseguro que me investigué honestamente para tratar de descubrir en mí, inútilmente, algún tipo de interés sexual en el pobre Alberto. Quizás sólo buscaba una grieta en su conversación, una excusa, un refugio para hablar de vos, para preguntarle si te recordaba, si nos recordaba.

Nunca conociste a mis amigos, a nadie que tuviera que ver conmigo. Tus precauciones me volvían loco. Pero cómo saber si de otro modo te hubiera deseado tanto, durante tanto tiempo. Nuestra relación podría haber evolucionado hacia la ternura, hacia el hábito, hacia el amor, y en cambio, gracias a tu riguroso concepto de la clandestinidad, se mantuvo siempre igual a sí misma, sostenida milagrosamente en el deseo a través de los años.

Tengo costumbres de viejo solterón, ahora. Las reuniones de los lunes, por ejemplo: ese grupo heterogéneo de varones que se reúne a cenar una vez por semana en el Zeppelin. Unos se conocen por razones de trabajo, otros son amigos de los socios fundadores y se vieron por primera vez allí. Yo no pertenezco al elenco estable, es demasiado caro ir todas las semanas y me fatiga la necesidad de sostener los viejos juegos adolescentes, las bromas sexuales físicas, verbales, constantes, las jactancias, las soterradas luchas por el poder, esa necesidad de establecer jerarquías que suele darse entre los hombres.

A pesar del extraño episodio de Margot, ese estilo de enfrentamiento estaba ausente en la relación que empezaba a entablar con Romaris. Creo que se parece, en todo caso, a la amistad de un hombre con una mujer a la que no desea, aunque quizás sea deseado por ella.

Diecisiete

No quería volver a la Casa. No tengo que darte muchas explicaciones: soy cobarde. Si no lo fuera nunca habría aceptado compartirme.

Los hombres con miedo somos como los bebés que se tapan la cara para esconderse: lo que no podemos ver no existe, no sucede, no amenaza. No quería volver a ver el sufrimiento de mi padre. Tampoco podía hacer otra cosa. Entré por una puerta del costado. Saludé al guardia en nombre de Cora. Es la entrada que ella usa los días de semana, cuando están prohibidas las visitas. Por allí se pasa directamente a la zona de Terapia Intermedia sin tener que cruzar toda la Casa.

Adentro estaba fresco, como siempre. Sobreponiéndose a toda otra sensación, el aire acondicionado me hizo suspirar de puro placer físico.

La enfermera que le estaba cambiando el suero a papá no se sobresaltó, como si la presencia de familiares fuera un hecho desacostumbrado pero no imprevisible.

–Qué fuerte, su papá. Tuvimos que atarlo para que no se arranque todo –me dijo–. Ya que está aquí ayúdeme a cambiarle la aguja, esta vena no da más.

Una pierna de papá temblaba convulsivamente debajo de las sábanas. El vientre abultado por la hinchazón subía y bajaba desacompasadamente al ritmo de su respiración angustiada.

–No la dejes –me dijo mirándome a los ojos–. Por favor que no me vuelva a clavar esa aguja. Por favor.

–¿Hace falta? –pregunté–. ¿Es imprescindible? –El paciente no se está alimentando, así no se va a recuperar. El suero lo mantiene hidratado.

Lo agarré fuerte de la mano atada mientras la enfermera buscaba la vena. Papá lanzó un alarido horrible. La enfermera instaló la aguja en el primer intento, la aseguró con tela adhesiva, controló el goteo. Para mí, todo había pasado muy rápido, pero mi padre seguía gritando.

–Ya está, ya terminé, señor Kollody. Por el volumen de su voz era evidente que la enfermera lo conocía, o quizás estaba acostumbrada a que todos los viejos fueran más o menos sordos.

Pero mi padre gritaba todavía, aullaba sin palabras y yo le apretaba la mano, se la apretaba cada vez con más fuerza, hasta que su boca reseca por el miedo y el dolor, con la dicción confusa por la ausencia de la dentadura postiza, consiguió controlar el grito lo suficiente para hacerse entender.

–¡La mano! –se quejaba horriblemente mi padre–. ¡Me estás destrozando la mano! Lo solté aterrado.

En ese momento se abrió la puerta de golpe y entró, como un viento repentino y helado, la gerenta de la Casa. Había llegado corriendo por el pasillo y jadeaba sin dejar de sonreír.

–Señor Kollody, ya le dije que no grite, está molestando a la gente que vive al lado, ¿no ve que tiene la cama pegada a la medianera? –le dijo a mi padre en tono severo–. Qué hace usted acá –siguió, dirigiéndose a mí–. Si su padre sigue portándose así vamos a tener que mudarlo a otro cuarto, no queremos quejas de los vecinos.

No podía creer lo que estaba escuchando. Empecé a odiar a esa mujer con una rabia que desconocía en mí.

–Necesita calmantes –le dije, tratando de controlarme.

–Le estamos dando dosis importantes de Klosidol. Otros que están peor se arreglan con menos.

–Pero él necesita algo más fuerte, cada paciente es distinto, yo no entiendo mucho. ¿Morfina?

–Usted tiene buenas intenciones –me dijo la mujer–. Pero no sabe nada. Usted me está pidiendo que le acorte la vida a su padre.

–Yo quiero salvarlo –dije, desconcertado–. El dolor también mata, puede hacer un paro cardíaco.

–Venga a hablar a mi oficina –dijo ella.

La seguí con una sensación de felicidad repugnante, porque la excusa de salvar a mi padre del dolor me permitía irme sin culpa de esa habitación donde los quejidos absorbían todo el oxígeno necesario para respirar.

–No te vayas. Sácame de aquí –volvió a suspirar dolorosamente.

Me fui detrás de la gerenta que caminaba con pequeños pasos gentiles, siempre sonriendo, mientras daba indicaciones muy precisas, a las mucamas o enfermeras que encontraba por el camino. Una camisa endurecida, cerrada hasta arriba, le cubría los pechos pesados, pero la pollera era curiosamente corta y apretada: el ruedo se incrustaba casi en los muslos gordos, blandos, poceados y cubiertos de un vello rubio muy largo y espeso.

Entramos a la oficina y cerró la puerta. Su despacho era como ella, todo plástico y brillos metálicos, correcto y desagradable.

–Su papá se porta como un chico malcriado –me dijo–. No tenga miedo que no se va a morir. Usted, como mucha gente, piensa que el dolor mata y se equivoca.

–Gente mucho más joven se muere en la tortura –le discutí, desconcertado.

–Usted lo ha dicho, gente más joven. Los viejos son diferentes, hay que aprender a conocerlos. Se le van de las manos por un resfrío mal curado y en cambio aguantan cosas increíbles. Lo que mata es el shock doloroso, causado por un estímulo repentino y agudo. En el caso de su padre ese peligro está controlado. El dolor sordo, constante, que siente ahora, no hace daño. –Exijo que le den calmantes más fuertes. –Usted, aquí, no exige nada. Calmantes más fuertes son los opiáceos. No se inventó nada mejor. Algún derivado de la morfina: lo que usted propuso no es absurdo. Pero claro, están los efectos secundarios.

–¿Qué le preocupa? ¿Que un viejo agonizante se vuelva adicto?

–Me preocupan los costos. La adicción es cara de sostener a cualquier edad, pero eso no es nada: le estoy hablando de la muerte.

–¿Me quiere asustar hablando de la muerte de mi padre? ¿Un hombre de esa edad?

–¿Por qué relaciona la edad con la muerte? Mire las estadísticas. Hoy, en el mundo, un bebé recién nacido tiene más probabilidades de morir que un viejo.

–No importa si hay que pagar aparte. Si no tiene la morfina, yo se la consigo, la traigo, se la inyecto, todo bajo mi responsabilidad.

–Aquí la responsable soy yo, usted no me puede librar de eso. No sé cuánto le importa la vida de su padre. A mí me importa, porque me juego mi trabajo.

Me miró desde atrás de sus anteojitos imitación carey y volvió a sonreír, como arrepentida de haber ido tan lejos, como si haber mencionado el peor de los castigos posibles en este mundo –que no es la muerte, sino perder el trabajo– pudiera ser peligroso, traer mala suerte, atraer mágicamente a lo que se ha nombrado. Intentó otra vez, con una nueva estrategia.

–Mi opinión personal es que la vida de su padre le importa mucho. No es común ver hijos como usted y su hermana.

–¿Entonces no le van a dar nada más fuerte?

–Los hijos desaparecen rápido. Enseguida empiezan a faltar los domingos.

–¿No le van a dar morfina?

–Yo no tengo esa autoridad, no soy médica, no puedo recetar, yo no dispongo lo que se les da a los enfermos. No se preocupe, entiéndanos: queremos que su padre mejore y que viva con nosotros muchos años tranquilo y feliz.

—¿Con qué médico tengo que hablar? —A nosotros no nos conviene que los viejos se mueran. A veces a los hijos sí. Ésta no es una opinión, es un hecho, no lo tome como algo personal. Y no dejaba de sonreír.

El odio crecía dentro del cuerpo hasta desbordar por los ojos, por la boca. No recuerdo haber odiado así. De una manera extraña, el odio se concentraba en mi sexo convirtiéndose en deseo, hubiera querido desgarrar su cubierta de plástico, estrujarle las tetas hasta lastimárselas, violarla con dolor. Nunca había sentido estas ganas de abrirme paso en el cuerpo de una mujer tan intensamente indeseable.

—¡Al suelo! —gritó una voz aguda y ronca—:

¡Los dos, ahora!

No era la primera vez que oíamos esa orden. La gerenta y yo nos tiramos al suelo sin vacilar. Noté que ella se las arreglaba para caer sobre un timbre mal disimulado en el parquet. Los atacantes eran tres, no se distinguían las caras cubiertas con pasamontañas —pensé absurdamente que debían tener mucho calor en la calle— y estaban vestidos con varias capas de ropa superpuestas en forma tan caótica que hacía pensar en locos, en vándalos, más que en profesionales del robo. La que daba las órdenes parecía una mujer, aunque era difícil asegurarlo.

En el momento de caer, la gerenta se quitó un anillo y lo hizo rodar hacia un rincón. Yo hubiera jurado un rato antes que la piedra no era más que un pedazo de vidrio. Todo el odio que había sentido contra ella estaba empezando a transformarse en admiración y solidaridad. Las tripas se me aflojaban y el terror subió, agrio, hasta la boca, dejándome un rastro de fuego en la faringe. Escuchaba los sonidos y las voces sin atreverme a levantar los ojos del suelo.

—Las llaves de la farmacia. Ya.

Sabían que en una Casa no había dinero. Querían acceso a las drogas.

—En el cajón del escritorio. A la derecha. Debajo de un montón de sobres —dijo con voz calma y precisa la gerenta.

Me sentí curiosamente protegido por su firmeza. Uno de los atacantes abrió el cajón.

Con la cara contra el piso, no supe en qué momento habían llegado los guardias. Fue increíblemente rápido. Como en la ráfaga de un sueño vi los cuerpos conmovirse con los impactos. Los estampidos retumbaron en mis oídos. Oí un hedor extraño: sangre y azufre. Tirado en el suelo, inmóvil, temblando, no lograba darme cuenta de si uno de los tiros me había dado o no. Los asaltantes habían supuesto que los únicos guardias eran los de la entrada. Y habían supuesto mal.

Escuché al resto del personal de seguridad bajando las escaleras a la carrera. No sé cuánto tiempo había pasado cuando sentí que el pie de la gerenta, calzado con un zapato de tacón alto y grueso, me empujaba un hombro tratando de darme vuelta. Tenía olor a tierra fresca. Sólo entonces logré ponerme de rodillas. Cada vez que movía la cabeza una nube oscura me ennegrecía la visión. Por el momento las piernas no me sostenían. Nadie me preguntó si estaba bien.

La gerenta buscaba algo en el cajón. Sacó una pistola chica en relación con el diámetro del caño. Se acercó a cada uno de los tres cuerpos tirados en el suelo. Yo escuchaba gemidos, pero no podía darme cuenta de dónde provenían, quién estaba vivo y quién estaba muerto, yo mismo estaba emitiendo sonidos descontrolados. Sin pararse a mirar si se movían o no los remató con un tiro impecable en la nuca.

—Con éstos la policía no hace nada. Cuando van a la cárcel, entran y salen —comentó—. Sáquenlos afuera y que vengan las chicas a limpiar.

De pronto me clavó la vista, como si estuviera haciendo un esfuerzo para recordar qué estaba haciendo yo allí.

—¿Usted quería decirme algo más?

En ese momento yo me arrastraba hacia uno de los cuerpos, sin ningún sentido, sin ninguna intención consciente, como un acto reflejo.

–¿Buscaban psicofármacos? – preguntó uno de los guardias.

–No, éstos tienen la enfermedad. Querían remedios de los caros, ya les dije mil veces que es un peligro tenerlos aquí.

De pronto me descubrió, avanzando en cuatro patas hacia uno de los cadáveres.

–¿Adonde va? No se les acerque. Y no les vaya a levantar la capucha que es un asco.

Me fui de allí, todavía no sé cómo. De algún modo mantenían el interior de la Casa libre de cámaras, pero ya había unos cuantos equipos de video en la vereda, aficionados y profesionales, grabando la escena en que el personal de la Casa sacaba los cuerpos sanguinolentos a la calle y entraba otra vez para llamar a la policía. Los guardias sobreactuaban para las cámaras una especie de recia indiferencia.

El taxi me estaba esperando fielmente en la puerta. Había visto entrar a los atacantes pero los taxistas confían mucho en su blindaje y en el servicio que prestan a todos por igual. Cualquiera que saliera vivo de la Casa podía necesitar un vehículo confiable. Abrí la puerta de atrás. Como el auto tenía tapizado nuevo, tuve la deferencia de vomitar en la vereda antes de subir.

Miré lo que había vomitado y vomité otra vez.

Dieciocho

Discutí con mi hermana. Le había pedido ayuda para sacar a papá de la Casa. Nunca pensé que iba a aceptar enseguida, pero tampoco estaba preparado para tanta resistencia.

–Papá está gordo –me dijo Cora–. ¡Es un hombre pesado! No camina.

Era obvio que no íbamos a poder hacerlo solos. Eso ya lo tenía previsto. No bastaba con sobornar a los guardias –suponiendo que fuera posible– o tener a favor a algunas enfermeras. Se necesitaba ayuda desde adentro y desde afuera. Un equipo de gente. Y un vehículo grande en la puerta, una ambulancia o un camión. ¿Adonde llevarlo después? Quizás fuera el momento de reconciliarme con Margot: si es verdad que me importa tan poco, no tengo motivos para mantenerme alejado. Sin necesidad de volver a esforzarme sobre su cuerpo, podríamos ser buenos amigos. A Margot le encantaría ayudarme, sería capaz de inventarle a la situación un aura de romance y aventura para compensar mi sentimiento de sórdida tristeza.

Mi hermana, en cambio, insistía en devolverme a una realidad que me interesaba poco.

–Sacarlo es fácil, una pavada –decía Cora.

Ni siquiera eso era cierto: ella no había visto la decisión con que la gerenta empuñaba la pistola.

–Ya pensé mil maneras de trasladarlo. Pero después, ¿qué haces con él? –seguía mi hermana–, ¿Cómo vas a darle la atención que necesita? Ni para darlo vuelta en la cama me las arreglo sola.

Tenía razón. El suero, las curaciones. Yo tenía algunas soluciones pero no todas. Su médico secreto había aceptado hacerse cargo, a regañadientes y con miedo. Pero no confiaba en él, podía abandonarnos en cualquier momento, incluso denunciarnos. De golpe entendí que yo había esperado y aun deseado la resistencia de Cora. Necesitaba una excusa para no poner en práctica un plan que no existía, para culpar a otros de mi cobardía de siempre, de mi incapacidad para la acción.

En el edificio suelo encontrarme con Romaris. A los dos nos alivia conversar. Él necesita acostumbrarse a su nueva soledad y yo no puedo hablarle a cualquiera de la situación en que está mi padre, una circunstancia que tantos aceptan con indiferencia o con agrado. En un rasgo de amistad que no esperaba (¿se estará enamorando de mí?, ¿por qué no puedo confiar en su amistad?, ¿acaso me considero tan atractivo, tan deseable para cualquier hombre?) Alberto me ofreció su departamento para lo que fuera. No se lo agradecí. Su oferta de ayuda me obligaba a admitir que mis planes preferían seguir siendo imaginarios.

Tengo más clientes para la famosa fiesta, de la que ya se habla incluso fuera del ambiente de cine: la prensa, adecuadamente alimentada, está echando a rodar fantásticos rumores. Goransky me recomendó a sus amigos no sólo como maquillador sino como persona de confianza. Uno de ellos, pidiéndome extrema discreción, me llamó para trabajar con su padre. Era un hombre demasiado viejo para intentar disimularlo con maquillaje. En esos casos, lo mejor es acentuar los estragos del tiempo hasta extremos ridículos de modo que se haga imposible detectar hasta dónde llega la realidad de su vejez y dónde empieza el artificio.

En este caso, tenía una buena excusa. Los esquimales creían en la existencia de Tornraks, temibles espíritus que sólo los grandes chamanes estaban en condiciones de controlar. Estos Tornraks podían tomar desde las formas más naturales –un témpano, una foca– hasta las más horribles. El viejo había investigado el tema por lo menos tanto como yo y quería, con muy buen tino, que mi maquillaje lo convirtiera en una momia esquimal, un cadáver conservado en el hielo, animado por un espíritu maligno. Me pareció sensato y posible. En un par de horas llegué a un anticipo adecuado de lo que sería

el maquillaje completo. Debajo de tanto horror impostado era imposible detectar cuan viejo era en realidad. El hombre parecía muy satisfecho.

Mientras trabajaba, llevé la conversación al único tema que me estalla en la cabeza en estos días. El viejo me explicó todos los recaudos que había tomado para evitar su internación en una Casa. Confiaba en sus abogados más que en sus hijos, pero era lo bastante inteligente para saber que sin la buena disposición de sus herederos todo podía fallar.

Quiero y extraño a mis hijos, me gustaría tenerlos cerca, pero a veces me alivia la idea de saber que no recaerá sobre ellos la responsabilidad de mi viejo cuerpo deteriorado.

–Los padres son los padres y los hijos son los hijos –me dijo el viejo.

Y aunque desde un punto de vista semántico la frase no tenía sentido, era la más breve y más neta manera de explicar que los padres quieren más a los hijos que los hijos a los padres, por la simple razón de que han sido los responsables de su existencia y después, durante mucho tiempo, de su supervivencia.

–¿Y si todo falla? –le pregunté.

–Según. Es posible que me adapte a la vida en una Casa. A los viejos nos gusta vivir: mucho más que a los adolescentes. Pero estoy preparado para cambiar de idea.

Me mostró, en el hueco de una muela, la cápsula de cianuro. Ya sabemos que no cualquiera es capaz de usarla y nadie sabe, hasta el instante final, si se atreverá a morderla. Pero sentirla allí, poder tocarla con la lengua, debía ser para él un gran consuelo.

Cuando terminamos, me ofreció una buena suma extra para que estuviera presente en la Fiesta cuidando de su disfraz. Le dije que sin duda estaría allí porque tenía varios clientes. La gente se siente más segura cuando me ve en alguna parte del salón, con todos mis elementos de trabajo. Las fiestas duran muchas horas. La transpiración, la comida, el movimiento hacen su efecto. Esa tarea de mantenimiento es la única parte de mi trabajo que odio –no me gustan las fiestas– y la que mejor me pagan. No lo hago sólo por dinero. Como cualquier artista, quiero que mi obra luzca perfecta delante de su público.

En casa había una llamada de Margot. Tenía un tono gracioso, casi de broma; era su forma de decirme que estaba arrepentida y logró conmoverme. Margot no tiene sentido del humor pero me conoce. Una frase sentimental, un tono de voz al borde del llanto sólo hubieran conseguido fastidiarme. En cambio fui consciente del esfuerzo que debe haber sido para ella pasar por encima de su natural tendencia a la tragedia para dejarme grabada una broma simpática. Voy a devolverle la llamada.

No sé por qué, pero nunca esperé tu voz en el contestador. Tampoco sé qué haría si la tuviera. Guardarla, supongo, para volver a escucharte cuando se me diera la gana. Nunca, en tantos años, me dejaste un mensaje: nunca me diste esa muestra de confianza. Tomabas todas las precauciones. ¿Qué habrá sido de mi amigo desconocido, ese marido tuyo al que cuidabas tanto? La última vez que nos vimos parecías preocupada por él con un grado de responsabilidad que me hizo pensar en los hijos que no tuviste. Me contaste que su reacción a la separación fue tan dolorosa como temías. Tomaba mucho. Aunque tendría que haber pensado en el hombre al que amabas y no en mi secreto compañero de penas, otra vez envidié a tu marido y sentí el golpe de los celos en mitad del pecho, esa súbita contracción de las coronarias que deja sin fuerzas y sin aliento en un primer momento y se vuelve de a poco expansión que alimenta el odio con un desmesurado crecer de la sangre convertida en torrente y después cascada, catarata rugiendo en las arterias del cerebro con una locura parecida al ulular del viento, un sonido real, perfectamente perceptible. Parecías preocupada por él y no por mí y tenías razón, como tantas veces: ya ves que estoy bien, ya ves que sigo viviendo, me las arreglo, puedo pensar en otra cosa.

Otra cosa. Las palabras desesperadas de papá. Sácame de aquí. La voz de mi padre confundíendose con mi propia voz de chico. Pero yo, entonces, no estaba adentro sino afuera. Porque cuando mi madre lo consideraba necesario para perfeccionar mi educación, me dejaba afuera de casa y cerraba la puerta. Yo tenía cuatro, cinco, seis años y me quedaba hecho un ovillo en el umbral. Lloraba, golpeaba, rogaba: sácame de aquí, decía, en vez de decir déjame entrar. Sácame de aquí, sácame de afuera, sácame de la

soledad, del frío, del desamparo, del terror. Sácame de aquí. A partir de cierta edad el castigo dejó de ser eficaz porque yo había adquirido suficiente experiencia como para saber que tarde o temprano papá me abriría la puerta y además aprendí a pedirles ayuda a los vecinos. A Cora, en cambio –quizás pensando que una mujercita siempre corre más peligros en la calle–, mamá la encerraba en el balcón.

¿Mamá? Sólo en la adolescencia empezamos a darnos cuenta de que papá imponía los castigos y mamá los administraba. Papá aparecía siempre salvándonos de una situación que él mismo había ideado. Verse obligada a castigarnos era el castigo que recibía mamá. La influencia de mi padre sobre ella era enorme. Mamá creía que si no obedecía sus órdenes en cuanto a nuestra educación, ella sería la responsable de los hechos terribles que destruirían nuestras vidas. Iríamos a la cárcel, sufriríamos accidentes o mutilaciones, quedaríamos para siempre inválidos, moriríamos si ella no aprendía a controlarnos, a limitarnos, a dominarnos con un sistema de penalidades que él inventaba para nosotros. De chico, yo les tenía terror a los perros y Cora a los insectos. Papá usaba su conocimiento de nuestros miedos para inventar castigos. Se trataba de fortalecer nuestro carácter. Después, mamá tenía que aplicarlos. Y él nos rescataba.

Mamá hablaba poco, se reía poco, nos besaba poco. Mi padre la había persuadido de que era demasiado tonta para decidir nada por sí misma. Durante mucho tiempo nos tuvo convencidos también a nosotros de que era así. Como un herrero que da forma a su obra, martilleaba constantemente sobre la estupidez de mamá, haciéndole notar su ignorancia, sus errores, su timidez, poniéndola en evidencia delante de los demás y también en privado. Papá tenía muchísimos amigos: era un hombre jovial, amistoso, divertido, bromista. Pero muy pocos venían a casa, muy pocos eran amigos de los dos. Cora y yo y mamá misma creíamos en lo que nos decía papá: que sus amistades no tenían interés en frecuentar a una mujer de carácter hosco, siempre malhumorada y silenciosa. Después entendimos hasta qué punto era incómodo para cualquiera soportar la forma en que papá interrumpía cualquier intento de mi madre de intervenir en la conversación para exhibir en público sus errores.

Cuando fui mayor, tuve la sensación de que la única forma que mamá había encontrado, en su enorme debilidad, de enfrentar a mi padre, era convertirse en una especie de peso muerto, un lastre que él debía arrastrar en la vida. Su falta de vitalidad, su amargura, su indiferencia, contrarrestaban constantemente los desbordes de su marido. Si él arrancaba de un tirón el mantel volcando la mesa servida, la comida pero también los vasos, los platos, las botellas, ella se limitaba a levantar todo sin reacciones, sin comentarios, como un robot cuyo mecanismo se pone en marcha automáticamente cada vez que se producen ciertos actos.

Muchas veces me hiciste notar que nunca hablaba de mi madre. Alentado por tu interés, trataba de darle forma a un retrato que se escurría entre los intersticios de mi pensamiento. Si mi madre estuviera muerta podría encontrarme con mi hermana y tratar de reconstruirla entre los dos. Pero está viva, fue transformándose de a poco y hoy nos cuesta mucho desbrozar su verdadera personalidad de tanta confusión y delirio que nos borrea el recuerdo.

Diecinueve

Pocas veces en mi vida había visto a mi madre en el peculiar estado de excitación en que la encontré hoy. Parecía extrañamente feliz. Tenía las mejillas arrebatadas y una mirada confusa pero ardiente. Desde que estaba en la Casa, su conducta parecía dominada por el tipo de medicación que experimentaban en ella. Por momentos la veíamos, como en mi visita anterior, totalmente desprovista de emociones, indiferente a nuestra presencia, convertida en un pedazo de carne al que todo le daba lo mismo, como si se hubieran acentuado ciertas características de su personalidad habitual. En cambio, cuando le devolvían las emociones, como ahora, surgían violentas, masivas, descontroladas.

Mamá nos tomó de la mano a Cora y a mí. Dijo que quería contarnos un secreto y nos llevó a la habitación que compartía con otra mujer casi tan perdida como ella. Nos hizo sentar en su cama y nos contó, interrumpiéndose a cada momento con risitas atrevidas, que estaba enamorada. Que se había puesto de novia con el muchacho que arreglaba los aparatos de aire acondicionado. Que él era joven pero eso no importaba. Que planeaban tener muchos hijos. Que su único problema en la Casa era una enfermera lesbiana, que la acosaba sexualmente. Me miró sacando la punta de la lengua con picardía: asomando el extremo reseco y blanquecino de su lengua entre los labios sumidos, cuarteados y deformados por las arrugas verticales de fumadora. Obligó a Cora a inclinarse para hablarle en secreto.

De chica, en vacaciones, Cora tuvo un accidente con la bici y se raspó feo la frente y las mejillas. Ahora, mientras mamá le hablaba al oído, en la cara de Cora, como siempre que algo la ruborizaba, empezaron a teñirse de rojo las antiguas cicatrices. Tironeé de ella para salvarla.

–Vamos. Tenemos que ver a papá, y Mamá hizo pucheros.

–Mi papá está enfermo –nos dijo lloriqueando–. Tengo miedo, se va a morir.

Por los pasillos de la Casa, tan parecidos a una nave, caminamos hacia la zona de Terapia Intermedia. Por momentos tenía la sensación de que el piso se movía y me tomaba de la barandilla. Mamá nos seguía. Era difícil librarse de ella. No parecía desdichada. Cada vez que nos cruzábamos con un enfermero, con uno de los viejos, con alguien del personal de limpieza, mamá festejaba el encuentro con guiños y mohines. Todos parecían acostumbrados y algunos le contestaban tirándole un besito, o haciéndole una reverencia. Cora y yo ni siquiera necesitábamos mirarnos para saber que pensábamos lo mismo: mi madre tenía quizás la posibilidad de ser más feliz aquí, en la Casa, de lo que había sido el resto de su vida.

En la habitación de mi padre las camas estaban ocupadas por dos viejas esqueléticas, conectadas a diversos aparatos y, aparentemente, en estado vegetativo. Papá no estaba. Pero se escuchaban sus quejidos.

Orientándome por el sonido, entré en la habitación de enfrente; la puerta cerrada amortiguaba el sonido de los gemidos suaves y rítmicos. Aislado en su sordera y en el dolor, sin sus lentes, papá no podía vernos si no nos acercábamos a él. La gerenta estaba allí discutiendo con un médico y dos enfermeras. En cuanto me vio, se dirigió a mí con una sonrisa que contrastaba con sus palabras acusadoras.

–Su padre tiene un carácter imposible –me dijo–. No hay ningún motivo para que sienta dolor. ¿Hay motivo, doctor?

–No hay –dijo el médico, pero no se atrevía a mirarme a los ojos.

–Otra vez se quejaron los vecinos y hubo que cambiarlo de habitación.

–¿Por qué no lo sedan para que no moleste? –pregunté, esperanzado.

—Ah, sí, ya me olvidaba. Usted es el de las soluciones fáciles. Una buena dosis de morfina para librarse rápido del problema.

Cora elogió la nueva habitación, que para mí era exactamente igual a la anterior. Ante la gerenta mi hermana tomaba una actitud humilde, comprensiva, tratando de coincidir con las opiniones de la mujer, buscando argumentos para darle la razón.

—Mi papá se puso muy viejo de repente —dijo mamá entonces, acercándose a la cama—. Papito, papito querido, te extraño mucho — y empezó a acariciarle la frente con movimientos maquinales, con un compromiso sin afecto.

—Hay que hacerle una canalización a la altura del hombro para pasarle el suero, así no vamos a tener que cambiárselo de vena a cada rato. Es para que sufra menos —dijo el médico.

—¿Por qué no lo duermen?

—Porque la anestesia le va a hacer mal. Tiene efectos secundarios. Si su padre no fuera tan caprichoso, si tomara líquido, no tendríamos que hidratarlo con suero —dijo la gerenta.

—Papá siempre fue caprichoso, vos sabes eso, siempre hizo lo que se le dio la gana, la señora tiene razón. ¡Ni que lo hubiera conocido de toda la vida! —dijo Cora.

—A ver si ustedes lo convencen de que coma, así no hay que ponerle la sonda nasogástrica—dijo el médico, y por un momento me pareció ver un brillo de piedad atravesándole la cara.

—Déjenme solo con él —pedí.

—Vamos a hacer la canalización. Después se lo dejamos.

Papá estaba increíblemente fuerte todavía y el médico lo sabía porque pidió ayuda. Dos enfermeros y la gerenta se inclinaron sobre él para inmovilizarlo. Atarlo a la cama no bastaba. Quisieron hacernos salir.

—Déjenme que le explique lo que le van a hacer —rogué—. Nada más que eso.

—Nosotros se lo vamos a explicar, no se preocupe —dijo el médico—. Señor Kollody, le estamos buscando una buena vena en el hombro, ¿sabe?

Pero sin el audífono mi padre no lo oía y no tenía la menor idea de lo que le estaba pasando. Las cuatro personas que se esforzaban sobre él apenas lograban retenerlo en la cama.

—¡Tiene que gritarle en el oído! ¿No ve que así no entiende nada!

—Saquen a ese hombre de acá —dijo el médico.

Y sus tres ayudantes dejaron por un momento a mi padre para dirigirse a mí. Demostré mi buena voluntad saliendo de la habitación sin que tuvieran que emplear la fuerza. Papá me había reconocido y me seguía con sus ojos velados, enceguecidos, mientras volvía a aullar.

Cora se había alejado hacia la habitación de mamá. Yo me quedé en el pasillo sintiendo el clamor de mis tripas que se rebelaban como si cada grito de mi padre fuera un pinchazo en el intestino.

—¡Asesinos! ¡Mi hijo! —gritaba papá—. ¡Eni! ¡Sálvame! ¡Socorro! ¡Policía! ¡Asesinos! ¡Dejen entrar a mi hijo!

Después seguí escuchando aullidos inarticulados, ya sin palabras, que se alejaban de mis tripas hacia arriba y me destrozaban el pecho a la altura del esternón. ¿Qué sentiría el médico que estaba trabajando sobre su cuerpo? El sexo y la tortura, provocar placer y provocar dolor, no es posible estar más cerca del cuerpo de otro.

Cuando todos salieron volví a entrar en la habitación.

Quería acariciarlo, pero no sabía dónde. Su carne desnuda asomaba aquí y allá entre los tubos y los aparatos.

—Te voy a sacar de aquí, papito —le dije en el oído—. Te voy a salvar.

–Quiero morir en paz, Eni –me dijo papá–. No me voy a salvar, no quiero vivir, no quiero nada. Solamente quiero morir en paz. Prométeme por tus hijos que me vas a sacar de aquí para morirme en paz.

Se lo prometí.

Veinte

En otras épocas, en las provincias del norte, los moribundos contaban con el Quitapenas. Con un hábil movimiento de torsión que comprometía las vértebras cervicales, el Quitapenas acertaba la agonía de los pacientes desahuciados.

¿Acaso no matan a los caballos? Nuestros médicos oscilan entre la piedad y el temor a los juicios por mala praxis. De ahí que exista tanta legislación reciente acerca de la muerte. Pero esas leyes no entran a las Casas, donde cada día de vida resulta en un beneficio económico concreto para la institución.

Ahora que las conozco por dentro, entiendo mejor al personal de las Casas. No están sometidos por la necesidad de ganarse su sueldo, ni han recibido ningún entrenamiento especial. Entrenarlos no bastaría: por encallecidos que estén, no serían capaces de resistir a los ruegos de los moribundos si no fueran personas ideológicamente afines al proyecto, seleccionadas por sus principios morales. Gente que por razones religiosas o por opiniones personales está en contra de toda piedad: porque tiene la tranquila seguridad interior de que la vida está por encima de cualquier otro valor; o porque cree que los sufrimientos en este mundo se contabilizan a favor en el otro. También hay hijos de puta, pero son los menos.

Anotando las ideas con lápiz y papel, hice un recuento de los métodos posibles para matar a mi padre. Empecé por los más obvios: ahogarlo con la almohada, contratar a un asesino profesional. Había tenido una larga conversación con su médico secreto acerca de las formas más eficaces, rápidas y suaves para librarlo del dolor. Papá está tragando con dificultad, eso descarta las drogas por boca. En cambio sería muy sencillo inyectar lo que se me diera la gana en el tubo de plástico que le lleva el suero y la medicación a la sangre. Sin embargo en la habitación hay guardia de enfermeras en forma permanente y sobornarlas es impensable. Ninguna de ellas arriesgaría su trabajo y quizás su libertad para ayudarlo a bien morir, y no sólo por miedo sino por convicción.

Dejé mi lista de muertes y empecé otra: todas las razones prácticas por las que me resultaba imposible matarlo o ayudarlo a morir dentro de la Casa, y cuando tuve la lista completa supe que esas razones eran falsas.

Papá no me había pedido que lo matara: sácame de aquí, me dijo, me quiero morir en paz. Y eso era lo que yo deseaba, más que cualquier otra cosa en este mundo: sacarlo de allí y que él lo supiera. Que viviera lo suficiente como para entender lo que estaba haciendo por él. Que estuviera a mi merced, admirado y agradecido. Que por una vez en nuestra historia, mi padre me expresara con palabras o al menos con la mirada, con un gesto o a través de su mismo silencio, aunque sea muriendo calladamente en mis brazos, que me dijera con su propia voz o que me hiciera sentir de algún modo lo que nunca había escuchado de él: que estaba orgulloso de mí.

Llamé a Margot y tomamos un café. La encontré tranquila, de buen humor, dispuesta a escucharme y, como siempre, feliz de compartir mis desdichas. Me hizo bien volver a verla. Cualquier clase de afecto me conforta en estos días. Voy a pedirle ayuda.

En cambio esta vez decidí no hablar con mi hermana. Nunca podría convencerla de que debemos sacar a papá de la Casa, pero estoy seguro de contar con ella una vez que lo tenga conmigo.

Romaris me sorprendió con una oferta de ayuda inesperada: su amiga Sandy Bell, el travestí que conduce uno de los programas más cargados de publicidad de la tele —es decir, uno de los más vistos—, podría darnos una mano en una emergencia. No todos están de acuerdo con el sistema de las Casas, hay organizaciones públicas y secretas que se les oponen. Sandy Bell no pertenece a ninguna, pero tiene suficiente fama y dinero como para actuar por sí misma en algunos casos.

Dejé de lado toda fantasía de intervenir personalmente. No soy capaz de aventuras violentas. Esos ocho mil dólares que me prestó mi padre –¿o eran diez mil?– y que acepté en su momento con repugnancia, servirán ahora para pagar a la gente que lo va a rescatar de sus supuestos salvadores.

Hoy estuve en un barrio tomado. Nosotros, los que vivimos en esa tierra de nadie en que se ha convertido buena parte de la ciudad, conocemos los barrios cerrados, donde viven nuestros amigos ricos, o nuestros clientes o nuestros patrones. Disfrutamos, aunque sea como invitados, la relativa seguridad de esas calles plácidas, arboladas. Pero de los barrios tomados yo no conocía mucho más de lo que sale en los diarios. Se sabe que existen, se hacen comentarios al respecto, se leen noticias de crímenes o de intervenciones policiales y se evitan con cuidado las calles que los atraviesan. Ya figuran en los mapas, señalados como si fueran parques o plazas a los que hay que rodear.

Me llevó Azcárate, el experto en tinturas de Charles Holstein. Hubo una época en que te hablaba mucho de él. Fue cuando trabajábamos juntos en una campaña institucional de su empresa: yo hacía el maquillaje y él era responsable del cabello de las modelos. El pobre Azcárate casi destruye a dos hermosas muchachas tratando de obtener cierto color difícil, un capricho del dueño de Charles Holstein que sus propias tinturas no lograban. Una de las modelos quedó parcialmente calva. En la otra, después de varios intentos, se logró el color deseado manteniendo el brillo y el volumen del pelo, pero la chica quedó con la cara tan hinchada y deformada por los productos químicos que todo mi talento como maquillador no alcanzaba a disimularlo. En medio de ese estúpido caos llegamos a hacernos muy amigos.

En Zum Zeppelin, donde cada uno se jactaba de lo que podía y donde mi amistad con Romaris hubiera provocado las bromas más imbéciles, Azcárate solía jactarse de sus contactos con personajes peligrosos, hablaba de incursiones a los barrios tomados, alardeaba de ciertas compras económicas en cantidades mayoristas de sustancias más o menos prohibidas con las que a veces nos convidaba. Se me ocurrió, sin esperanzas, pedirle ayuda. Para mi sorpresa, su jactancia tenía una parte de verdad.

No todos los vehículos entran en los barrios tomados. Nos llevó un taxista amigo de Azcárate que parecía baqueano y no tenía miedo. Por la tranquilidad con que manejaba, sin correr por las calles peligrosas y sin temor a detenerse, me di cuenta de que su auto llevaba algún tipo de identificación. Yo tenía mi pistola y cerraba la mano sobre la empuñadura en el bolsillo, tratando de convencerme a mí mismo de que sería capaz de usarla.

El deterioro físico del barrio por momentos daba pena pero casi siempre daba miedo. Las villas miseria, mientras no se las destruya o se las mude por la fuerza, tienen una evolución positiva, que las va convirtiendo poco a poco en barrios humildes: las casillas de cartón pasan a casillas de chapa, que a su vez, lentamente, pared por pared, van siendo reemplazadas por ladrillo. Con el tiempo se convierten en casitas pobres, mal pintadas pero siempre mejorando. En un barrio tomado sucede lo contrario. Casas y edificios de clase media, construidos con inateriales de buena calidad, van sufriendo un proceso de degradación que la sola miseria no puede explicar. Sólo aquí, en su propio lugar, los vándalos tienen la posibilidad de expresarse en forma perfecta y absoluta sin temor a ningún tipo de represión. Idiotizados por la droga o por el odio, o por el aburrimiento y la frustración que provoca la falta de trabajo o vaya uno a saber por qué, jóvenes y viejos destruyen su propio entorno, se destruyen sistemáticamente así mismos y sin embargo, en lugar de desaparecer a fuerza de canibalismo, se reproducen y crecen como una mancha sucia de bordes deshilachados, uno de los tumores que invade la ciudad como aquel bulto negruzco, que brillaba en la foto del intestino de mi padre. La degradación es en todo comparable al avance de las células neoplásicas, que transforman tejidos diferenciados, capaces de cumplir cada uno con su función –viviendas, comercios, empresas, servicios públicos o privados, plazas, calles– en un magma gris, roto y sucio, en el que cables, basura, malezas, paredes, chicos y animales se mezclan en una confusión idéntica a sí misma, indiferenciada, inútil.

Azcárate hacía comentarios sobre el paisaje que intentaban ser graciosos. No parecía tan tranquilo como el chofer. Yo, que conocí otra ciudad, sentía una tristeza grande. Sin embargo el hombre y la mujer con los que tomamos café y conversamos estaban bien vestidos. La dicción que surgía desde atrás de sus máscaras era como la de cualquier joven universitario. Para llegar a ellos habíamos cruzado un

pasillo semiderruido. Sonó una alarma y tuve que entregar mi pistola a un centinela antes de entrar a una habitación tan bien –o tan mal– provista como mi propio departamento, con el adecuado número de pantallas y olor a café verdadero. Azcárate no me había mentido: éstos no eran locos sino profesionales que trabajaban con pulcritud y alta precisión.

El dinero no fue todo. Lo que podía pagar era poco para una acción de tanto riesgo. Debí haberlo pensado. La muchacha estaba interesada en objetos de arte y sabía mucho sobre el tema, no sé si por razones de valor en el mercado –parecían estar en contacto con coleccionistas– o por gustos personales. O las dos cosas. Les ofrecí lo poco que tenía, casi recuerdos de infancia: un paisaje al óleo de Russo y un retrato de Alonso que me regalaron cuando me casé. El retrato era una hojita que parecía haber sido descartada y arrugada por el artista. Siempre pensé que alguien se había ocupado de levantarla del suelo, plancharla y enmarcarla para convertirla en un regalo. Pero tenía firma y les interesó cuando lo mencioné. También les interesó mi profesión de maquillador y me prometieron que en otra oportunidad se intercambiarían los papeles: ellos vendrían a contratarme a mí. No era el tipo de trabajo que más me interesaba pero lo disimulé.

Era cierto que Azcárate los conocía bien y también era cierto que parecían despreciarlo. Cerramos trato tan rápidamente como me fue posible. Queríamos irnos. La acción quedó supeditada a la tasación y entrega de los cuadros.

No era la primera vez que asaltaban una Casa pero hubieran preferido no tener que hacerlo nunca más. Son peligrosas. Muchas empresas ofrecen sus servicios de custodia, pero solamente los peces chicos utilizan este sistema. Las compañías grandes tienen ahora sus propios departamentos de seguridad, que organizan pequeños ejércitos privados. Esos grupos armados no sólo tienen funciones defensivas. El personal de seguridad de las Casas, además, está preparado para rastrear a los viejos que se escapan solos o con ayuda: son pocos, pero el caso está contemplado. Allí, en esa especie de cueva sorpresa, escuché mencionar otra vez el mito de los Viejos Cimarrones. Los guardias de las Casas atacan a cualquiera que proteja a los fugitivos o trate de impedir que sean devueltos al hogar. Negocios son negocios.

Veintiuno

Está durmiendo. Es posible que duerma todavía varias horas. Me lo entregaron con su audífono, sus anteojos, su dentadura y una adecuada provisión de morfina. La medicación servirá para ayudarlo a deslizarse en paz hasta el otro lado, en los próximos días. O para terminar en paz rápidamente si nos descubren. Por primera vez en mucho tiempo escucho su respiración rítmica, profunda, no entrecortada por gemidos. Un hombre que duerme. Que no sufre.

Estamos en el departamento de Margot, en el dormitorio de su hija. No me sorprendió su inmediato entusiasmo por colaborar. Como parte de su personalidad, a Margot le encanta –hasta que se harta, y entonces se vuelve peligrosa– mostrar un grado de entrega que la haga imprescindible, madre de pechos siempre listos y colmados para alimentar al sediento. Tengo la esperanza de que esto sea breve, de que termine antes de que Margot se canse de representar su papel.

Saqué de casa lo que necesitaba para pasar unos días afuera. Algo de ropa, el cepillo de dientes, la pistola. Mi buena Sigma me sirve de consuelo: es poco probable que me sirva para ninguna otra cosa. La saco del bolsillo que está empezando a romper con su peso, la miro, la acaricio y la vuelvo a guardar, preguntándome si tendré alguna vez tanto valor –o tanto miedo– como para apoyármela en el techo del paladar.

Hace un rato hice uno de mis habituales paseos por las señales de cable. Pero esta vez no era un paseo al azar. Cuando me entregaron a mi padre, me avisaron también a qué hora y en qué canal pasarían la grabación del *secuestro*. Era razonable que tuvieran buenas imágenes. Desde el asalto a la Casa en el que participé como víctima, desde que los guardias sacaron a la calle a esos tres cadáveres con un tiro en la nuca, había más equipos de video que de costumbre apostados alrededor de la Casa: la sangre atrae a las cámaras como la mierda atrae a las moscas. Más que la miel.

La gente que contraté nunca me describió su plan de acción. Por eso miré el programa con interés, tratando de reconstruir los hechos desde la imagen. El relator, con fingida ingenuidad, hablaba de un secuestro. Como no podían entrar con las cámaras adentro de la casa y el comienzo de la acción fue hábilmente disimulado, la grabación empezaba ya cerca del final. Cuatro personas con cascos, máscaras y uniformes de fumigación hacían rodar fuera de la Casa la camilla de mi padre, que parecía tan dormido como lo está ahora. Conmovía imaginar el sudor corriendo sin control en las caras atrapadas debajo de las máscaras de acrílico. Me pregunté qué habría alertado a los equipos de video. Gritos, quizás, o movimientos fuera de lo común. La imagen estaba editada: el canal había comprado las grabaciones de dos o tres cámaras.

No parecía fácil mover a un enfermo con tanta precisión: además de la camilla transportaban el monitor, el suero y otros elementos imposibles de identificar. El cuerpo de mi padre no había sido desconectado de los aparatos, se lo veía rodeado de cables y una aproximación mostró, confusamente para cualquier otro espectador, pero no para mí, los electrodos en el pecho y el tubito del suero que terminaba en el hombro. Con mucha suavidad lo subieron al acoplado hermético de un camión pintado de blanco.

Los muchachos habían entrado en la Casa fingiendo ser fumigadores. ¿Habrán asaltado al auténtico camión de la desinfectadora? ¿O camuflaron uno igual?

Pensé que podrían haber cambiado los tanques con insecticida por gas adormilante. Lamentablemente no había imágenes del interior de la Casa. Me imaginé a mi amiga, la gerenta, tirada en el suelo con sus muslos gordos, poceados y peludos más expuestos que de costumbre, durmiendo con la boca abierta mientras un hilo de baba caía de su dentadura chata hasta formar un minúsculo charquito.

Toda la operación se realizó con mucha calma, hasta que intervinieron los dos guardias que estaban a la entrada.

Una toma más cercana de la casilla de guardia mostró cómo uno de los tipos, el más grandote, se acercaba al otro y lo tomaba del brazo con violencia, como tratando de convencerlo de que saliera. El de anteojos manipulaba la ametralladora con energía pero, prudentemente, parecía decidido a no moverse de la casilla blindada.

La imagen, ahora, se movía descontrolada: un torpe aficionado había tratado de grabar el tiroteo llevando el ojo de la cámara a un lado y al otro para seguir el intercambio de disparos. Era muy difícil entender lo que pasaba, a pesar de los comentarios que intentaban suplir las deficiencias de la imagen. A la mayoría de la gente le gusta esa confusión, que coincide con cierta noción popular de autenticidad; hay camarógrafos expertos que cometen torpezas deliberadas en busca de ese efecto de verosimilitud. En segundo plano se veía a un hombre con una cámara hablando con el conductor del camión: informándole, seguramente, en qué canal y a qué hora podrían ver su propia aventura.

Todo lo que había sucedido hasta ese momento me resultaba relativamente previsible. De golpe empezó un nuevo horror. Como vástagos de vid convertidos de pronto en animales, retorcidos, suplicantes, vi brotar de la Casa a hombres y mujeres demasiado viejos, enfermos o locos para sobrevivir en el exterior.

Aislados en un sector separado del resto de la Casa, el gas o los disparos o el miedo no les habían hecho efecto. El espectáculo del personal y los otros internados tirados en el suelo –así los veía yo: dormidos o muertos o asustados– no los había afectado. Vieron solamente las puertas abiertas. Esos cuerpos repugnantes y moribundos sólo pensaron en escapar, en salir hacia la libertad. Demencia senil, arterioesclerosis, Parkinson, mal de Alzheimer. Nombres de lo desconocido, nombres de lo que no se puede nombrar. Esos cuerpos que se asomaban empujándose unos a otros, cayendo, caminando sobre otros caídos –ante la fascinación del espectáculo, el camarógrafo había asumido de golpe una alta perfección profesional–, estaban dotados de caras que no pude olvidar por mucho tiempo: la pérdida de la mirada era quizás lo peor, los ojos torcidos, brillantes por la locura, caras de viejos con muecas de bebés, caras monstruosas en el terror del delirio, brazos y piernas deformados por la artrosis intentando pasos de danza. Mi madre no estaba entre ellos.

Los viejos se abalanzaron sobre el camión a una velocidad fantástica para sus posibilidades, pero infinitamente lenta para los asaltantes. Una de las enfermeras había salido también y ya se estaba haciendo cargo de la situación, poniéndose delante de la manada para dar vuelta la dirección de la estampida con gritos y órdenes. La mujer no parecía dispuesta a dejar escapar a nadie. El camión se puso en marcha y avanzó a regular velocidad. Por el momento nadie los perseguía. Sobre el final el relator anunció la próxima aventura.

Me gustaba la idea del gas adormilante y sus posibles efectos secundarios. Si mi fantasía resultaba cierta, más de un viejito ya no despertaría, moriría dormido, para su bien, entubado con su sonda nasogástrica.

Por el momento, me había convertido en un prófugo. No volvería a ver a mi madre pero ella me seguiría viendo a mí. Feliz de aquel que puede alucinar a su prójimo: ya no depende de nadie.

En cuanto se haga de día vendrá el médico secreto. Ya pedí que le manden un taxi. El hombre no quería comprometerse, pero lo persuadió mi descripción de los síntomas terminales. Es el final. Con sólo evitarle a mi padre los horribles cuidados que le propinaban en la Casa, no sobrevivirá más de dos o tres días, mucho menos si le sacamos el suero. La muerte por deshidratación es dura, me explicó el médico. En un cuerpo joven y fuerte, se ve precedida por la gangrena de las extremidades y culmina en un cuadro de asfixia lenta. Pero a la edad y en el estado en que se encuentra mi padre todo habrá terminado en unas horas. Podemos controlar con morfina los síntomas más penosos. Podemos elevar la dosis todo lo que sea necesario, sin preocuparnos por los efectos secundarios.

Es posible que su último lapso de conciencia sea el que siga a este sueño tranquilo, que estoy velando con emoción. Entonces será la despedida.

A último momento hablé con Cora. Respondió con indignación y de ninguna manera aceptó participar en la aventura. Como si se hubiera partido en dos el muro de una vieja represa, el odio contra papá, contenido durante tantos años, afloró como una terrible marejada. A ella no le quedó ninguna esperanza viva, no siente nada por sí misma, no se tolera ningún mérito: odia y se odia al punto en que la venganza le importa más que el orgullo. Además, para Cora es muy importante poder seguir viendo a mamá. Me pregunto, sin embargo, si conseguirá persuadir a las autoridades de la Casa de que no tuvo ninguna relación con el secuestro.

No seré un prófugo por mucho tiempo. Ésta no es una cuestión que incumba a la fuerza pública, siempre escasa, lenta, mal pagada. La Casa pondrá a su pequeño ejército de guardias privados en nuestra búsqueda por unos días y después desistirán: saben de sobra que el destino de los prófugos se resuelve rápidamente. Aunque sepan o sospechen mi participación en esta historia, no tienen poder para someter a los cómplices a castigos aleccionadores ni necesitan hacerlo: hay pocos casos como el mío. Alguna vez un anciano más fuerte o más sano escapa por sí mismo. Pero no van lejos. Los entregan sus propios familiares.

En unos días todo esto habrá terminado. En unos días estaré en la fiesta de Goransky, ganándome la vida, retocando las máscaras transpiradas y quizás felices de mis clientes.

Libre por fin de la imagen de mi padre sumergido en el dolor, voy a estar otra vez, como siempre, pensando en vos: otra vez, como siempre, voy a imaginar tu cara deformada por el placer, otra vez, como siempre, voy a sentir tu forma de mujer en la palma ahuecada de mis manos durante las mólicas alucinaciones de mis insomnios. Mi padre habrá muerto más feliz de lo que se merece. Y otra vez, como siempre, mi vida no tendrá sentido.

Veintidós

A las dos de la mañana mi padre todavía no había despertado de su sueño narcótico. Encendí el velador. Margot nos había acomodado en el dormitorio de su hija, que estaba de vacaciones en la costa. En mi desesperada ansiedad, no hubiera tolerado la oscuridad junto a mi padre moribundo. A la luz del velador, los juguetes de la chiquita, rotos y sucios, amontonados en caóticas pilas, hacían pensar en ciertos círculos del infierno. Sin embargo conseguí cerrar los ojos.

Me dormí. Soñé que volaba. De un solo salto tomaba altura y me deslizaba por el aire muy alto, por encima de la ciudad. Era placentero y me colmaba de un orgullo desmedido. En el sueño, yo sabía que volar era muy raro. Sólo yo podía volar entre todos los hombres del mundo, sólo yo en toda la historia de la raza humana. Avanzaba sin esfuerzo, sintiendo el aire en la cara, flotando con una soltura que nunca tuve en el agua. Entonces, sin transición, estábamos en el campo, y había reunido a un grupo de gente conocida para que me viera volar. Yo corría y saltaba tratando de elevarme pero mis saltos eran sólo eso: enormes saltos de veinte o treinta metros de largo que me elevaban considerablemente sobre el suelo. Era inútil que tomara impulso, que corriera a toda velocidad, que me esforzara de muchas maneras. En la vida real, esos saltos desmesurados hubieran sido extraordinarios. En el sueño eran solamente una muestra de que no podía volar. Los espectadores jugaban al poker.

Un grito débil, espantoso, me hizo despertar en mitad del terror, con el corazón a la carrera. Estaba acostado al lado de mi padre en una camita angosta que se guardaba debajo de la otra. Papá había deslizado su cabeza por la almohada hacia mí y acababa de gritar con la boca pegada a mi oído. Si mis recuerdos de infancia no me engañaban, no era la primera vez que me despertaba así. Me senté en la cama de un salto. Mi padre no tenía fuerzas para levantar la cabeza pero parecía esbozar una semisonrisa.

–Tengo sed –dijo, débilmente–. Quiero soda bien fría.

En la Casa me habían dicho que el suero era imprescindible para hidratarlo porque mi padre ya no aceptaba ningún líquido por boca. Corrí a la heladera. No había soda pero encontré un gaseosa abierta.

Empecé a darle el líquido de a cucharaditas. Hacía demasiado tiempo que su estómago no trabajaba normalmente. Tenía miedo de provocarle vómitos. Estirando los labios, papá bebía la gaseosa con un movimiento de absorción, saboreándola, y le pasaba la lengua a la cucharita. Su placer infantil me conmovió: quizás el último de sus placeres.

–No era soda y no estaba fría –me dijo, cuando ya quedaba medio vaso–. ¿Qué es este lugar tan desordenado?

Le expliqué que había conseguido sacarlo de la Casa, que nunca más iba a permitir que lo encerraran para atormentarlo. No estaba seguro de que me hubiera entendido y no quería fastidiarlo con el audífono.

–En ese lugar sí que limpiaban a fondo: brillaba –dijo mi padre.

Miró con desprecio la habitación atestada de juguetes rotos y sucios y cerró los ojos. No estaba dormido ni desmayado, pero parecía sin fuerzas para seguir hablando.

–¿Te duele? –pregunté, con un egoísmo cruel, feliz de detentar el poder gigantesco de calmarlo, de sacarlo de su agujero de dolor. No me contestó. Probablemente no me había escuchado.

–¿Querés que te ponga una inyección? –volví a preguntar, en voz muy alta.

–Te escuché, no grites que no estoy sordo. ¿Recién me sacaste y ya me querés mandar a liquidación?

Jadeaba al hablar, como si le faltara el aire; apenas podía sostener el esfuerzo muscular para articular las palabras. Por eso y porque le faltaba la dentadura postiza, su dicción era confusa.

–¿No te explicaron mil veces que los calmantes fuertes tienen efectos secundarios? –siguió.

Con enorme esfuerzo consiguió darse vuelta en la cama, sosteniéndose el vientre herido, mirando hacia la pared. Me conmovió: un hombre fuerte, independiente, autoritario, sometido a la más penosa de las humillaciones: la enfermedad y la vejez. Dependía de mí como un bebé depende de su madre: con menos confianza. Se resistía a admitirlo luchando contra mí, tratando de afirmar su independencia con la palabra, lo último, lo único que le quedaba.

Me costó volverme a dormir. Fui a la cocina, tomé un vaso de algo parecido a la leche pero mucho mejor si uno estaba dispuesto a creer en la publicidad. Prendí la radio y me puse los auriculares para no despertar a nadie. El secuestro de un viejo robado de una Casa no es una noticia para la radio y no me sorprendió que no lo mencionaran. En estos días la atención pública está concentrada en el nuevo paquete de medidas económicas y la radio dedica muy poco espacio a las noticias policiales, que lucen tanto mejor en colores en la tele. Sin muertos, sin dinero en juego, la noticia no volvería a abrirse paso entre la maraña de crímenes prolijamente documentados con videos que invade cada día las pantallas. A nadie le importa esta pequeña historia, excepto a nosotros mismos. Y a la Casa. Pero no por mucho tiempo.

A la mañana siguiente fui hasta un locutorio para hablar con Cora, que estaba viviendo con una amiga. Hace tiempo que nadie usa los teléfonos de la calle, cuyos restos persisten todavía como ruinas de otras eras. Temí que me exigiera despedirse de papá. Podían estar siguiéndola.

–Estás loco –me dijo por milésima vez–. Te crees que sos muy bueno, que sos un santo. Se nota que hace mucho que no vivías con papá.

–¿Querés que le diga algo de tu parte?

–¿No querías ser guionista de cine? Decile lo que se te ocurra. Inventa.

–¿La viste a mamá?

–No me dejan entrar.

–Cora, cuidate. En un par de días se terminó todo y hablamos tranquilos.

Pero del otro lado no se oía más que su respiración alterada.

–Te quiero mucho –le dije, de pronto, y mi voz sonó con una extraña sinceridad que me sobresaltó: tenía el tono de una despedida.

Cora se puso a llorar y eso me alivió.

El médico de papá salía del edificio de Margot. Estaba muy pálido y las arrugas de la cara se le marcaban como huellas de arado. Caminaba con dificultad. En un movimiento involuntario lo tomé del brazo con fuerza.

–¿Entró en coma? –le pregunté.

Se desprendió de mí con un gesto malhumorado.

–Está desayunando –me contestó.

Yo no lo hubiera llamado desayuno, pero era cierto que papá se estaba alimentando casi erguido en la camita, sostenido por almohadones. Margot le daba en la boca algo blando y blanco que pronto identifiqué como pan mojado en leche.

–¿Pan? ¿Le estás dando pan? –pregunté alarmado–. ¿Qué dijo el médico?

Papá se limpió con una servilleta la boca y la barba apenas manchadas. Olía a colonia. Ahora tenía puesta su dentadura y me sonrió suavemente, con esa sonrisa de acrílico extrañamente joven, absurdamente blanca.

–Dijo que puedo lo que quiera.

–¿Vos también vas a tener miedo de que le haga mal? ¿Acaso no se está muriendo? –dijo Margot.

En ese momento, como para imprimir más precisión al movimiento con que Margot le alcanzaba la cuchara a la boca, papá levantó una de sus manos grandes, de dedos largos amarillentos, con las uñas muy crecidas y los nudillos deformados y envolvió la mano de Margot. Ella se sobresaltó un poco.

–Me parece que ya puede sostener la cuchara solito.

–Creo que sí –dijo papá, clavándole la mirada de sus ojos acuosos pero todavía celestes–. Pero sus manos son tan suaves. Gracias por todo.

–Me lo dice por la curación –dijo Margot, mirándome un poco incómoda.

–No. Se lo digo porque son suaves. Y porque a usted le gusta escucharlo.

Pero comer lo había agotado. Estaba transpirando por el esfuerzo. Salimos para dejarlo descansar tranquilo.

–Qué imagen tan rara, tan deformada que tenes de tu papá. Él no es como vos pensás.

–¿Te parece que necesitará la morfina?

–Más adelante puede ser. Por ahora no. Las heridas están casi cicatrizadas, todo lo que hice fue cambiarle el apósito.

Apenas Margot se fue a su trabajo, como si en lugar de dormir hubiera estado atento a todos los sonidos de la casa, papá me llamó.

–Buen culo pero está un poco vieja –comentó, mirándome con expresión divertida–. ¿Habrás algo de comer?

Veintitrés

La sensación de ser un fugitivo es extraña, pero no desagradable. Un viento de aventura que rompe la monotonía. Ahora entiendo mejor lo que sentías en nuestros encuentros, esa alegría de fuga controlada que debe provocar la infidelidad en las mujeres. Y el terror, siempre después. A veces tenías pánico de volver a la calle, aunque un taxi te estuviera esperando en la puerta del edificio. Toda la pasión y la alegría feroz que ponías en el sexo se habían desvanecido y no te quedaba más que el miedo: el momento de irte era el peor, fantaseabas con las cámaras de video, como si tu aparición fuera tan atractiva como un accidente o un crimen, como si me llevaras estampado en la cara, en la ropa, en la forma de caminar. Era un crimen para vos y en esos momentos actuabas de modo absurdo, inventabas complejíssimas historias para explicar tu presencia a algún imaginario conocido que pudiera reconocerte saliendo de mi casa, como si cada uno de tus gestos, cada uno de tus pasos fuera evidentemente culpable y necesitara ser justificado. No tenías miedo al llegar, cuando acababas de escapar con la inconciencia un poco loca de la felicidad, de la libertad, sino precisamente en el momento en que volvías a sentirte prisionera, en que regresabas a la celda.

Ahora el fugitivo soy yo. ¿O el prisionero? No calculé que los guardias de la Casa llegarían tan rápido a lo de Margot. No me buscaban al azar: estaban investigando mi vida. Romaris llamó para avisarnos; los guardias habían estado en mi edificio, interrogando y atemorizando a los vecinos. Era muy probable que ya hubieran estado con mi hermana. No les costaría mucho dar con la dirección de Margot.

Yo mismo le había dicho a Cora que no hacía falta mantener el secreto más de setenta y dos horas. Ese plazo, calculaba –un cálculo holgado–, era suficiente para que los guardias se encontraran con el cadáver de mi padre y certificaran su defunción ante las autoridades de la Casa, que podrían a su vez informar a los accionistas. Estaban autorizados a ejercer la fuerza necesaria para recuperar a su pupilo, pero una vez muerto, una vez perdido el negocio, ya no tendría objeto ningún tipo de violencia contra mí. El conflicto se reducía a un asunto comercial, y en este terreno no hay venganzas, sobre todo si cuestan dinero. Por otra parte yo podía defenderme física y legalmente: atacarme después de muerto mi padre hubiera sido correr el riesgo de sumar pérdidas sin ninguna perspectiva de ganancia. Todo estaba perfectamente calculado.

El único error era que habían pasado más de tres días y mi padre seguía vivo.

–Vos me trajiste aquí, vos me tendrás que sacar –me dijo, mientras devoraba un sandwich de salame y queso.

Margot lo miraba extasiada, sintiendo que sus cuidados y su ternura lo habían arrancado de la muerte.

Recordé de golpe a la gerenta, su dentadura de vaca, su sonrisa de plástico imitación carey, la inteligencia cruel que se escondía detrás de esa cordialidad de robot. No supe qué hacer con tanto odio. ¿Contra ella? ¿Contra mi padre?

–¿Preferías haberte quedado ahí? ¿Te gustaba estar con la gerenta, con esa vaca imbécil?

–Una mujer inteligente, enérgica, con autoridad. Lo que ella decía, así se hacía. Gente como ésa admiro yo.

–¡Preferías haberte quedado allí, con esa bosta! –grité, como un loco.

–Hijo, no me grites, te necesito tanto. Dame la mano, Eni, ¿no ves que me estoy muriendo? –dijo mi padre.

Y yo deseé que así fuera, pero me apretaba los dedos con demasiada fuerza.

–¿Por qué no se van a lo de tu vecino de abajo? –nos propuso Margot, evitando nombrar a Alberto.

–Los guardias ya estuvieron ahí.

–Por eso mismo. No creo que vuelvan. ¿Cómo van a pensar que Gregorio ya está en condiciones de ser trasladado tan fácilmente de un lugar al otro?

Miré a papá con envidia, con desconfianza: lo miré como siempre. La barba larga, espesa, impecablemente blanca, le daba un aspecto bíblico, fuerte, incluso atractivo. Otra vez tenía el cutis rosado y terso de los hombres gordos. Esperé a que Margot se fuera a la cocina a buscar soda. Por el momento, mientras nos hiciera falta, me convenía mantenerla en estado de éxtasis. Su idea no era mala, después de todo Romaris me había ofrecido su casa. No quería usar el teléfono de Margot para llamarlo: si habían estado en el edificio, podían estar controlando las llamadas. Tendría que sacar a papá y arriesgarme a llamar a mi vecino desde el taxi. El pobre tipo tenía todo el derecho a arrepentirse de una oferta demasiado generosa.

–¿De veras estuviste quince días sin probar bocado? –le pregunté a papá, asegurándome de que Margot no escuchara.

–Sin probar es un decir –me contestó con una risita–. ¿Te acordás de esa enfermera morocha, la que tenía un lunar peludo? Las feas son las mejores: se ponen tan agradecidas. Me hacía tomar leche a cucharaditas, en secreto. Y alguna otra cosa.

–Vamos a tener que irnos de aquí enseguida. Ahora mismo. ¿Podes caminar? –tenía buenos motivos para pensar que todo era mentira.

–Lamento no estar muerto, hijito. No lo digo por mí, yo estoy contento. Pero soy una carga. Qué bien te vendría estar llorando sobre mi cadáver. No, todavía no puedo caminar. Tantos días de cama me liquidaron los huesos.

–Si llamo a una ambulancia, a un taxi, ¿cómo hacemos para que no te lleven otra vez a la Casa?

–Ernesto. Todo se arregla. ¿Acaso a un hijo mío le falta plata?

–Los ocho mil que me prestaste se me fueron en contratar a la gente que te sacó de la Casa.

–Te presté diez mil –aclaró mi padre–. Los primeros dos mil se te fueron en pagar intereses.

Después me miró moviendo la cabeza, con un desprecio sonriente y compasivo.

–Eni, Eni. Siempre pagando de más. Si un hombre no se casó hasta los cuarenta, ya es difícil que se case, pero el que no hizo plata hasta los cincuenta no la va a hacer nunca más. Llama a mi taxista de siempre y déjame a mí.

Margot nos despidió llorando y le hizo prometer a papá que se comunicaría con ella. Lo sacamos entre los dos, fingiéndonos tres borrachos que se apoyaban unos en otros como hacen en las películas de guerra para rescatar a los prisioneros heridos. En lugar de tratar de pasar desapercibidos, cantábamos a los gritos y nos reíamos con carcajadas escandalosas. Papá tenía bastante fuerza en los brazos como para ayudarnos a arrastrarlo casi en el aire, porque sus piernas no le respondían. La posición erguida le causaba graves molestias, pero seguía negándose a aceptar calmantes: en lugar de exagerarlo, ahora trataba de disimular el dolor. Si en algún momento se le escapaba un quejido lo tapábamos con nuestras voces. Yo cargaba una mochila con las prendas más indispensables. Llamé a Romaris desde el taxi para preguntarle si podíamos ir a su casa pero también para asegurarme de que no hubieran dejado guardias en el edificio.

–No estoy seguro –dudó Romaris.

De golpe parecía asustado, arrepentido. Tenía razón. También tenía una buena idea. Quedamos en encontrarnos en cierta esquina. De taxi a taxi nos pasaría las instrucciones.

–Van a ir a la casa de Sandy Bell. Ya hablé con ella –nos dijo, bajando apenas la ventanilla blindada–. Es muy amigo y un gran tipo.

Me asombró que Romaris pasara confusamente de un sexo al otro hablando del travesti, siempre creí que entre ellos tenían una determinación definitiva.

–Qué muchacho tan fino, tu vecino –comentó mi padre con una media sonrisa irónica que expresaba todos los prejuicios de su generación y quizás también de la mía–. ¿Adonde nos manda?

Le hablé de Sandy Bell, el travesti de la tele. Pensé que no lo conocía, pero sabía perfectamente de qué se trataba. Los viejos ven más tele que los chicos. Cuando escuchó que íbamos a un barrio cerrado se puso de buen humor.

–Ni una vez me preguntaste por mamá –le recordé, rencorosamente, mientras el taxista nos llevaba al barrio de Sandy Bell. Romaris le había dado la contraseña para la guardia de la entrada.

–Tu madre está muerta.

–¡No está muerta! Está loca.

–Loca, muerta, qué diferencia hay. La persona que conocíamos ya no está.

–Querés decir que a vos ya no te sirve para nada, pero ella nos necesita.

–Loca, querido: loca. ¿Te haces problema porque ella te va a extrañar? ¿Te crees que se da cuenta si te ve o no te ve? Para qué pensar pavadas.

–Mamá no está muerta.

–Bueno. Y ya que es así, ¿por qué no me pasas uno de esos sandwiches de aceituna con tomate que nos preparó tu amiga?

Sandy Bell había dado órdenes de que nos dejaran entrar. Nada parecía llamarles la atención a los guardias, debían estar acostumbrados a que Sandy recibiera todo tipo de gente. O quizás ésa era la orden con respecto a todos los invitados que entraban al barrio: cordialidad, indiferencia. El lugar era precioso, una de esas zonas de chalecitos de Belgrano protegida por una barrera de alambre tejido, con las habituales casetas de los guardias. Nunca había estado allí desde que lo cerraron. Algunos chalets habían sido derribados para ampliar los jardines o convertirlos en parques. La población era escasa en comparación con otras zonas de la ciudad, pero con tan buen poder adquisitivo que justificaba la importancia del centro de compras.

Todo lo que rodeaba a Sandy Bell era exageradamente femenino, con ese sentido de caricatura que suelen tener los travestís. Se había hecho construir la casita de la bruja de Hansel y Gretel, con paredes que parecían barras de chocolate. Los adornos en las ventanas, capiteles, celosías, puertas fingían ser golosinas, como si estuvieran hechas de caramelo de distintos colores.

Ella (¿o él?) nos estaba esperando en la puerta con una especie de disfraz de Marilyn al que sólo le faltaban la peluca rubia y el lunar: un deshabillé vaporoso, con más encajes y gasa de lo necesario, las clásicas chinelas de taco alto con grandes moños rosados un poco ajados, un poco sucios.

La casa, por dentro, era previsible: típicamente abarrotada, con ese horror vacui que define el mal gusto femenino, cargada de adornos y adornitos, cromos en las paredes, fundas de encaje con volados en los sillones. Sandy Bell nos dio la bienvenida con una voz todavía más aflautada que la que fingía en la televisión y nos hizo pasar al dormitorio de huéspedes, con empapelado de floritas tipo liberty, donde papá se desplomó en una cama blanca y rosa, respirando con disgusto el perfume a rosas que impregnaba el aire.

Veinticuatro

A Sandy Bell lo vemos poco. Todas las noches se presenta en vivo en el canal. Durante el día graba exteriores y algunos bloques especiales, además de supervisar el resto de la producción. Cuida mucho su relación con la prensa: las entrevistas y sesiones de fotos son parte de su trabajo. También preside la Fundación Esebé, que protege a las personas sin recursos que desean cambiar de sexo, o a las que han pasado por el cambio quirúrgico-hormonal y necesitan ayuda psicológica para adaptarse o ayuda legal para que la sociedad los acepte.

Con evidente deliberación jamás se refiere a ninguna cuestión referida a los ancianos impedidos ni a las Casas de Recuperación. Eso lo hace insospechable y le permite ayudar a alguna gente en problemas, nos explicó su hijo adoptivo. Es un adolescente flaco y hosco al que debe resultarle duro cargar con semejante papá, que lo adoptó cuando era recién nacido. La Fundación Esebé también ofrece asesores legales a los matrimonios entre personas del mismo sexo o a solteros/as no tradicionales que quieran adoptar.

Sandy dice tener unos cuarenta años y se jacta públicamente de no haber atravesado ninguna cirugía, excepto la extirpación del vello facial. En los reportajes asegura que sus pechos han crecido naturalmente a causa de la comida macrobiótica. Tiene una cara bellísima, exquisitamente femenina, pero lo delatan la altura, los enormes pies, los hombros anchos y las caderas angostas. Los disimula usando unas túnicas audaces que exhiben sus piernas bien formadas y se abren hasta el nacimiento de los pechos.

En un almuerzo quise hacer una referencia amable a su pivoteo sexual entre dos géneros y usé la palabra travestí. Sandy reaccionó como ante una desagradable ofensa. Con paciencia y mal humor nos explicó la diferencia entre un travestí y un transexual. Él se considera una mujer, una auténtica mujer en un cuerpo masculino, no un hombre afeminado. Sin embargo, su indignación no condice con la pública vanagloria de Sandy en relación con sus genitales, que insiste en afirmar íntegros, presentes y masculinos.

El chico de Sandy Bell parece muy molesto con nuestra presencia y trata de librarse de nosotros haciéndonos sentir una incomodidad equivalente. Pero, ¿adonde más podríamos ir por el momento? Cora sabe dónde estamos a través de Margot, aunque ninguna de las dos tiene el teléfono o la dirección de Sandy.

Yo mismo pido un taxi y salgo del barrio cuando quiero hacer un llamado. Sandy nos pidió que tomáramos esa precaución: los periodistas buscan escándalos por cualquier medio y no les basta con los escándalos previstos, controlados y cuidadosamente organizados que él les ofrece constantemente. Ya salí varias veces para comunicarme con Goransky y el resto de mis clientes. Organicé con cuidado los horarios para el día de la fiesta. Voy a empezar temprano con los trabajos menos importantes y me quedaré allí toda la noche para cuidar y retocar mi obra cuantas veces sea necesario. No tengo nada que perder, pero tampoco nada que temer. En la fiesta estaré protegido. Aunque los guardias de la Casa nos busquen allí, para entrar tendrían que vérselas con el personal de seguridad de Goransky, otro pequeño ejército privado. Además, estoy seguro de que la búsqueda ya amainó: nadie tiene motivos para suponer que mi padre sigue vivo.

Un par de veces desde que estamos aquí el famoso travestí –o transexual– recibió periodistas, fotógrafos o camarógrafos en su casa. En esas ocasiones, para que nadie nos vea, nos encerró en su cuarto de trabajo, en el primer piso. Papá ya puede subir las escaleras con ayuda, apoyándose en mí. También puede pararse solo –si está sentado en una silla alta y con apoyabrazos– y hasta caminar un

poco, arrastrando los pies, dentro de la casa; se ejercita todo lo que puede. Lo veo mejorar día a día con una mezcla de orgullo y horror.

—Como Barba Azul con sus mujeres —nos explicó Sandy, guiñando el ojo con coquetería—, les permito a los fotógrafos entrar en todos los cuartos menos en uno. Un buen secreto público los estimula. Si de todos modos alguien se las arregla para entrar cuando ustedes están ahí, pueden darle un palo por la cabeza: ¡así hacía Barba Azul!

Es prudente que no deje entrar a los fotógrafos a su cuarto de trabajo, donde hay una buena biblioteca, un escritorio de madera clara, un aparato multimedia con pantalla gigante, un sofá, pero sobre todo un arreglo muy sobrio, en colores que armonizan sin chocar y sin pasar por ninguna gama del rosa. La habitación se distingue bruscamente del resto de la casa, en particular del supuesto dormitorio de Sandy Bell, cargado de muñecas y animales de peluche —gatos, osos y conejos—, donde la convención más anticuada y más ridícula del eterno femenino ha sido llevada hasta las últimas consecuencias. Sandy duerme en su cuarto de trabajo.

Cuando nos encontramos con él, mi padre clava la mirada en Sandy con más curiosidad que la que permite la cortesía. En una de las ocasiones en que estuvimos escondidos en el cuarto de trabajo, lo sorprendí tratando de abrir con una tarjeta de plástico un cajón cerrado con llave. Se la saqué de la mano: todavía estaba lo bastante débil como para manejarlo por la fuerza.

Gary, el hijo de Sandy Bell, es uno de esos muchachos opacos, indiferentes, que deambulan por los centros de compras de la ciudad fumándose un porro con cara de la vida es una mierda.

En estos días supimos por el personal de guardia que un grupo de chicos del barrio un poco mayores que Gary había torturado al perro de un vecino introduciéndole tres tornillos en la cabeza. Varios días después el perro seguía en coma y yo no sabía si mi sensación de asco y horror estaba dirigida a los torturadores o a los dueños del perro, que prolongaban su agonía con todos los medios científicos a su alcance, olvidando la piedad con que se suele tratar a los animales y haciéndolo sufrir como si fuera un ser humano. Nadie sospecha de Gary y con razón. No parece posible que el muchacho sea capaz de vencer la nube de aburrimiento y desprecio en la que se envuelve —aunque sus ojos sean por momento tan vivaces— y salir de ella con la energía suficiente como para atornillar tres trozos de hierro en el duro cráneo de un perro.

Pero a pesar de las apariencias, Gary tiene una pasión. Y si la mantiene en secreto no es solamente porque el motivo de su pasión sea prohibido, desagradable o conflictivo: lo que quiere ocultar es la pasión misma, ese ardoroso interés que podría modificar o destruir su imagen de perfecta indiferencia.

¿Así eras? ¿Cómo me ocultabas cuando no estabas conmigo? ¿Con qué palabras, con qué expresiones conversabas con tus amigas sin hablar de mí? A veces te acompañaba en un taxi hasta un centro de compras sólo para verte caminar sola, para ver cómo te alejabas sin mí, cuál era tu paso, tu disfraz. Me gustaba jugar con la ilusión de que todo lo que vivías fuera de mí era solamente para esconderme, para que nadie pudiera leer en tu deseo, me gustaba pensar que estaba yo, nosotros, la pasión, a tal punto presente en tu conciencia que tenías que fingir un permanente desinterés por todo el resto de las cosas de este mundo para no traicionarte. Pura ilusión: no te habrías enamorado de otro si me hubieras querido como yo lo imaginaba, como yo te quería.

Me hablaste poco de él pero yo ya lo sabía todo. ¿Acaso hacía falta decir algo más que su nombre? No quise ni quiero pensar en esa historia: en su cara tan conocida, en tu arrepentimiento, en tu curiosidad, en lo que yo debo haber hecho o dicho para despertarla, en los meandros que inventaste para llegar a conocer a mi padre, en los recursos que él usó para seducirte.

Llorabas y no tenías pañuelitos de papel y yo no quería dártelos. Te veía llorar como si estuviera detrás de un vidrio grueso, esmerilado. No podía pararme porque las piernas no me sostenían y te miraba llorar desde una distancia y una frialdad absolutas. Con esa calma, desde tanto hielo, tenía la lúcida conciencia de que no me estaba arrastrando por el suelo, de que no te abrazaba las rodillas, rogando, porque sabía que era inútil: sólo por eso. Con esa calma, desde tanto hielo, hubiera querido informarte que no me importaba compartirte con cualquiera, de cualquier modo, que estaba dispuesto a

aceptar cualquier cosa, cualquier resto, cualquier hueso, cualquier roto, sucio, inservible pedazo de tu tiempo que estuvieras dispuesta a darme.

Pero no podías, no querías. Estabas horrorizada de lo habías hecho, arrepentida. Te preocupabas demasiado por mi dignidad y hacías bien. Yo te miraba llorar, con calma, con frialdad, con lucidez, te veía refregarte la nariz en la manga y no quería prestarte pañuelitos porque ése era, en ese momento, mi único poder, mi única venganza.

Veinticinco

Siempre fue difícil esconderle algo a mi padre, tan curioso, tan dispuesto a controlar incluso nuestros sueños. Es imposible ocultarle un secreto a alguien que desea saber y que no tiene ningún principio, ningún escrúpulo, nada que le impida darte vuelta y abrirte de arriba abajo para revistar tus cajones o tus tripas. No me sorprendió que en pocos días mi padre se hiciera tan amigo de Gary, el chico de Sandy Bell.

Gary estaba en la etapa por la que pasan en algún momento todos los hijos adoptivos: buscaba a su verdadera madre. A papá no le costó mucho hacerlo hablar del único tema que le zumbaba en la cabeza vacía de cualquier otro pensamiento.

El muchacho lo ayudaba con sus ejercicios, paseándolo de un lado a otro de la habitación apoyado –pero cada vez con menos peso– en su hombro. Una tarde los sorprendí mirando ciertos ocultísimos tesoros de Gary. Eran fotos. Creí reconocer a una mujer embarazada antes de que se dieran cuenta de mi presencia.

¿Cómo advertir a Gary sobre la persona en la que había decidido confiar? Me sentí yo mismo un chico de catorce, quince años, un chico tanto más joven que mis propios hijos, un chico dispuesto a creer en cualquier adulto que me prestara suficiente atención, pero sabiendo al mismo tiempo, con esa certeza absoluta pero no comprobable de los sueños, que sería traicionado. Cuando veía al viejo acariciar la cabeza del muchacho, o darle una puñetazo breve y cómplice en el hombro ("Campeón", lo llamaba), sentía compasión. ¿O celos? ¿Era mi padre capaz, ahora, por fin, hacia el final de su vida, de sentir y expresar sentimientos que le habían estado vedados en su juventud? ¿Sentimientos que nunca habían sido para mí o para Cora, y que, sin embargo, todavía eran posibles en él?

Ante su inesperada recuperación yo trataba, por primera vez en mucho tiempo, de hacer algún plan a largo plazo: adonde ir, qué hacer, cómo vivir de ahora en adelante. Tendríamos que salir de la ciudad. La fiesta de Goransky era el plazo que me había impuesto para tomar ciertas decisiones. Mis reservas de dinero se estaban terminando. Papá había vuelto a sus viejas mañas de siempre, se comportaba como un anciano indigente y se negaba a comunicarse con su abogado.

Entonces, una madrugada, sonó la alarma del barrio. Aguda, teatral. Aunque no sabía qué significaba, corrí a despertar a mi padre, que dormía sin el audífono. Gary ya estaba allí, sacudiéndolo y ayudándolo a pararse. Para un viejo, aun en pleno dominio de su cuerpo, levantarse de una cama baja es una tarea más allá de sus fuerzas.

–Son los guardias de la Casa. Vamos –le dije, tranquilo.

Trataríamos de escapar, y qué si no lo conseguíamos. Yo no tenía razones importantes para insistir en mi propia existencia. ¿Qué era lo que realmente deseaba hacer con mi padre? ¿Seguir ocultándolo? ¿O entregarlo para que se lo llevaran de vuelta de una vez por todas? Miré adentro mío sin censura y vi hasta qué punto me sentía traicionado porque no se había muerto cuando a mí me convenía. Seguía sonando la alarma.

Entonces se escuchó la voz urgente, desesperada, irreconocible, de Sandy Bell: una cálida y grave voz femenina de contralto en lugar de su habitual gorjeo aflautado.

–¡Están levantado el alambre tejido!

Corrimos al escondite secreto, un sótano cuya existencia yo desconocía, al que se accedía levantando una puerta trampa disimulada en el parquet entarugado. Sandy nos hizo entrar de a uno. Parecía loco de terror. Era la primera vez que sonaba la alarma, la primera vez que un ataque superaba las fuerzas de la

empresa de seguridad que protegía el barrio. Se cortó la luz. En la oscuridad fue difícil hacer entrar a mi padre, que se quejaba, dolorido.

En medio de una negrura absoluta, muy cerca unos de otros, tuve una percepción extraña. El cuerpo de Sandy Bell me rozó y sentí algo más que lo que hubiese deseado, ese cosquilleo a la altura de la ingle que no llegaba, todavía, a convertirse en deseo. Era su olor. En camión, todavía envuelto en el calor de la cama, sin el vaho de perfume francés que habitualmente lo precedía, Sandy Bell tenía un olor tibio, pantanoso, como a fruta demasiado madura. Tenía olor a mujer. Sin pensarlo demasiado le rodeé los hombros con mi brazo.

Gary encendió un fósforo. Sandy se lo hizo apagar de inmediato, justo antes de que los invasores entraran a la casa. Pero todos alcanzamos a verla sin disfraz: sin las hombreras, ya no tenía espaldas anchas. Sus pies descalzos eran pequeños y sus caderas bien formadas.

Nos quedamos allí, inmóviles, en absoluto silencio, sintiendo sobre nuestras cabezas el caos que se estaba produciendo arriba. No eran los guardias. Otra vez se escuchaban los clásicos golpes, disparos, explosiones. No sé cuánto tiempo pasó. Creí dormir de a ratos. Después supe que todo había terminado en menos de media hora.

Alguien estaba levantando la puerta trampa. –Son de los nuestros. La gente de seguridad –terminó de despertarme la voz de Sandy, acurrucada contra mí.

–¡Felicitaciones por la gran seguridad! ¿Ustedes cuánto cobran? –oí el sarcasmo de papá, que ya estaba arriba–. Porque si no son caros, los voy a recomendar.

Cuando salí pude entender mejor la ironía que había en el comentario de mi padre. La casita de chocolate de Sandy Bell parecía haber sufrido los efectos de un tornado. Todo lo que podía romperse estaba roto. Todo lo que podía haber sido arrancado de su lugar, había sido arrancado. Parte de la casa había sido derruida por una modesta explosión que volteó media pared sin llegar a destruir columnas ni vigas.

Sandy Bell estaba hecha un ovillo en un rincón y se negaba a salir del escondite mientras hubiera gente en la casa. Pero cuando escuchó que el personal de seguridad nos estaba interrogando, me pidió que le alcanzara su ropa y emergió con la energía suficiente como para echar a todos de allí y acostarse a llorar tirada sobre una confusión de escombros, vidrios rotos, basura y papeles.

En un estado de alteración absoluta, con los ojos vidriosos, Gary se le acercó y le acarició la cabeza.

–Yo sabía, mamá –le dijo–. Yo ya lo sabía hace mucho.

Linda escena, pero teníamos que irnos. Por las preguntas que nos hacía la gente de seguridad, nos dimos cuenta de que todavía no sabían si había sido un atentado guerrillero, una venganza de traficantes de drogas, un robo profesional disimulado en un ataque vandálico, la acción de alguno de esos grupos religiosos que reivindican la violencia, o un verdadero ataque de vándalos, de esos que nadie se atribuía, que nadie se explicaba, en los que la falta de motivos hacía imposible descubrir culpables.

El ataque había sido rápido, perfecto, y eso demostraba que un equipo de gente había colaborado desde adentro. En horas, en minutos quizás, la compañía de seguros empezaría a investigar para encontrarlos. Teníamos que irnos.

Goransky era el único de mis conocidos con dinero y poder suficientes para ayudarnos a salir de allí. ¿Querría hacerlo? Con mi padre apoyado apenas en mi hombro, pero caminando solo y bastante erguido, salí sin muchas esperanzas a buscar en el barrio un teléfono celular que hubiera quedado entero.

–Pobre Gary –intenté un comentario irónico–.

Tuvo que perder a su padre adoptivo para encontrar a su verdadera madre.

–Pobre tonto, querrás decir: creer que ese señor es su madre. ¿No sabes las cosas que se consiguen hoy con cirugía? ¿Huesos incluidos?

Entonces advirtió mi cara de desconcierto, mi cara desnuda, y se dio cuenta de que yo deseaba tanto como Gary que Sandy hubiera nacido mujer.

–No sólo con cirugía: también con hormonas, por supuesto –agregó–. ¡Para conseguir semejante resultado, muchísimas hormonas!

Y se reía, mi padre, como si no fuera a dejar de reírse nunca. Con una carcajada eterna se reía de mi pequeñez, de mi inocencia, de mis dudas, de mis piernas flaquitas, de mis esfuerzos por desarrollar los músculos andando día y noche en bicicleta. Como siempre, se reía de mí.

Veintiséis

Si formas con trozos de hielo la palabra Eternidad, te daré el mundo entero y un par de patines. Ésa era la promesa de la Reina de las Nieves a sus gozosos prisioneros. Los escenógrafos que trabajaron para la fiesta de Goransky habían logrado convertir la estación de trenes de Retiro en un palacio.

Como el Palacio de la Reina de las Nieves: muros de nieve compacta, la tempestad como orquesta, puertas y ventanas de cortantes vientos. Paredes transformadas en remedos del horizonte para provocar la sensación de infinitud. Y sin embargo, nada parecido a la monótona, enceguecedora repetición del blanco puro: el inmenso salón estaba iluminado por la aurora boreal, proyectada en el techo y en los muros, o quizás en una niebla cálida que se formaba allí arriba, flameando de tal manera que era imposible adivinar dónde estaban, detrás de su brillo y sus colores, los artefactos que lograban simularla.

Para la mayoría de la gente, la estación Retiro era un lugar feo, deteriorado, sucio, marginal. Durante una breve primavera fue restaurada por las empresas de ferrocarriles pero pronto volvió a ser recuperada por la tristeza y la miseria. Sin embargo, para quien pudiera desprenderse de esa visión cotidiana y superficial, el palacio ya estaba allí, debajo y detrás de la basura, de la gente, de los puestos de venta de chorizos, alpargatas, vino, pañuelos, golosinas, limones, ajos, ilusiones. La estación Retiro estaba construida y diseñada a la inglesa, con un techo alto, curvado, sostenido por vigas forjadas en Liverpool, columnas y pisos de mármol, doseles esculpidos, rayos de sol enfatizando su altura y todo lo que debe tener una catedral excepto gradas y altares. Los arquitectos de Goransky supieron ver y aprovechar esas posibilidades.

Los invitados, al llegar, dejaban sus automóviles blindados en los fingidos establos para renos, contruidos precariamente en la playa de estacionamiento. Allí los recibían enanos vestidos como duendes de Santa Claus.

Con su idea de alquilar la Estación para la fiesta, interrumpiendo por una semana la llegada y salida de trenes, Goransky había provocado un nuevo caos en las comunicaciones de la ciudad. Ese caos era parte del éxito. Los efectos espectaculares contribuían a la promoción de las fiestas, poniéndolas en primer plano en los medios. Los periodistas criticaban la inmoralidad de ciertas prácticas que atentaban contra el bien común y la fiesta se convertía en un tema público, comentario de todo el país.

Para evitar toda monotonía, la falsa inmensidad del salón estaba dividida en sectores donde se realizaban distintas actividades y cambiaba la decoración.

Había un baile de Osos, en el que participaban auténticos osos, controlados por entrenadores disfrazados de osos, mezclados con los invitados: los humanos disfrazados resultaban más verosímiles o quizás sólo más acompañados que los osos verdaderos.

Había un té de raposas blancas. Y un grupo de casitas laponas, en las que se servían platos exquisitos, no siempre en consonancia con el tema central de la fiesta en cuanto a sus ingredientes, pero sí en cuanto a su aspecto. En las casitas el tejado llegaba hasta el suelo y hacía un terrible calor en su interior, donde hombres atractivos y transpirados, con el torso desnudo y pantalones de cuero de reno arrollados hasta las rodillas servían a los invitados otras disfrazadas de copos de nieve, con salsa blanca y claras batidas y tiernísimos lomos de ternero nonato girando sobre el fuego, como si fueran un solo trozo de carne adherido al enorme fémur que hacía de eje central: una pata de oso.

Había un lago helado, roto en mil pedazos todos desiguales, en el que sin embargo era posible patinar sin tropiezos porque las grietas eran falsas. En algunos lugares, sobre los grupos de mesas o sobre los iglús, caía un ejército de copos de nieve. Los copos tomaban formas extrañas apenas tocaban el suelo:

erizos, arañas, ositos, formas innominadas pero siempre con muchas patas que los llevaban a trepar, velozmente blancos, por las paredes para volver a caer una y otra vez, como el agua de una fuente.

Entre los invitados, sólo los más jóvenes eran capaces de entrar a los iglús arrastrándose por el corredor de ingreso para comer, adentro, auténticos trozos de carne de foca delicadamente podrida, con la grasa chorreando sobre el fuego central.

Todos los mitos y las realidades relacionados con el Gran Frío estaban representados simultáneamente. Todas las tribus. Laponés, esquimales, fantasiosos indios onas y patagones, habitantes de Groenlandia, tribus de Alaska. Todos los animales del norte y del sur: cualquiera que mirara con atención las focas podía notar cómo los disfraces habían resguardado las diferencias entre las variedades de la especie. Había morsas y elefantes marinos o leones o lobos, y cada uno tenía el pelo, el hocico, los bigotes que le correspondían. Había pingüinos monarca y pingüinos emperador, pájaros ska, petreles, estorninos polares. Había mujeres hermosas en las que un hábil maquillador había acentuado aquellos rasgos en que la belleza se acerca a la crueldad para representar a la Reina de las Nieves. Había hombres flacos con panzas postizas y rellenos en las mejillas para imitar la figura de Santa Claus.

Yo miraba con interés profesional el trabajo de mis colegas y poco a poco me invadía la placentera seguridad de que seguía siendo el mejor o por lo menos uno de los mejores. Los originales de siempre habían ocultado los rasgos de sus clientes debajo de espesas capas de masilla que remedaban hocicos de caribú o de zorra polar, pero todos se habían limitado a trabajar dentro de las convenciones populares acerca del Polo Norte y el Polo Sur. Nadie más que yo –salvo mi cliente disfrazado de Momia– había estudiado lo suficiente la cultura esquimal como para crear esos soberbios Espíritus del Bien y del Mal, los Tornraks. Goransky estaba feliz con mi trabajo, se sentía espléndido, el más grande, fuerte y temible de los Espíritus, adornado con el rojo de la sangre fresca vibrando sobre la nieve. Su alegría, la seguridad en sí mismo que le daba ese maquillaje que lo ocultaba y lo destacaba al mismo tiempo, me aseguraba futuros trabajos, la certeza de que si alguna vez llegaba a rodarse su película, allí estaría yo y no en último término entre sus colaboradores.

Tuve la alegría malévola de ver, en cambio, a la nueva y ya ex guionista de Goransky, mi reemplazante inmediata, esa chica joven, flaca y despeinada con quien lo había sorprendido en el estudio en uno de sus momentos de inspiración cinematográfica. La mujer vagaba desconcertada con un disfraz barato de joven esquimal que colgaba de su cuerpo como si estuviera intentando escaparse de ella. Refugiado con mi padre en el estudio de Goransky, había escuchado al personal comentar la excesiva reacción de la muchacha cuando se vio tan rápidamente reemplazada. Sin embargo, no había querido perderse la Fiesta: nadie había querido perdersela. Incluso mi padre había insistido en que lo maquillara hasta hacerlo irreconocible para estar presente en la fiesta sin peligro, pero me negué a llevarlo conmigo. No esperaba situaciones de riesgo, simplemente estaba harto de él y quería disfrutar y trabajar tranquilo, sin críticas, sin testigos. Me costó persuadirlo de que no estaba todavía en condiciones de permanecer durante horas en una fiesta.

Había tragafuegos, políticos, saltimbanquis, periodistas, deportistas, bufones, historiadores, analistas políticos, actores, danzarinas árabes y sociólogos. La varia silva de la tele había elegido, en su mayor parte, ese estilo de disfraz inteligente que enfatiza en lugar de ocultar. Vi de lejos a Sandy Bell, bailando, magnífica en su recreación de la Reina Travestí de las Nieves: ¿hombre? ¿mujer? Por alguna estúpida, incontrolable razón mi cuerpo –¿mi mente?– sigue dándole importancia a esa duda que los tiempos ya no admiten. No me acerqué.

Mis clientes me estaban dando mucho trabajo, sobre todo Soledad, la esposa de Goransky, caracterizada como una joven esquimal de ojos violetas. A cada momento temía que su piel verdadera estuviera apareciendo a través de las capas de maquillaje, como si sus rasgos fueran lo bastante filosos como para cortar el juego de la ilusión. Después de varios viajes a la sala de retoque le entregué un espejito de aumento para que controlara su aspecto sin volverme loco. Odio los espejos, me dijo, a los de aumento los odio más. No le hice caso.

La momia esquimal, en cambio, ese viejo inteligente y amable, se movía con la felicidad rara que sólo provoca la absoluta pérdida de la esperanza. Su disfraz le permitía caminar relajado, exhibir la curva de su vieja espalda, acentuar su renguera, el leve tambaleo de sus pasos, los ojos enrojecidos y opacos.

Le había pedido a Goransky que invitara a mi hermana para poder conversar con ella en medio de la multitud, entre tantos testigos que nadie nos vería. Más de una hora estuve vagando en la confusión, lamentando no haberle pedido a Cora más precisiones sobre su disfraz. Yo mismo era una foca muy grande y mis ojos, limitado su campo visual por lo pequeño de las aberturas, se asomaban disimulados a la altura del cuello. Era como estar adentro de un muñeco, aunque los tajos debajo de las aletas me permitían asomar los brazos para trabajar cómodo. Sólo el personal contratado para la Fiesta usaba ese estilo de disfraz que ocultaba por completo las facciones y las formas. Yo hubiera podido elegir disfrazarme de cualquier modo, pero me sentía más seguro adentro de mi fanteche. A pesar de que mi razón me prometía seguridad, por todos lados creía ver, entre los disfrazados, guardias de la Casa.

Y tu cara, por supuesto. Allí, como en tantos otros lugares. Porque me resulta imposible estar en un lugar colmado de gente (un teatro, un centro de compras, una fiesta), disfrazado o no, sin tener la desesperada ilusión de que voy a verte, aunque sepa que no estás. Y te veía: reconocía uno de tus fugaces perfiles, por ejemplo, que conocía demasiado, mucho más y mejor que otros escorzos de tu cara: tantas horas conversamos tendidos uno a lado del otro, mirándonos de costado. Creía sentir el roce de tu pelo, me erizaba de golpe el gesto de una mano sobre la cara, pero cuando quería confirmar con una mirada plena eso que se me prometía en el borde dudoso de mi campo visual, desaparecías otra vez, volvía a perderte mil veces entre todos, entre todas.

Encontré a Cora saliendo de una casita lapona, disfrazada apenas, perfectamente reconocible, buscándome en cada foca. No nos abrazamos pero le tomé las manos y me las apretó fuerte. Sentí la dureza del anillo de casada de mamá, el solitario que Cora usaba ahora con la piedra siempre hacia adentro, hacia la palma de la mano para no tentar a los ladrones. Me lastimó un poco y me hizo bien.

— ¿Dónde está papá? —me preguntó enseguida, con un tono que me hacía pensar más en el miedo que en el amor. Como para confirmar mi sensación, Cora miraba con los ojos muy abiertos a la gente que estaba cerca de mí.

La habían interrogado, temía que la estuvieran siguiendo, suponía que escuchaban nuestras conversaciones por teléfono, nunca se habría atrevido a venir a la fiesta si no la hubieran ido a buscar el auto con chofer y la pequeña escolta de seguridad de Goransky, que se estaba portando como un amigo de los grandes. La calmé con mi propia tranquilidad: ella exageraba el poder del pequeño ejército privado de la Casa. No eran tantos, no eran tan efectivos, no podían intervenir todos los teléfonos del planeta.

Solamente Cora, entre todas las personas de este mundo, podía entender mi desconcierto, mi desesperación, mis dudas con respecto a mi padre y a nuestro futuro. Mamá estaba bien. Le habían permitido verla. No la reconoció pero parecía en paz y hasta feliz, tal como la habíamos visto últimamente. Por el momento mi plan era salir de la ciudad con papá; Goransky me había ofrecido su casa de campo. Cora volvió a hablarme de la comunidad de los Viejos Cimarrones. Ojalá pudiera creer en ese antiguo mito: una comunidad marginal de personas libres, felices, unidas por su rebeldía. Para cualquier familia decente, una manera tan efectiva de librarse de sus viejos como una Casa de Recuperación. Para los viejos, algo más que la libertad. Una ilusión de independencia y poder, una suerte de Estado propio en el que sólo ellos mandaban pero donde nadie más que ellos había para atender a sus necesidades: un mítico paraíso donde eran reyes y esclavos.

Cora no tenía ni había tenido en su vida muchas oportunidades de felicidad, ni siquiera de alegría. Yo mismo la había despreciado durante años. Ahora tuve la confirmación de que también la necesitaba y la quería. La invité a participar en el baile de los osos y empezamos a movernos pesadamente entre hombres y animales.

Mientras bailábamos notamos un movimiento colectivo hacia uno de los lados del salón. Era como si la fiesta entera hubiera empezado a desplazarse hacia la escalinata; los que no podían acercarse, miraban

en esa dirección, los comentarios compartían un tono de escándalo y admiración y se dirigían todos hacia la misma meta. Tratamos de aproximarnos también nosotros para entender qué pasaba.

Goransky estaba presentando a un invitado especial de acuerdo a una puesta en escena que él mismo había inventado. La idea, el libreto de la presentación, los diálogos, todo debía ser excelente a juzgar por el efecto violento que estaba causando en el salón. Logramos abrirnos paso hasta una mesa donde otros invitados habían tenido la misma idea que yo y estaban parados sobre las sillas.

Veintisiete

El sonido de los cubiertos, los aplausos, la música, las voces, los pasos, ese rumor intenso que sólo se escucha en las caracolas y en las fiestas, se interrumpió de golpe. El silencio se había convertido en una masa sólida que pesaba sobre la fiesta, como un inmenso tímpano que amenazaba con aplastar sus oropeles de utilería. Allí, en lo alto de la improvisada escalinata por la que tenían que pasar y eran anunciados todos los invitados, con heraldos y fanfarria, junto a Goransky que lo sostenía tomándole el brazo, estaba mi padre. Sin disfraz. Sin maquillaje. Avanzaba lentamente, apoyado en el bastón, con su paso de viejo fuerte, el pelo largo y la barba blanquísima. Magnífico en su espléndida vejez.

Cuando mi padre le propuso la idea, Goransky debe haber delirado de felicidad. En la época en que trabajábamos juntos en el guión, siempre pretendía interrumpir el desarrollo del relato para superponer escenas más o menos incongruentes en las que determinado efecto visual debía conmover, atrapar, enganchar la atención del espectador, según él siempre propenso a la distracción, a perderse en los laberintos de su propia mente. No quiero que nuestros espectadores estén en el cine como está mucha gente en un concierto, pensando en otra cosa, insistía: hay que sacudirlos, no dejarlos que se pierdan en sí mismos, hay que traerlos de vuelta.

Sin embargo, ninguno de los dos había calculado todo el peso de su audacia. Mi padre bajó la escalera en medio de un silencio preocupante. Cuando empezó a caminar por el salón, los invitados se apartaron a su paso incómodos, asustados. Las orquestas, calculadas por expertos en acústica para sonar separadamente en distintas zonas de la fiesta, divididas por muros de ruido, en el silencio habían mezclado sus voces en una suerte de coro enloquecido para callarse enseguida.

Goransky se había dado cuenta del exceso de su propuesta y ahora se apuraba por las escaleras con la idea de tomar del brazo a mi padre, reunir un grupo de invitados, pedir champán y alegría y hacer un par de bromas que permitieran olvidar o dejar pasar el incidente y volver a la Fiesta, al buen humor.

Papá, en cambio, en la cúspide de su triunfo, no notaba nada que no hubiera previsto y sonreía todo lo que la solemnidad de su papel lo permitía. Nos había visto y venía hacia nosotros abriendo una suerte de herida en la masa compacta de invitados que se apartaban a su paso. Había muchos viejos en la Fiesta, diversamente disimulados o exagerados, pero ningún auténtico Viejo dispuesto a lucirse a cara limpia, en su majestad plena. Era la Máscara de la Muerte Roja sembrando el terror, trayendo la peste, el dolor y la muerte a los desaprensivos convidados del príncipe. Sólo que su cara no parecía una máscara (era la única que no lo parecía) y nadie intentaría arrancársela sólo para descubrir que abajo no había más que el vacío. Era la Muerte Roja misma paseándose en todo su esplendor.

De pronto un grupo de invitados (focas, esquimales, renos) se desprendió valientemente de la masa temblorosa y lo rodeó. A una señal de Goransky la orquesta más próxima había empezado a tocar y un par de mozos ballenatos se acercaron con canapés y bebidas. Casi con un suspiro de alivio colectivo la fiesta volvió a empezar, las masas compactas se desarmaron y desparramaron nuevamente por el salón, el murmullo de arroyo de la fiesta se superpuso a la música, una gorda y alegre Mamá Noel invitó a bailar a mi padre. Sin soltar el bastón en el que se apoyaba por momentos, papá salió a la pista con cierta dignidad que atraía las miradas.

—¿En qué se parecen? —me preguntó en ese momento Cora—. Mira el grupo que está con papá. Todos tienen algo...

Cora, siempre tan distraída, tan poco atenta a los datos de la realidad, lo había notado antes que yo. Tenían algo, sí. Difícil de definir. Un estilo, quizás. Como si todos se hubieran hecho confeccionar distintos disfraces por el mismo sastre. Para mí era evidente que las caras habían pasado por el mismo maquillador. ¿Una familia? ¿Un grupo de amigos? No era lo que el miedo me sugería.

Me acerqué lo suficiente como para alcanzar a ver la ancha sonrisa de la mujer que estaba bailando con mi padre. En los giros de un vals parecía desplazarse –tan despacio que era difícil asegurarlo– hacia una de las salidas, mientras varias parejas los acompañaban disimuladamente girando con ellos.

La ancha sonrisa: esa dentadura chata, inconfundible, de vaca vieja. Sus muslos gordos enfundados en pantalones abolsados, rojos, de satén, con puños blancos de falsa piel. Me acerqué a papá para hablarle al oído.

–Vamos –le dije, simplemente.

–Es mi hijo –me presentó él–. Buen muchacho, de chiquito se comía las uñas de los pies. Ahora está un poco envidioso pero se le va a pasar.

Como siempre, me hablaba dirigiéndose a otra persona.

–Es gente de la Casa –le susurré.

La mujer, sin dejar de sonreír, sin dejar de bailar, había levantado los brazos dejando caer hacia atrás las mangas rojas, sueltas, con borde de piel. En el brazo izquierdo llevaba algo que parecía un reloj pulsera sostenido por una gruesa cadena de platino a modo de correa. Inició una maniobra con la mano derecha, como si pusiera el reloj en hora. Papá lo vio antes que yo: eran esposas. Se soltó a tiempo y trató de alejarse a la máxima velocidad que se lo permitían sus viejas piernas. La mujer metió una mano en un bolsillo falso, que entraba en la enorme panza de Mamá Noel y sin sacar el arma disparó sin ruido ni puntería a través de su traje. Una osa de largas pestañas que estaba detrás de mi padre cayó con un gemido, llevándose la mano al pecho. No se veía sangre, tal vez el grueso disfraz la absorbía. Los que estaban con ella no alcanzaron a percibir el disparo. Se escucharon voces pidiendo la presencia de un médico. Supuse que le habían disparado un dardo con alguna sustancia tranquilizante.

Todo sucedía demasiado rápido, yo mismo no sabía lo que estaba haciendo. Mi padre dio un paso al costado, me aferró de la aleta de foca, estuvo a punto de hacerme caer pero logró lo que se proponía, meternos a los dos en medio de un masa compacta de danzantes muy cerca de la orquesta. El personal de seguridad de Goransky trataba de intervenir discretamente para evitar el pánico mientras los guardias de la Casa rodeaban a Mamá Noel. El pánico ya estaba allí, sin embargo, y empezaba a extenderse en círculos concéntricos, como los que produce una piedra al caer en el agua. Íbamos un par de segundos adelante de la primera ola y gracias a eso logramos introducirnos en los establos.

Sin prestar atención al alboroto de los enanos-duendecitos entramos en un vehículo cualquiera, todos tenían la llave puesta, apenas atiné a elegir uno que estuviera cerca de la salida, subimos los vidrios blindados y nos lanzamos contra la barrera. La cola de foca abultaba y la cabeza de mi fante chocaba contra el techo del auto. Hacía mucho que no manejaba, era un auto con cambio automático, mi pie buscaba estúpidamente el embrague, apreté el acelerador contra el piso pero no tenía pique. No veía claramente lo que estaba sucediendo, las sensaciones quedaban registradas en mi memoria, pero no llegaba a darles significado. Mi padre estaba mudo, había usado toda su energía para llegar hasta allí y se había desplomado en el asiento sin fuerzas para atarse el cinturón de seguridad. Tenía la cara grisácea. Antes de romper la barrera sentí y descarté un golpe, la rueda izquierda pasando sobre un obstáculo indefinible, blando, ruidoso.

Solté el acelerador en cuanto estuvimos afuera. Era posible que un vehículo de la Casa estuviera apostado a la salida, esperándonos. Pero no tenían ninguna descripción de nuestro auto y durante una cuadra eterna controlé la velocidad para disimular la fuga.

Después nos lanzamos otra vez hacia adelante, hacia la noche, la loca velocidad hizo que durante unas cuadas nos siguiera un patrullero, pero en un callejón atropellamos brutalmente una barricada de asaltantes y la policía optó por dedicarse a atrapar delincuentes más lentos. No pude encontrar el botón del aire acondicionado, sudaba ferozmente dentro de mi foca, debajo tenía puesta mi propia ropa como una segunda capa de abrigo, ahora convertida en una tortura esquimal, sudábamos contra el viento de asfixia que entraba por las ventanillas.

–Adonde vas – preguntó mi padre.

–No sé. Afuera. Salgo de la ciudad.

–Yo sí sé. Déjame el volante.

–¿Para qué?

–Tengo un plano. Me acompañas hasta ahí y te volvés.

–¿Vos también crees en esa pavada?

–Paras y me das el volante o lo agarro a la fuerza y nos estrellamos. Me da lo mismo.

No pude convencerlo, no escuchaba. Forcejamos hasta que cedí. Estábamos en una autopista, le pedí que esperara hasta la primera salida. Su amiga enfermera, en la Casa, le había hablado de la comunidad de los Viejos, le había dado un plano y una contraseña. En algo tenía razón: por qué no intentarlo. Qué nos esperaba en la ciudad sino más persecuciones absurdas. Me palpé para sentir la dureza tranquilizadora de mi pistola, pero no estaba allí. Qué raro. Durante la fiesta me había confortado la presencia de sus setecientos gramos pesando en mi bolsillo.

El traje de foca me decidió. Había llegado al límite de lo que mi cuerpo soportaba, hubiera pagado sangre por sacármelo. Bajé en la primera salida, frené, empecé a desprenderme del disfraz. Mi primer impulso fue entregarle el volante a papá, dejarle el auto robado y alejarme tranquilamente del peligro.

–Te querés ir. Es lógico. Vas a dejarme solo –dijo mi padre, mientras detenía el auto, adivinándome como siempre, con tan amarga seguridad que no pude evitar llevarle la contra.

–Eso es lo que harías vos en mi lugar.

Mi padre me miró con una enorme sonrisa. No pude –no quise– decidir si lo que trataba de transmitirme en esa exhibición de su hermosa dentadura postiza era agradecimiento, ironía o afecto.

Veintiocho

Íbamos por la Panamericana hacia Del Viso. Hacía más de treinta años que mi padre no tocaba el volante de un auto. Manejaba como un chico en un parque de diversiones. Mis desesperados intentos por sacarlo de la ruta incluían la promesa de llevarlo a donde se le diera la gana. Era una promesa sincera: en un auto robado, después de haber atropellado a uno de los enanos de Goransky, no tenía mucho para elegir.

Por la autopista se podía circular sin problemas pero nadie hubiera elegido una salida a la altura de Del Viso. Era zona tomada. Fuera de los límites de la Capital casi no había tierra de nadie. Había barrios cerrados, barrios tomados, villas y nada más. En los barrios cerrados los propietarios no querían contratar gente del lugar y se traían el personal de la ciudad. Las tomas solían empezar desde adentro, desde la gente de servicio, a veces apoyados por los guardias de seguridad si no se los elegía con cuidado.

Alguna vez pasé un fin de semana en Highland, uno de los countries más bonitos de la zona, en casa de amigos. Después soñé muchas veces que alguna vez podríamos estar juntos, vos y yo, en un lugar así: tu cuerpo desnudo hendiendo el agua de la pileta en un croul perfecto, colmado de esa gracia poderosa que exhiben los atletas, deslizándose sin esfuerzo. Las gotas, después, sobre tus pechos, concentrándose primero y evaporándose lentamente al sol. Cuando te lo conté me dijiste que nunca habías aprendido a nadar con estilo, que te daría vergüenza nadar desnuda: como si tuviera algún sentido discutir un sueño. Pero siempre me discutías los sueños, los desbaratabas, te daba miedo dejarlos en pie, como si una parte de ellos, una torre demasiado alta pudiera irrumpir en la realidad, sospechosa como la punta de un iceberg surgiendo de golpe en mitad de una selva tropical.

Ese día, al llegar, habíamos visto un grupo grande de mujeres mal vestidas, algunas con sus hijos, esperando del lado de afuera del alambre tejido. Era cerca del mediodía y el sol caía a pico sobre las caras sudorosas. Había varias amontonadas como vacas a la sombra de un cartel. Estaban esperando que alguna señora las eligiera para darles trabajo por el día, o por el fin de semana. Había también unos pocos hombres, que se ofrecían para tareas pesadas o de mantenimiento.

–Un día –comentó mi amigo– todos estos entran a caminar para delante y chau.

Las muy jóvenes, las viejas, las que tenían hijos estaban en desventaja, pero también tenían menos pretensiones. Todos los veranos alguno de esos chicos se ahogaba en las piletas privadas: porque no sabían nadar como los hijos de los socios, porque muchas piletas no tenían protección y porque sus madres, ocupadas con su trabajo, se olvidaban por un momento de vigilarlos.

Aquella noche, en Highland, me dormí con esfuerzo, y me desperté al rato con el sonido de bombos y tambores. Duró muchas horas. El resonar sordo, violento, de los instrumentos se mezclaba con el croar de las ranas y con cánticos y gritos aislados que no alcanzaba a descifrar. Lo comenté en el desayuno. Mis amigos se rieron.

–Son los murguistas –me explicaron–. La murga de Del Viso. Se la pasan todo el año ensayando para los carnavales.

Le eché un vistazo al plano que me mostró mi padre y vi que ésa era nuestra meta. Íbamos a Highland. Seiscientas casas de lujo con jardines y piletas, convertidas en barrio tomado, como el resto de Del Viso.

Un poco antes de llegar pasamos por Miraflores, que al estar sobre la ruta había podido resistir como barrio cerrado. Más fácil de defender que Highland, rodeado por todos lados. Para protegerse, sus dueños no sólo hubieran necesitado guardias en los límites: habrían tenido que establecer y defender un

camino de acceso para sus autos blindados, algo casi imposible –o por lo menos demasiado caro– en zona tomada.

Tuve miedo cuando nos apartamos de la autopista. El escándalo intermitente de los grillos era tan temible como el silencio. Había luna. A pesar de la falta de iluminación alcanzaba a ver ranchos y malezas a los costados del camino. Mi sorpresa fue enorme cuando estuvimos a punto de chocar contra mis recuerdos, tan poco cambiados por la nueva realidad: el alambre tejido y la casilla de guardia.

Pero la zona cerrada y protegida era muchísimo menor que la que yo había conocido. En la casilla de guardia nos detuvo un par de viejas armadas con ametralladoras Uzi. Al escuchar la contraseña dejaron de encañonarnos, pero no soltaron las armas. Nos hicieron bajar del auto y la que estaba más cerca nos palpó sin mucha prolijidad, con sus torpes manos rígidas, mientras la otra se mantenía alerta.

–Qué calor, ¿no? –comentó–. ¿Siempre hizo tanto calor para esta época? ¿Será que uno se olvida?

–No, es que hace más calor cada año. El trópico se nos viene encima –le contesté–. Eso pasa porque están talando el Amazonas.

Ése es el tipo de respuestas que ayuda a congraciarse con la gente.

En la oscuridad, era difícil diferenciarlas: como los bebés, los viejos se parecen entre sí. Además de buscar armas, le pasaron la mano por la cara a mi padre, por el pelo y la barba, para asegurarse de que no fuera maquillaje. A la luz de la lámpara potente con la que nos iluminaban, vi el rojo de la sangre que ya empezaba a amarronarse en el parachoques y el guardabarros del lado izquierdo. Contamos nuestra historia. Una de ellas subió con nosotros al auto y nos indicó el camino a la residencia de los jefes.

No había más de quince o veinte casas dentro del cerco de alambre tejido. La cancha de fútbol estaba cultivada. Los jardines habían cambiado. Las calles estaban oscuras. No les sobraba electricidad. Sin embargo, muchas casas estaban iluminadas.

–Los viejos dormimos distinto –explicó la mujer que nos guiaba–. Mientras cumpla con su trabajo, a nadie se le pide que duerma cuando no tiene sueño o que esté despierto cuando necesita una siestita. Al carajo los somníferos.

Era gorda y estaba vestida con una especie de bolsa informe, cómoda y ridícula como un camisón. La casa estaba muy cerca. El alambre tejido protegía apenas la zona de la entrada de Highland, donde estaba la cancha y los terrenos eran más grandes. Los socios viejos habían llamado a ese sector "las quintas".

La casa adonde nos condujeron estaba bien conservada por fuera. La moda del techo de pizarra y el ladrillo a la vista, que duró tantos años, la había protegido de las evidencias de abandono. Un porche amplio con forma de templete, sostenido por una columnata, recordaba a sus dueños originales, deseosos, seguramente, de imitar algunas de las mansiones de las series familiares norteamericanas.

La vieja que nos conducía intercambió una contraseña con los ocupantes y entramos. En su interior, la casa estaba en un estado penoso. Los elegantes muebles "de campo", hechos por las mejores carpinterías de la ciudad con que solían adornarse las casas de los clubes, habían sido reemplazados por auténticos muebles de campo, toscos, torpes, pobres, feos, prácticos. Quedaba algún aparador empotrado y polvoriento, manchado, con quemaduras de cigarrillo. Todo estaba dañado de algún modo. Los artefactos de luz estaban rotos o abollados, había una puerta salida de sus jambas, preferí no pensar en el estado de los baños. El gran living comedor había sido transformado en un depósito de frutas y verduras. Las bolsas de papas se amontonaban en la chimenea apagada, había varios barriles de manzanas y una gigantesca pila de cebollas que llegaba casi hasta el techo. Un viejo inmemorial dormitaba semisentado en los restos de un sillón. Cada tanto emitía un ruido más parecido a un estertor que a un ronquido.

La mujer que nos abrió la puerta era bastante joven: debía tener poco más de setenta años. Me pregunté qué accidente la habría llevado a una Casa de Recuperación. Ahora parecía sana: apenas una leve renguera. Había estado jugando un solitario sobre la mesa grande. Mucha gente de esa edad todavía prefiere juegos fuera de pantalla, la manipulación de objetos. Nos miró con interés, fijamente, con los ojos entrecerrados. Papá, impaciente como de costumbre, hartó de silencio, interrumpió el examen.

–¿Usted manda? ¿Aquí viven los Viejos?

–Nadie manda –dijo la vieja, pero era mentira. Hablaba con autoridad y con estilo–. Viejos Cimarrones nos dicen por esa absurda torsión gramatical del castellano. Tenemos pocos viejos. Las mujeres vivimos más.

–Mejor. Me gustan las mujeres –dijo mi padre.

–No joda. A nadie le gustan las viejas. Pero muchos nos tienen miedo. Tenemos fama de brujas. La gente de la zona no se mete con nosotras. Nos respetan porque nos necesitan. Tenemos médicas, especialistas en sistemas, un buen electricista. Hacemos intercambio. ¿Usted qué sabe?

–Sé comprar y vender mejor que otros.

–Si es verdad, eso sirve. ¿Cómo piensa comprar su entrada?

Yo no me había preocupado por vaciar los bolsillos de mi disfraz antes de abandonarlo en el camino. Ahora no tenía encima ni siquiera mis tarjetas. Miré a mi padre con desesperación. Tendríamos que retomar nuestra absurda fuga.

– Traje morfina –dijo mi padre.

Sacó las cajitas de medicación que yo le había conseguido cuando lo salvé de la Casa. Para morir en paz.

Por un momento los ojos de la mujer brillaron con loca alegría. Sus manos avanzaron hacia las cajas como animalitos con ganas propias. No estaban todas. Papá se había reservado dos o tres para el momento en que las necesitara él mismo, o quizás para comprar alguna otra cosa. La mujer se esforzó por controlarse, fingiendo indiferencia.

–¿Algo más?

Mi padre me señaló.

–Necesitamos fuerza de trabajo, sangre joven.

Necesitarnos, había dicho mi padre, usando el plural de la primera persona como quien tiene la tranquila seguridad de que ya ha sido admitido.

–Papá, hace años que no soy joven –me reí.

Pero los dos me miraron con sorna. Todo es relativo.

–No soy su padre –dijo mi padre–. Lo obligué a traerme hasta acá.

Y mostró mi bonita pistola Sigma, de Smith y Wesson, que había conseguido ocultar al torpe chequeo. ¿Hubiera sido capaz de disparar contra mí? Ése era el momento de comprobarlo. Era el momento de empujarlos con violencia, de correr mientras estaban en el suelo, los viejos no se levantan fácilmente. Pero la sorpresa o el miedo no me permitieron reaccionar a tiempo. No con la velocidad suficiente para evitar que papá me guiñara un ojo. Un mecanismo automático de respuesta se puso en marcha en mi interior y le devolví el guiño con una media sonrisa, ocultándolo a la mujer como una seña del truco. Fingí asustarme y levanté las manos. Mi padre me había propuesto ser su cómplice y yo había aceptado el juego una vez más, contento y orgulloso como un buen hijo. Como un imbécil.

Veintinueve

Por primera vez tengo la sensación de estar escribiendo cartas. Me gusta. Es uno de los efectos de escribir a mano. Hay otros: la mano agarrotada y la muñeca dolorida. Hace años que no escribía a mano más que algún número, un nombre, un par de palabras. Es cuestión de ejercicio, como todo trabajo físico, pero las labores del campo no son la mejor ejercitación para reaprender a sostener un lápiz. El trabajo bruto me endurece las articulaciones. Por un tiempo tuve las manos ampolladas y lastimadas, ahora están encallecidas.

Con un optimismo que el tiempo ha vuelto absurdo, Bradbury anticipó, en *Fahrenheit 451*, un mundo en el que había sido necesario prohibir la literatura para que desaparecieran sus lectores. Ese mismo optimismo lo llevó a imaginar una comunidad marginal de lectores memoriosos, convertidos en libros vivientes, como una suerte de paraíso para personas buenas, inteligentes, sensibles y generosas. La loca ilusión de que los buenos lectores son mejores que el resto de los seres humanos.

Los Viejos Cimarrones no son mejores que el resto de los seres humanos. Son viejos: sus virtudes se han atenuado y se concentraron sus defectos. Tienen en común ese extraño desapego por la vida del prójimo que a los jóvenes les cuesta comprender. La muerte ajena no los conmueve. Son ávidos, suspicaces, se odian unos a otros y están en una permanente, silenciosa lucha por el poder.

Las *quintas* de Highland han sido convertidas en verdaderas quintas. Los viejos ocupan unas veinte casas. Los parques, los jardines y las canchas no son lo bastante grandes como para los cultivos extensivos de cereales, pero tenemos unas huertas magníficas.

No creas que descubrí ningún goce perdido en el trabajo del campo. Siempre fui rata de cemento. Odio el campo, los perros, los insectos, los animales. Odio incluso los árboles, lo que es poco común. Odio quitar las malezas, revolver la tierra, odio carpir, zapar, sembrar. Pero en la cosecha, no puedo evitarlo, siento placer y hasta orgullo a pesar del esfuerzo: verdadero alimento producido por mis manos.

Los trabajadores somos pocos. *Trabajadores* es el nombre que nos dan los viejos. Pero somos esclavos. Nos necesitan, sería demasiado peligroso contratar gente de la zona tomada. A los demás los conozco de lejos, no nos permiten estar juntos. Dormimos separados, encerrados en los galpones de herramientas. Trabajamos la tierra, cuidamos los pocos animales, hacemos tareas de mantenimiento en las casas. Los viejos tienen prohibido usarnos para su servicio personal, incluso los minusválidos. Prefieren colaborar entre ellos, empujarse uno al otro las sillas de ruedas, limpiar las escaras de los que tienen que estar acostados, cocinar para los que no pueden valerse, cuidar a los locos, a los seniles. Tienen un miedo inteligente a la peligrosa proximidad que se establece entre el servidor y su amo.

Mi padre sigue manteniendo en secreto nuestra relación. Delante de los demás me trata con aspereza, pero no tanto como para llamar la atención. Aquí todos fingen amar y haber sido intensamente amados por sus hijos. Las viejas, sobre todo, hablan de ellos constantemente, como una forma más de competencia. Escuchándolas, me pregunto qué clase de padre pude haber sido, cuando yo mismo fui una especie de hijo eterno, monótono, que no vivió más que para desmentir o conquistar a su propio padre.

En los raros momentos en que nadie puede verlo, papá derrama sobre mí esa ternura pegajosa que siempre usó para obtener lo que quería.

—Eni: hijito —me dice—. Estoy demasiado viejo. A mi lámpara se le termina el kerosén. ¿No ves cómo se me va apagando la luz? Hay que aguantar un poco más, hasta que se cansen de buscarme. Después nos vamos juntos, hablo con mi abogado, salimos del país.

No le contesto. Quiere mantener abiertas todas las posibilidades. Entretanto, no la pasa mal. Lleva camisas a cuadros y un mameluco azul que no debe usar para trabajar porque está siempre impecable. Alguien se ocupa de cuidarlo y servirlo.

Lo quiero matar.

Todos decimos o pensamos así alguna vez de alguien a quien odiamos ferozmente durante unos instantes, en un acceso de rabia infantil. Lo quiero matar. Después el acceso pasa, el instante pasa, la vida sigue y volvemos a ser los mismos de siempre: gente adulta, inteligente, tolerante, que no está dispuesta a tomarse el trabajo o el riesgo de matar a nadie.

Muchas veces pensé que quería matar a mi padre. Matarlo sin dolor. Cortar en pedazos su cadáver, quemarlo, destruirlo, hacerlo desaparecer de este mundo.

Cuando decidiste irte, por ejemplo, para no tener que elegir entre él y yo. Pero entonces te fuiste y no lo hice.

Cuando lo creí agonizante, por ejemplo. Quise darle una muerte muy dulce, matarlo por amor: nunca había tenido una excusa semejante. Tal vez por eso no lo hice.

Ahora quiero matarlo sin excusas, quiero matarlo para restituir el orden original del universo, quiero matarlo para librarme de él y para obligarlo a cumplir con la ley de la vida, a la que se resiste, quiero matarlo para no tener que escucharlo reírse nunca más, quiero matarlo por esclavizarme de todas las maneras posibles, quiero matarlo para no verlo comer con esa avidez vital y repugnante con la que se aferra a este mundo, quiero matarlo porque alguna vez lo deseaste, quiero matarlo porque se me da la gana.

Quiero matarlo.

Treinta

Veía todo confusamente a través del humo: el piso sucio del salón, las paredes ennegrecidas, las lámparas pestilentes. Estaba mareado, con los ojos vendados, cuando me sacaron de la jaula y el juez me levantó para pesarme. Tenía los ojos vendados, vendados, veía todo confusamente a través del humo. El juez me metió la mano entre las plumas, me tocó los espolones. Yo sabía que papá tenía razón.

Aplaudí, aplaudí, veinte piastras a Zambo, grité, veinte millones de piastras, piastras piastras y doblones. Piastras. Yo era Zambo y apostaba por Zambo. La sangre me corría por las venas como si estuviera buscando una salida, el corazón fuerte y veloz, el corazón bombeando un líquido denso, negro, viscoso. Movía hacia arriba y hacia abajo mi brazo hinchado de sangre y sabía que si dejaba de moverlo se secaría, quedaría convertido en una tira negra y seca. Entonces lo movía, a mi brazo, para que la sangre siguiera llegando hasta los dedos, como buscando una salida.

Sentí mi cuerpo breve y caliente cuando lo puse sobre la mesa, mi cuerpo se agitaba, se revolvió entre mis manos, lo sostuve un momento más, inmovilizándolo pero faltaba el aire, me faltaba el aire, le faltaba el aire por culpa del humo de las lámparas, de los cigarrillos. Entonces me sacaron la venda de los ojos, lo vi lo vi lo vi, estaba ahí sacudiendo las alas y encrespando el plumaje del cuello. Nos abalanzamos, creí que la lucha sería breve. Subí la apuesta, tenía que ganar, aplaudí aplaudimos. Con un terrible golpe de espolón me arrancó la mitad de la cresta y un ojo, estaba bien, estaba bien así. Yo sabía que mi padre tenía razón, sabía que me lo merecía, el dolor era muy claro, tenía sabor a sangre dulce espesa, veía a pesar de todo. Veía incluso lo que pasaba a mis espaldas. Veía a los apostadores que gritaban, escuchaba sus voces, papá estaba entre ellos y tenía razón, tenía razón. Era yo el que estaba equivocado.

Alcé a Zambo, levanté mi propio cuerpo en el aire, en el aire mis patas flacas colgando, flacas pero con los terribles espolones. Levanté la botella y le bañé la herida del ojo con aguardiente, sentí ardor, ardor, dolor, confié en mis espolones agudos, me lancé contra él. Me aplaudían, estaba ensangrentado, me chorreaban las plumas, goteaban sobre la mesa, rapidísimo el otro me esquivó y se me tiró encima para golpearme otra vez, espolonazo, humo, gritos.

Sentía la mano dormida, ese hormigueo, tenía que seguir moviendo el brazo rítmicamente para bombear la sangre de la mano al hombro, del hombro a la mano. Intentó darme otro espolonazo en la cabeza, el enemigo, lo intentó pero esquivé. Aplaudí, aplaudieron, aclamaciones, gritos, mi padre tenía razón, mi padre no apostaba por mí, no apostaba por mí. Con un certero picotazo le arranqué uno de los barbijos de la garganta, horror. Un barbijo le arranqué, uno de los barbijos de la garganta, caí rodando feliz grité aposté, rodé bajo las patas del otro, de él y vi su pico y desee su pico en mi cuello, descansar, pero aposté, aposté, era mucho dinero en juego, era más que la vida. Un barbijo, un barbijo de la garganta.

Me zafé de su peso enorme sobre mi pecho, falta de aire respirar, respirar, no me hubiera zafado perdón si no fuera por la desesperación de respirar, perdón. Un barbijo, le arranqué un barbijo de la garganta. Heridas sí soportaba, dolor sí, pero la asfixia no se puede controlar perdón, no fui yo, no soy yo, es solamente mi cuerpo, no quise librarme pero mi cuerpo se libró, me libré, me escapé, tan chico yo trepé a su enorme mole resbalosa de sangre, ya estaba casi muerto, de su garganta brotaba materia inconexa fecal vómito gris de su garganta a la que le faltaba un barbijo, un barbijo. Crecí, crecí con un espolonazo, el último, el cráneo le hundí para qué, ya estaba muerto, ya de su garganta se iba, se volaba, pero le hundí el cráneo también y lancé un estridente cacarear anunciando la victoria, mientras mi padre cobraba sus apuestas, cobraba sus apuestas, entonces no gané, vomité aguardiente, me desperté, me desperté, me desperté. Un barbijo, un barbijo.

Me desperté, seguía sin saber lo que era un barbijo y mi sueño no había sido solamente un sueño.

Me desperté sin aire, sin alivio. Me desperté y era hoy: el día final. El día en que daré a mi padre lo que me pidió tanto y llorando: descanso, paz, soledad.

O lo recibiré de sus manos y es lo mismo.

Estaré en la huerta. Estaré trabajando. Tendré en la mano el azadón. Es muy antiguo el azadón. Su peso concentrado es casi tan fácil de manejar como el de un martillo. Más rápido y controlable que el pico, el azadón, aunque no tan letal.

Será en la huerta, al mediodía, debajo del sol, a la hora de las brujas, de las ninfas. Las ninfas no envejecen, no se maquillan, no se operan, no necesitan controlar sus emociones para evitar que las líneas de expresión les deformen los rostros todos iguales, lisos y perfectos y marmóreos. Las ninfas toman y no dan, las ninfas no se entregan. Será en el silencio del sol, al mediodía.

Entonces, al mediodía, no voy a matar a mi padre o a intentarlo. Lo que voy a hacer es enfrentarme con todos los hombres, como todos los hombres. ¿Acaso elegimos los hombres tener padre? Ningún varón se deja adoptar sin dar batalla, sin bramido. Entrelazar las cornamentas, vencer a todos los hombres, ser el padre.

Entonces, yo estaré con el azadón, al mediodía. Vendrá a la huerta, vendrá a la cita, vendrá mi padre para que yo pueda dejar de ser su hijo.

Ya no es fuerte, no tan fuerte como yo, me digo, voy a poder con él: pero es un viejo fuerte y es mi padre.

Trabajando la tierra, mi cuerpo cambió mucho. Tengo los brazos más gruesos, los hombros más anchos, músculos que no soy capaz de reconocer se mueven de pronto debajo de mi piel, inesperados. Pero también yo soy casi viejo, también para mí empezó la despedida: y él es mi padre.

No estoy temblando, veo todas las cosas visibles e invisibles con una curiosa nitidez, miro mis manos, flexiono los dedos, percibo el aire alrededor de los objetos y todos los bordes cortando el aire como filos. Y él es mi padre. Veo, oigo, percibo los olores. Intenté leer y lo he logrado. Las letras se integran en palabras, las palabras adoptan sentidos, se organizan en frases que tienen significado. Puedo comer, puedo respirar. Hoy es el día en que voy a dejar de ser hijo, y el aire tiene gusto a fuego.

Él es mi padre. Y quién puede estar seguro de que será capaz de levantar sin calor, con violencia fría, controlada, su mano, su azadón, contra su padre.

Pero sobre todo contra el mío.

Además de ser fuerte, además de ser mi padre, tiene mi pistola y la lleva encima. Otra vez me pregunto si sería capaz de usarla contra mí. Sólo si fuera muy necesario, me respondo. Así es mi padre.

Hoy al mediodía, bajo el sol, a la hora de las ninfas, vendrá mi padre. Él mismo me citó en la huerta. Quiere irse. Ponerse en contacto con su abogado, recuperar su dinero, salir del país. Vuelve a necesitarme. Vendrá mi padre y yo voy a enfrentarlo. De la única manera posible: hasta el final y sin palabras.

¿Dije que quería matar a mi padre? Te mentí.

Al mediodía, bajo el sol, quiero crear un mundo nuevo. Quiero crear un mundo para vos: un mundo en el que ya no tendrías que elegir, mi querida. En el que no tendrías que escaparte para no elegir.

Ahora ya no es solamente la sensación de estar escribiendo una carta.

Ahora, por primera vez, desde el último lugar sobre la tierra, te estoy escribiendo una carta.

No sé cómo es tu vida, no sé qué voy a encontrar cuando te vea, pero sé que te voy a buscar para algo que no me vas a negar: para que tanto escribir tenga sentido. Para que me leas.

¿Dije que quería matar a mi padre? Te mentí. Lo único que pretendo es dejar de compartir con él este universo.

Por eso voy a crear un mundo nuevo. Un mundo que llega tarde para todos, un mundo en el que sólo estaré yo o sólo estará él, un mundo en el cual seré intensamente feliz, aunque tenga que mirarlo desde

afuera, un mundo en el que su muerte o la mía habrá importado poco. Porque no es la muerte, sino solamente esa nueva forma del universo lo que deseo conseguir: y si para obtenerla debo llamar a la muerte habrá sido, la muerte, apenas una consecuencia, nada más que una reacción adversa y no deseada, un simple efecto secundario.

Voy a seguir escribiendo, voy a escribirte muchas cartas, sólo cartas, y mis palabras de aquí en adelante serán la prueba de que ese mundo que imagino es posible y también la prueba de que sigo en él, de que empecé por fin, huérfano y liviano como el aire, mi verdadera vida.

La muerte como efecto secundario

Contratapa

Un hijo, su padre y una mujer infiel.

Una historia de amor y tragedia en un Buenos Aires futuro, cercano y peligrosamente real.

La muerte como efecto secundario se desarrolla en una Argentina posible, en donde todo lo que podía ir mal, fue mal: es decir, un anticipo cruel de lo que nos está pasando aquí y ahora. Buenos Aires está dividida en barrios tomados, barrios cerrados y tierra de nadie; el poder del Estado es prácticamente nulo, la policía existe pero no cuenta. La violencia es permanente: robos, asaltos, vandalismo. No se puede circular a pie por las calles, casi no hay transporte público, los taxis son blindados y las grandes empresas mantienen pequeños ejércitos de seguridad. Las cámaras de televisión están en todas partes; la vida y la muerte son, ante todo, un espectáculo. Los geriátricos –llamados "Casas de Recuperación"– ahora son obligatorios: un rentable negocio privado en una sociedad en donde no cualquiera llega a viejo.

El protagonista de esta novela, Ernesto Kollody, ha vivido la mayor parte de su vida a la sombra de un padre terrible. Viejo y enfermo, su padre es internado en una Casa de Recuperación, donde intentarán prolongar sin piedad su agonía. Pero Ernesto logra sacarlo de la Casa para ayudarlo –como le ha prometido– a morir en paz. A partir de allí, padre e hijo atravesarán juntos las más increíbles peripecias.

Ernesto le escribe lo que le pasa a su ex amante, una mujer casada de la que sigue enamorado. La historia de esta pasión clandestina se irá entrelazando con los acontecimientos del presente.

En esta novela, Ana María Shua indaga los límites de una sociedad sometida a un sistema económico despiadado. La manera en que conjuga los datos de la realidad con los de la ficción confirma un talento singular. A su implacable capacidad de observación se le suman la prosa despojada y precisa, el ritmo sostenido del relato y una estructura perfecta. Sin lugar a dudas, *La muerte como efecto secundario* marcará un hito en la literatura argentina y en la vida de cada uno de sus lectores.

Ana María Shua nació en Buenos Aires en 1951. Se recibió de profesora en Letras en la UNBA y trabajó como publicitaria, periodista y guionista de cine.

A los 16 años publicó su primer libro de poemas, *El sol y yo*. Sus novelas *Soy paciente* (Premio Losada) y *Los amores de Laurita* fueron llevadas al cine. Sus obras de ficción incluyen dos libros de cuentos: *Viajando se conoce gente* y *Días de pesca*; y dos de relatos brevísimos: *La sueñera* y *Casa de Geishas*. En el género de humor ha

publicado, entre otros, *El Marido Argentino Promedio* y *El pueblo de los tontos*. Es autora de varios títulos infantiles entre los que se destaca *La fábrica del terror*. En 1993 obtuvo la beca Guggenheim para terminar su novela *El libro de los recuerdos*. Su obra está comenzando a ser publicada en varios idiomas.

Foto de tapa: IMAGE BANK ARGENTINA